País de nieve

Yasunari Kawabata



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Introducción

En el invierno, los vientos que soplan desde Siberia acumulan humedad sobre el mar y la dejan caer en forma de nieve cuando se topan con las montañas del Japón. La costa occidental de la isla es, teniendo en cuenta su latitud (la misma que va de Cabo Hatteras a Nueva York y de Barcelona a Marruecos), la región donde más nieva en el mundo: desde diciembre hasta mayo los caminos están cerrados, sólo funcionan los ferrocarriles y la nieve en las montañas alcanza una altura de más de cuatro metros. La expresión "país de nieve" se refiere específicamente a lo más alto de ese sector montañoso, una zona que Yasunari Kawabata bautizó como "la espalda del Japón" en el discurso con que agradeció el Premio Nobel en Estocolmo en 1968 y que, para los nativos de la isla, representa largos e inclementes inviernos, túneles cavados en la nieve, casas oscurecidas por el humo de las chimeneas y un divorcio casi completo con el resto del mundo hasta el retorno de la primavera.

Las termas de montaña como la que aparece en este libro cumplían una función específica en la época en que Kawabata escribió *País de nieve* en la segunda mitad de los años treinta. Los huéspedes rara vez acudían a ellas por motivos de salud y jamás iban a pasar allí "la temporada". Puede que esquiaran, que asistieran a las diferentes festividades que se celebraban en la región o que simplemente disfrutaran el espectáculo de la coloración de las hojas de arce y el florecer de los cerezos, pero era muy raro que llevaran a sus esposas. Y no había posada termal que careciera de sus geishas.

La geisha de montaña no era una desclasada exactamente, pero no tenía el aura social de la geisha de ciudad, que solía ser una consumada artífice del arte de la danza, la música, la intriga política y hasta el mecenazgo cultural. La geisha de montaña amenizaba a los huéspedes de las posadas y la distancia que la separaba de la prostituta era más bien sutil. Si bien a veces podía unirse en matrimonio a un huésped frecuente, o lograr que éste le solventara un restaurante o una casa de té, por lo general iban de terma en terma, de posada en posada, cada vez menos requeridas, lo que las convertía en una conmovedora encarnación de belleza menguante y dilapidada.

No es un azar que Kawabata haya elegido a una geisha de montaña como heroína de esta novela, a un acomodado diletante de Tokio como antagonista y al desolado paisaje del "país de nieve" como escenario para ambientar la tortuosa (relación entre ambos personajes. Al comenzar los años treinta, Kawabata estaba dejando atrás su juventud y redefiniendo su estilo literario. Nacido en Osaka en 1899 y egresado de la Universidad Imperial de Tokio en 1924, había fundado con un grupo de colegas de su promoción la revista *Bungei Jidai,* con la cual se opusieron al realismo social que dominaba la literatura nipona de la época, difundieron las vanguardias estilísticas europeas y se reivindicaron como neosensualistas. Con la publicación de sus primeros dos libros *(Diario íntimo de mi decimosexto cumpleaños* en 1925 y *La bailarina de Izu* en 1927), Kawabata se convirtió en el portavoz

indiscutido de la nueva generación. Pero su interés por las novedades literarias occidentales y por las batallas estilísticas de la época fue desplazándose, en los años siguientes, hacia la milenaria tradición estética japonesa. En 1931 se casó y dejó Tokio para instalarse en Kamakura, la vieja capital samurai, y para cuando comenzó a publicar por entregas *País de nieve* (a fines de 1934), la trama pareció reflejar paso a paso la compleja evolución que estaba experimentando su autor.

Shimamura, el diletante de Tokio que necesita "purgar" periódicamente su mundanidad en las termas de montaña, es un experto en ballet occidental... aunque jamás ha visto uno con sus propios ojos. Su concepción estética queda expuesta en el pasaje hoy clásico del principio de la novela, cuando prefiere contemplar el rostro de una joven desconocida que viaja en su vagón a través del reflejo que ofrece la ventanilla del tren, en lugar de mirarla directamente, porque de esa manera logra la "distancia" que le permite valorar la belleza sin sus "accidentes" (de ahí su negativa a asistir a representaciones de ballet en vivo). El amor apasionado que despierta en la geisha Komako le planteará un dilema: incapaz de corresponderlo, pero a la vez fascinado por su intensidad, Shimamura optará por repetir y prolongar su estadía en las termas, aprovechando la distancia perfecta que le ofrece la relación huésped-geisha y desestimando las consecuencias de su equívoca actitud. En los raros momentos de franqueza interior, justifica sus actos argumentando que la pasión de Komako impregna de una belleza inédita aquel paisaje tan entumecido como la mirada de Shimamura (el protagonismo culminante del paisaje se alcanza en el formidable capítulo dedicado a la seda Chijimi, trabajada por jóvenes vírgenes en oscuros sótanos al rojo vivo para luego poner a secar en la nieve un día y una noche enteros, cuando adoptará el blanco prístino que la convertirá en la seda ideal para kimonos de verano, porque su delicadísimo hilado "conserva el espíritu de la nieve").

Un tercer personaje teje su destino al de Shimamura y Komako —o habría que decir un cuarto personaje, ya que el "país de nieve" no sólo es trasfondo y ambientación sino que cumple un rol protagónico en la novela, pero decir tercero es decir triángulo, y ése es el rol que cumple la misteriosa Yoko. Y que cumple por partida doble, ya que dos veces en su vida amará al mismo hombre que Komako, y su enigmática intensidad contribuirá a que la novela alcance su punto máximo de tensión.

Con el tiempo, lo japonés (todo aquello que es, para Occidente, sinónimo de la tradición milenaria nipona: desde la ceremonia del té hasta los haikus y tankas, desde los arreglos florales hasta la caligrafía, desde los jardines zen hasta el go) irá apareciendo sucesivamente en los libros de Kawabata: como tema, como fondo y también como estética. *País de nieve* fue el momento bisagra, el primer fruto de ese nuevo vínculo del ex neosensualista con la literatura y con lo japonés, su primer libro "de madurez" según sus propias palabras. ¿Pero cuánto hay del propio Kawabata en Shimamura? La ascética, seca vecindad con el personaje que nos impone el autor a lo largo de toda la novela habla de un conocimiento más que considerable de esa clase de

temperamento. Pero, si en algún momento de la escritura de esta novela, su autor se vio a sí mismo como un Shimamura, logró redefinir exitosamente el signo de esa distancia: a diferencia de la de su personaje, hay una inalterable calidez en la distancia de Kawabata con la materia narrada. Esa exigua, casi palpitante distancia se manifiesta tanto con los sentimientos, las acciones y las reflexiones de sus criaturas, como con lo que flota en el aire entre ellos y su época, entre ellos y el pasado, entre ellos y la muerte, vecina o lejana.

Quizás esa distancia la hayan empezado a dictar mucho antes las sucesivas orfandades que marcaron la vida de Kawabata (a los tres años de edad vio morir a sus padres, luego a su única hermana, más tarde a su abuela materna y, antes de cumplir los quince años, al abuelo que se lo había llevado a vivir con él al campo). Quizá proviniera de un lugar muy diferente: de la reformulación del tono del *Genji Monogatari,* la monumental novela cortesana del siglo XI que Kawabata comenzó a frecuentar desde los años treinta y que fue el único libro que se llevó en su prolongado autoexilio en Manchuria, durante la Segunda Guerra Mundial. Aquellos que hayan leído *Lo bello y lo triste* (novela póstuma de Kawabata, vale aclarar) notarán ciertas similitudes no sólo en esa rarísima distancia-vecindad sino también en el planteo argumental, en esta primera versión llevado a sus huesos, con laconismo tan magistral que por momentos parece casi patológico. Teniendo en cuenta el acorde inicial de *Lo bello y lo triste* (esa insólita alusión, en una novela ambientada en Tokio y en Kyoto, al sonido de un tren al sumergirse en un túnel en lo alto de las desoladas montañas occidentales, tan parecido al que lleva a Shimamura, cuarenta años antes, al encuentro con Komako y Yoko), puede pensarse que Kawabata se concedió antes de la muerte revisitar, retorciendo aún más, ese más que tortuoso triángulo que convirtió a *País de nieve* en su libro más celebrado, e incluso más devorado por sus lectores japoneses.

A tal punto fascinó este libro a sus primeros lectores (aquellos que conocieron la novela en entregas, a través de un periódico de Tokio) que obligó a Kawabata a trastabillar en dos de sus inalterables preceptos de silencio: por una vez, aceptó hablar de dónde venían sus personajes (“Conocí en mi juventud a Komako; no a Yoko, a quien inventé”, confesó) y, también por única vez, decidió reformular el final de uno de sus libros. En 1937, Kawabata había dado un cierre abierto a *País de nieve,* y así dio por terminada la serialización, dos años después de iniciada. Vaya a saberse cómo se las arreglaron los lectores con el característico protocolo oriental, pero de una u otra manera lograron convencer al autor de que la historia debía continuar. Después de desechar diversos finales sin confesárselo a nadie a lo largo de los años, y cuando ya nadie esperaba enterarse de algo más del destino de Komako, Yoko y Shimamura, Kawabata sorprendió a propios y extraños en 1947, escribiendo un capítulo adicional a la novela y permitiendo que el texto completo se publicara en forma de libro (sólo corresponde decir de ese final que incluye uno de los incendios más inolvidables de la historia de la literatura).

Difícil no relacionar ese anhelo de los lectores de *País de nieve* —

finalmente correspondido por su autor— con las necrológicas aparecidas luego de que Kawabata abriera todas las llaves de gas de su departamento frente al mar en Zushi, el 16 de abril de 1972, y se dejara morir: todas esas necrológicas, como toda noticia biográfica sobre Kawabata en sus libros desde entonces, puntualizaron y siguen puntualizando que "no se halló ninguna nota, ni se ofreció ninguna explicación satisfactoria al suicidio", delatando como un eco, molesto pero también comprensible, aquella decepción y aquel anhelo por saber algo más, apenas algo más, que produjo la última entrega de *País de nieve* en 1937. Lamentablemente, esta vez su destinatario no estaba ahí para desechar diversas alternativas tomándose su tiempo y, por fin, cuando ya nadie lo esperara, sorprender a todos con la más perfectamente idónea.

Primera parte

El tren salió del túnel y se internó en la nieve. Todo era blanco bajo el cielo nocturno. Se detuvieron en un cruce. Una muchacha sentada del lado opuesto del vagón se acercó a la ventanilla del asiento delantero al de Shimamura y la abrió sin decir palabra.

El frío invadió el vagón. La muchacha asomó medio cuerpo por la ventanilla y llamó al guarda como si éste se hallara a gran distancia. El hombre se acercó con lentitud sobre la nieve, sosteniendo un farol en la mano. Llevaba bien cerradas las orejeras de su gorra y una bufanda que apenas dejaba una rendija para los ojos.

Ese frío, claro, pensó Shimamura. Barracas dispersas que quizás habían sido vagones-dormitorio ocupaban la ladera congelada de la montaña. El blanco de la nieve se fundía en la oscuridad antes de posarse sobre los techos.

—Soy Yoko. ¿Cómo está usted? —dijo la muchacha.

—Yoko, claro. ¿De regreso? Ha comenzado el frío.

—Sé que mi hermano ha venido a trabajar aquí. Gracias por todo lo que ha hecho por él.

—La soledad se le hará dura. No es el mejor lugar para un muchacho como él.

—Es una criatura aún. Pero usted le enseñará lo que haga falta.

—Va bien por el momento. Estaremos más ocupados, con la nieve. El año pasado tuvimos tanta que las avalanchas detenían todos los trenes y el pueblo entero debió cocinar para los pasajeros demorados.

—Veo que está bien abrigado. Mi hermano me decía en su carta que ni siquiera usaba manga larga aún.

—Sólo me mantengo en calor si llevo cuatro capas de abrigo. Pero los jóvenes son así. Con los primeros fríos, prefieren beber que arroparse. Y, cuando se quieren dar cuenta, ya están en cama con fiebre —dijo el guarda y señaló con su linterna en dirección a las barracas.

—¿Mi hermano bebe?

—No que yo sepa.

—¿Está usted volviendo a casa?

—No. Tuve un pequeño accidente que me obliga a ver al doctor.

—Cuídese, por favor.

El guarda se cerró aun más el gabán que llevaba sobre el kimono y echó a andar. Por encima de su hombro dijo: —Usted también.

—Si ve a mi hermano, dígale que se porte bien —agregó la muchacha cuando el guarda se alejaba. Su voz era tan dulce que daba tristeza que reverberara en la noche helada. —Y dígale también que venga a visitarme cuando tenga un día libre —agregó cuando el tren, ya en movimiento, pasó junto al hombre que caminaba al lado de las vías.

—Se lo diré —dijo la voz del guarda desde la oscuridad.

La muchacha cerró la ventana y se cubrió con las manos las mejillas enrojecidas por el frío. Tres máquinas quitanieve esperaban que las tormentas se hicieran más intensas para volver a la vida. Había un sistema de alarma para avalanchas en ambos extremos del túnel y un contingente de cinco mil trabajadores disponibles para despejar las vías, más dos mil voluntarios de los destacamentos de bomberos vecinos que podían sumarse a las tareas cuando era necesario. Que el hermano de Yoko formara parte de los que mantendrían despejado ese cruce perdido en la montaña hacía más interesante a la muchacha a los ojos de Shimamura.

Sí: la muchacha. Porque había en ella algo que delataba su soltería. Shimamura no tenía manera de saber qué relación la unía al hombre que viajaba con ella. Actuaban como pareja, pero él estaba evidentemente enfermo y la enfermedad estrecha el vínculo entre un hombre y una mujer: una muchacha cuidando de un hombre a todas luces mayor que ella, cuidándolo como una madre joven a su pequeño, parece a la distancia como una esposa. Sin embargo, Shimamura había separado mentalmente a la muchacha de su acompañante y decretado su soltería. Quizá por haber estado observándola largo rato desde ese ángulo tan particular. Quizá porque emociones peculiarmente personales incidieron en tal juicio.

Había ocurrido tres horas antes: Shimamura estaba contemplando el dedo índice de su mano izquierda. Solo ese dedo parecía conservar un recuerdo vital de la mujer que se proponía reencontrar. Cuanto más se esforzaba en convocar su imagen, más lo traicionaba su memoria y más difusa se le haría aquella mujer. No conocía su nombre siquiera. En esa incertidumbre, sólo el dedo índice de su mano izquierda parecía conservar el tibio recuerdo de aquella mujer y acortar la distancia que los separaba. Invadido por la extrañeza, Shimamura se llevó la mano a los labios y luego trazó una línea distraída en el vidrio empañado. Un ojo femenino irrumpió en el cristal. Shimamura se estremeció. Creyó que había estado soñando hasta que comprendió que era sólo el reflejo en la ventanilla de la muchacha sentada al otro lado del pasillo.

Afuera caía la noche y acababan de encenderse las luces del vagón. El ojo era de tan extraña belleza que él simuló que acababa de despertarse y desempañó el resto del vidrio como si quisiera ver adonde estaban.

La muchacha estaba incorporada en el asiento, vuelta hacia su acompañante. Por el modo en que los hombros concentraban la tensión de todo el cuerpo, Shimamura supo que era un atento desvelo hacia su

acompañante lo que hacía que la muchacha no parpadeara. El hombre tenía la cabeza apoyada contra la ventanilla y las piernas sobre el asiento frente a la muchacha. Iban en un vagón de tercera. La pareja no estaba en la misma fila que Shimamura sino una más adelante, en diagonal a él, lo que le permitía mirarla directamente. Pero ya en el momento en que los vio subir al tren hubo algo inquietante en la belleza de ella que lo obligó a bajar los ojos y registrar sólo los dedos cenicientos del hombre aferrados al brazo de ella.

En el reflejo, el hombre exhibía una combinación de protección y debilidad que hacía lícito que posara sus ojos en el pecho de la muchacha. Un extremo de su bufanda le servia de almohada, el resto le cubría el cuello y la boca. De tanto en tanto, el paño parecía obstaculizarle la respiración, pero antes de que él manifestara el menor signo de molestia la muchacha se la reacomodaba con suavidad. El procedimiento se repitió tantas veces que Shimamura empezó a sentir impaciencia. Lo mismo ocurría con el sobretodo: cada vez que se abría uno de los faldones, la muchacha se apresuraba a colocarlo en su lugar, cubriendo las piernas del hombre. Todo era completamente natural, como si ambos estuvieran igualmente decididos a repetir esa rutina durante lo que restaba del viaje. Shimamura contemplaba la escena sin sentir ni el menor asomo del dolor que suscita lo verdaderamente triste. Más bien era como asistir a la escena de un sueño, seguramente por el efecto de verla reflejada en el cristal, superpuesta al paisaje nocturno.

Las dos figuras, transparentes e intangibles, y el fondo, cada vez más difuso en la oscuridad creciente del crepúsculo, se fundían en una atmósfera ajena a este mundo. Cuando una mínima variación en las montañas lejanas se sobreimprimía al rostro de la muchacha, Shimamura sentía una turbación de inexpresable belleza en el pecho. En el cielo aún se veían restos rojos del atardecer. Todo contorno individual se perdía en la distancia, el monótono paisaje de la montaña se hacía aun más vago a medida que se apagaban los últimos restos de color. Nada atraía la mirada, sólo quedaba dejarse llevar Mientras subía al coche, Shimamura miró los delicados carámbanos que colgaban goteantes del alero de la estación. El blanco de la nieve en el techo los hacía aun más blancos, como si un manto de silencio hubiera caído sobre la tierra.

—El frío aquí arriba es diferente. Se siente diferente cuando uno toca algo.

—El año pasado tuvimos más de tres metros de nieve.

—¿Siempre es igual?

—Por lo general no pasa de dos.

—¿Cuándo empiezan las nevadas fuertes?

—Están por empezar. Hoy tuvimos treinta centímetros, pero buena parte se ha derretido ya.

—¿Buena parte?

—Y en cualquier momento tendremos la primera nevada fuerte.

Eran los primeros días de diciembre. Shimamura aspiró hondo. Primero sintió que se le cortaba la respiración pero luego el aire frío le

aclaró la cabeza como limpiándolo por dentro.

—¿Sigue aquí la muchacha que vivía con la maestra de música?

—Sigue. ¿No la vio en la estación? La de la capa azul.

—¿Era ella? ¿Podemos llamarla más tarde?

—¿Esta noche?

—Sí, esta noche.

—Tengo entendido que el hijo de la maestra de música venia en el mismo tren que usted. Por eso estaba ella en la estación.

De manera que el pasajero enfermo que había estado contemplando durante el viaje era el hijo de la maestra de música. La maestra de música en cuya casa vivía la mujer que Shimamura había venido a ver. Un asomo de escalofrío acompañó el descubrimiento, tan leve que lo que sorprendió a Shimamura fue lo poco que le impresionaba aquella coincidencia.

En algún lugar de su corazón, sintió que se formaba una pregunta con tanta nitidez como si estuviera corporizándose delante de él: ¿qué relación había entre la mujer que su mano comenzó a recordar durante el viaje y aquella en cuyo ojo se había reflejado la luz de la montaña? ¿O era que aún no terminaba de librarse del embrujo del paisaje crepuscular visto desde aquella ventanilla? ¿O todo era un símbolo de que el paso del tiempo fluía como aquel paisaje de montaña?

La posada de aguas termales tenía menos huéspedes en las semanas previas al comienzo de la temporada de esquí. Para cuando Shimamura terminó su baño, el lugar parecía sumido en el sueño. Las puertas vibraban a cada paso que daba por el desvencijado pasillo. Allí donde daba una curva, más allá de la recepción, vio la alta figura femenina, los faldones de su kimono rozando el piso. Avanzó hacia ella contemplando el atuendo y preguntándose si finalmente se habría convertido en una geisha. Ella no parecía reconocerlo. A aquella distancia había algo tan intenso como grave en su actitud inmóvil. Shimamura apuró el paso pero tampoco se dijeron nada cuando estuvieron frente a frente. Él seguía sin conocer su nombre. Ella se limitó a esbozar una sonrisa que el intenso maquillaje blanco hizo más nítida y que desembocó en un acceso de silencioso llanto. Así se dirigieron a la habitación de Shimamura.

A pesar de lo que había ocurrido entre ambos, él no le había escrito ni había vuelto a verla. Ni siquiera le había enviado las instrucciones de danza prometidas, dejándola sin otra opción que pensar que se había reído de ella o la había olvidado. De ahí que le correspondiera ofrecer una excusa o una disculpa a modo de saludo, pero mientras caminaban a la habitación sin mirarse Shimamura sintió que, lejos de culparlo, ella sólo tenía espacio en su corazón para celebrar la recuperación de lo perdido. Una sola palabra de su parte sobrecargaría aun más la situación, de manera que él se dejó invadir por la dulce felicidad de ella hasta que llegaron al pie de la escalera, donde alzó su dedo índice hasta la altura de los ojos de ella y dijo: —Ésta es la parte de mí que mejor te recordaba.

Ella se limitó a envolver el dedo con su mano y así lo guió por la escalera. Sólo lo soltó brevemente cuando se acercaron al calor del

kotatsu en la habitación, pero volvió a aferrarle la mano cuando él reparó en el intenso rubor que sonrojaba el rostro de ella, desde la frente hasta bien entrada la garganta.

—¿Este dedo era el que mejor me recordaba?

—La otra mano. Éste —dijo Shimamura, mientras liberaba su mano derecha y la acercaba al calor del fuego.

—Es cierto —dijo ella, mientras le abría los dedos de la mano izquierda y apoyaba allí su mejilla—. Puedo sentirlo.

—Estás helada. En mi vida he tocado pelo tan frío.

—¿Ya ha nevado en Tokio?

—¿Recuerdas lo que dijiste aquella vez? Estabas equivocada. No me reía de ti. ¿Por qué otro motivo vendría alguien a un lugar como éste en diciembre?

"Aquella vez" el peligro de las avalanchas había pasado y ya se anunciaba el comienzo de la temporada de montañismo con los primeros verdores de la primavera.

Shimamura, que dedicaba su vida al ocio, partía solo a las montañas cada vez que sentía que estaba perdiendo la honestidad consigo mismo. Aquella vez había bajado a la casa de aguas termales luego de siete días de soledad allá arriba y pidió una geisha. Desafortunadamente, le dijo la doncella de la posada, ese día había una celebración por la apertura de un nuevo camino, y las doce o trece geishas del lugar estaban ocupadas. La que podría acudir, quizás, era la muchacha que vivía con la maestra de música. A veces colaboraba en las fiestas, pero sólo con una o dos danzas, y ya estaría de regreso en su casa. Cuando Shimamura quiso saber más de ella, la doncella le contó que la maestra de *samisen* tenía viviendo con ella una muchacha que no era geisha, pero a veces, cuando se lo pedían, colaboraba en las grandes celebraciones. Como no había aprendices de geisha en el pueblo y las geishas locales habían alcanzado una edad en que preferían no tener que bailar, los servicios de la muchacha eran muy valorados. Nunca entretenía por sí sola a un huésped de la posada, sin embargo no podía considerársela una aficionada exactamente: eso fue lo que en líneas generales dijo la doncella.

Shimamura se sorprendió un poco con la historia pero dejó de lado el asunto. Hasta que, una hora después, apareció la doncella de la posada acompañada por la muchacha. Shimamura se puso de pie y la doncella se estaba retirando de la habitación cuando la muchacha le pidió que esperara.

Había algo en ella que daba una impresión de notable limpidez y frescura. Tanto que Shimamura se preguntó si sus ojos no seguirían bajo el influjo del florecer primaveral que lo había rodeado en la cima de las montañas. Su forma de vestir tenía algo de geisha, aunque no llevara la larga falda que las caracterizaba. Si bien lucía un sencillo kimono de verano, el *obi* que envolvía decorosamente su cintura parecía caro y daba al conjunto una impresión un poco melancólica.

La doncella desapareció silenciosamente en cuanto ellos se

enfrascaron en una conversación sobre las montañas. La muchacha no estaba muy segura de los nombres de todos los picos que alcanzaban a verse desde la posada y, como Shimamura no sintió el deseo de beber que solía invadirlo en compañía de una geisha, ella empezó a relatarle su pasado de un modo sorprendentemente realista. Había nacido en aquella región pero fue enviada bajo contrato a una casa de geishas en Tokio. Con el tiempo consiguió un mentor que pagó sus deudas a la casa de geishas y le propuso instalarla como maestra de danza, pero lamentablemente aquel buen hombre murió al año y medio. Fue más reticente a la hora de relatar lo ocurrido desde entonces, en especial lo más reciente. Dijo que ya tenía diecinueve años. Shimamura le había adjudicado no menos de veintidós.

Dando por sentado que no mentía, el modo en que pesaban sobre ella los sucesos de su breve vida produjo a Shimamura algo de la ligereza que esperaba de una geisha. Cuando pasaron a hablar del Kabuki, descubrió que ella sabía más que él de actores y estilos. Hablaba febrilmente, como ávida de un interlocutor atento, y poco a poco comenzó a aflorar en su actitud la gracia distraída que delataba a las mujeres dedicadas a los menesteres del placer. Parecía, además, saber todo lo había que saber de los hombres. Pero, aun así, Shimamura la consideró una aficionada. Luego de una semana solo en aquellas alturas se sentía necesitado de compañía. Y fue amistad más que otra cosa lo que empezó a experimentar por aquella muchacha, como si lo que había sentido en las montañas se proyectara sobre ella.

Al día siguiente, de camino a su baño, ella dejó su toalla y jabón en el pasillo y se asomó a la habitación de él. No acababa de sentarse cuando Shimamura le pidió que le llamara una geisha.

—¿Puedes hacer eso por mí?

—No vine para eso —contestó ella incorporándose abruptamente, y le dio la espalda mientras su rostro enrojecía de cara a las montañas—, Y además no hay mujeres de esas aquí.

—Vamos, no seas remilgada.

—Es la verdad —dijo ella, y giró para enfrentarlo, y lo miró fijamente mientras se apoyaba en el vano de la ventana—. Nadie fuerza a una geisha a hacer lo que no quiere. Y además ése es un servicio que la posada no provee. Pero compruébalo por ti mismo, si quieres.

—Te estoy pidiendo que lo hagas por mí.

—¿Qué te lleva a pensar que estaría dispuesta a hacerlo?

—Te considero una amiga. Por eso me he comportado como me he comportado contigo. Y por eso te lo pido.

—¿A eso llamas amistad?

Llevada por el tono de Shimamura, su voz se había ido aniñando, pero súbitamente recuperó su tono anterior: —¡Cómo es posible que te creas con derecho a pedirme algo así!

—No veo motivo para que te sientas tan ofendida. Estoy, cómo decirlo, rebosante de salud después de una semana allá arriba. Eso es todo. No puedo mantenerme aquí sentado conversando contigo como querría.

Ella calló y clavó los ojos en el piso. Shimamura sabía que estaba

haciendo gala de su desvergüenza masculina, pero al mismo tiempo le pareció que ella estaba acostumbrada a ese trato y exageraba su turbación. La miró largamente. Cuando ella volvió a ruborizarse y parpadeó para disimularlo se hizo más nítida la sensualidad de sus largas pestañas por tener la mirada aún baja.

—Llama a quien quieras.

—Eso es exactamente lo que te estoy pidiendo. Es la primera vez que estoy aquí y no sé cuál de las geishas es la más bonita.

—¿Qué consideras bonita?

—Alguien joven. Porque la juventud aplaca los errores. Y que no hable demasiado. Y que sea limpia. Y no se precipite. Eso es todo. Para todo lo demás te tengo a ti.

—Yo no volveré.

—No seas tonta.

—No volveré. ¿Por qué habría de volver?

—Porque acabo de decirte que lo que quiero de ti es amistad, y que por eso me he comportado así contigo.

—Has dicho suficiente.

—Supongamos que fuera demasiado lejos contigo. Seguramente después no querría seguir conversando, ni verte otra vez. He tenido que subir a las montañas para recuperar el deseo de hablar con alguien, y me he comportado así contigo precisamente para que podamos seguir conversando. ¿Y qué hay de ti? Mejor ser precavida con los viajeros.

—Eso, al menos, es cierto.

—Por supuesto que lo es. Piensa lo siguiente: si eligiera una mujer que no te gustara, no querrías volver a verme. Sería mucho mejor si la eligieras tú.

—No quiero escuchar una palabra más —dijo ella y le dio la espalda. Pero entonces agregó: —Quizás haya algo de razón en lo que dices.

—Unos instantes de placer, eso es todo. Nada especial. Ya sabes: nada duradero.

—Bien lo sé. Así es para todos los que vienen aquí. Un par de días en las aguas termales y adiós. Todos están de paso. Seré una niña aún, pero sé muy bien cómo funciona. Quien no te dice que le agradas y aun así lo sabes, ése es el que te deja un buen recuerdo. No lo olvidas, incluso tiempo después de que se haya ido. Eso dicen. Y ése es el que luego te envía cartas.

Dicho esto, ella se alejó de la ventana y se arrodilló en la esterilla que tenía a sus pies. Parecía inmersa en el pasado y al mismo tiempo cercana. Shimamura comenzó a sentirse un poco culpable, como si la hubiera engañado con demasiada facilidad. Sin embargo, no le mentía. Para él, ella era una aficionada. Y el deseo que experimentaba no era de esa clase de mujer: era algo que debía ser satisfecho con presteza, liviandad y sin culpa. Esa mujer era demasiado limpia. Desde el primer momento en que posó sus ojos en ella la separó de aquello que tenía en mente.

No sólo eso: desde que bajó de la montaña venía pensando que aquella posada quizá fuera el lugar ideal para que su familia eludiera

los calores del verano. Esa muchacha sería una buena compañía para su esposa. Incluso podía darle lecciones de danza si se aburría. Lo pensaba en serio. Cuando dijo que sólo la amistad era posible con ella, tenía sus razones para orientar aquella relación hacia la seguridad de las aguas bajas en lugar de sumergirse en sus profundidades.

Pero en aquel momento estaba bajo efectos similares a los que le produciría, tiempo después, aquel reflejo crepuscular en la ventanilla del tren. Detestaba la mera idea de complicarse con una mujer cuya posición era tan ambigua, pero al mismo tiempo la veía como un ser irreal. Su gusto por la danza tenía el mismo aire de irrealidad, si lo pensaba un poco. Había crecido en el sector comercial de Tokio y estaba más que familiarizado con el Kabuki desde su infancia. Sus intereses como estudiante derivaron temprano hacia la danza y el teatro japoneses. Su naturaleza insatisfecha, que no encontraba paz hasta saberlo todo del terna que lo desvelaba, lo había llevado al estudio de documentos antiguos así como a visitar a los directores de todas las escuelas importantes de danza; de hecho, era amigo de varias de las figuras en ascenso de ese ambiente y llevaba un tiempo escribiendo lo que la gente consideraba piezas investigativas y ensayos críticos. De allí que empezara a sentir un fastidio equivalente hacia los sopores de la vieja tradición y hacia los reformistas que sólo aspiraban a satisfacer su vanidad. Para cuando llegó a la conclusión de que debía sumergirse activamente en el mundo de la danza, persuadido por las figuras jóvenes que más valoraba en aquel ambiente, sorprendió a propios y extraños orientando su interés abruptamente hacia la danza occidental. Dejó de ver danza japonesa. Comenzó a acumular ensayos y fotos y coreografías de ballet europeo, incluso se tomó el trabajo de coleccionar, con el esfuerzo que eso significaba, críticas y programas y carteles del extranjero.

No era una mera fascinación con lo exótico y lo desconocido. El placer que halló en este nuevo pasatiempo se debía en gran medida a la imposibilidad de ver con sus propios ojos a bailarines occidentales en acción. La prueba era su negativa terminante a ver ballet ejecutado por japoneses. Nada le resultaba tan agradable como escribir sobre ballet a partir de lo que sacaba de libros. Ese ballet que nunca había tenido ocasión de ver era un arte de otro mundo. Una ilusión sin rival posible, una lírica edénica. Lo que consideraba una investigación seria era en realidad una fantasía sin control: su decisión de saborear los fantasmas de su imaginación danzante a partir de fotos y libros occidentales era como estar enamorado de alguien a quien nunca había visto. En suma, para un diletante como Shimamura, aquellas incursiones en la danza occidental lo llevaban a la frontera de lo literario, aun cuando él mismo se riera de sí mismo y de aquel apasionado pasatiempo.

Podría decirse que aquel saber estaba siendo puesto cabalmente en práctica por primera vez en mucho tiempo, ya que fue a través de aquella conversación sobre danza que Shimamura logró establecer cierta cercanía con aquella mujer. Aunque, teniendo en cuenta lo poco que sabía de ella, también podría decirse que la trataba exactamente de la manera en que trataba el ballet. De ahí la leve culpa que sentía, como

si la hubiera decepcionado o engañado con demasiada facilidad, cuando su frívola alusión a las necesidades del viajero pareció tocar una cuerda especialmente grave y profunda en ella. Pero aun así agregó: —Puedo traer a mi familia y seremos todos amigos.

—Eso podría entenderlo mejor —dijo ella inesperadamente, en voz queda, sonriendo y con un toque de la juguetona coquetería de las geishas—. Eso me gustaría más. Las cosas duran más entre amigos.

—¿Llamarás a alguien, entonces?

—¿Ahora?

—Sí, ahora.

—¿Pero qué puede decírsele a una mujer a la cruda luz del día?

—Por la noche hay más riesgo de quedarse con la que nadie quiere.

—Ya veo qué clase de consideración te merece este lugar. Supongo que alcanza con echar un vistazo para hacerse esa idea.

Su voz había recuperado la compostura, como si ya se hubiera consumado la degradación. Repitió con el mismo énfasis que antes que no había en ese pueblo muchachas como las que deseaba él. Cuando Shimamura dijo que lo dudaba, ella se encolerizó pero pareció calmarse con la misma velocidad. Dijo que quedaba a criterio de la geisha decidir si pasaba la noche con él o no. Si lo hacía sin permiso de su casa, era a su riesgo. Si tenía permiso, en cambio, la casa asumía total responsabilidad de lo que ocurriera. Ésa era la diferencia.

—¿A qué te refieres con “total responsabilidad”?

—Si llegara a haber un niño, o alguna enfermedad.

Shimamura sonrió secamente ante la filosófica sencillez con que podían enunciarse las cosas en los pueblos de montaña. Ya al bajar de las altas cumbres había sentido una afinidad con el acogedor espíritu de aquel pueblo por debajo de su frugalidad. Al llegar a la posada supo que aquélla era una de las poblaciones más confortables de la áspera región. Hasta la más bien reciente llegada del ferrocarril, la posada servía como lugar de cura para los granjeros vecinos con más recursos. Lo habitual era que la casa de geishas se enmascarara como casa de té, aunque una mirada al color amarillento de los paneles de papel de arroz y al estilo anacrónico de las puertas corredizas daría a entender que los huéspedes eran escasos. En cuanto al local de provisiones, podía tener su propia geisha y su propietario trabajar la tierra vecina al negocio. Quizá porque la mujer que Shimamura tenía enfrente en ese momento vivía en la casa de la maestra de música del pueblo, no generaba la menor tensión que colaborara en las celebraciones sin tener licencia como geisha.

—¿Cuántas hay en el pueblo?

—¿Cuántas geishas? Doce o trece.

—¿A quién recomendarías de todas ellas? —quiso saber Shimamura, mientras se ponía de pie para llamar a la doncella.

—Déjame ir, por favor.

—Aún no.

—No puedo quedarme —dijo ella, tratando de sobreponerse a la humillación—. Debo irme ahora. No importa lo que hagas. De veras. Volveré. Pero ahora debo irme.

En ese momento entró la doncella y ella volvió a sentarse como si nada impropio estuviera ocurriendo. La doncella preguntó varias veces a cuál geisha debía llamar pero ella fue incapaz de dar un nombre.

Con el primer vistazo a la geisha de diecisiete o dieciocho años que entró en su habitación, Shimamura sintió desvanecerse su necesidad de una mujer. A sus brazos les faltaba aún redondez femenina, un aire inconcluso enfatizaba y a la vez velaba la buena disposición de la muchacha. Shimamura disimuló como pudo su desinterés y la enfrentó con concienzudo ceremonial, pero sus ojos miraban menos a la muchacha que al verde de las montañas más allá de la ventana. Dirigirle la palabra fue superior a sus fuerzas. Era la encarnación de la geisha de montaña, de la cabeza a los pies. Creyendo que obraba con tacto, la otra mujer abandonó la habitación y el silencio se hizo más incómodo. Aun así, Shimamura logró pasar una hora con la geisha. Pensando qué pretexto podía usar para librarse de ella, recordó que se había hecho enviar dinero desde Tokio y alegó que debía pasar por el correo antes que cerrara. La muchacha salió de la habitación con él. Al franquear la puerta de la posada, sin embargo, el aroma de los nuevos brotes que bajaba de la montaña lo sedujo de tal manera que enfiló hacia allí riendo para sus adentros mientras ascendía la cuesta y sin saber del todo de qué se reía. Cuando se sintió invadido por un confortable cansancio giró hacia el valle, introdujo los faldones de su kimono en el *obi* para no tropezar con ellos y bajó corriendo entre mariposas amarillas que aleteaban a su paso y alcanzaban una altura superior a la línea de las cumbres a la distancia.

—¿Qué pasó? —oyó que le preguntaba cuando llegó abajo. Al mirar alrededor vio a la mujer a la sombra de unos cedros. —Parecías feliz, por el modo en que te reías.

—Me rendí —dijo Shimamura, sintiendo otro acceso de esa risa inexplicable hinchándole el pecho—. Me entregué.

—Vaya —dijo ella y le dio la espalda y se internó sin apuro entre los árboles.

Shimamura la siguió en silencio. El bosquecillo era un santuario. La mujer se sentó en una piedra plana junto a dos perros de piedra cubiertos de moho.

—Siempre corre brisa aquí. Incluso en los días más calurosos de verano.

—¿Todas las geishas del pueblo son iguales?

—Supongo que sí. Algunas de las mayores son muy atractivas, si estás interesado —dijo ella fríamente y con los ojos clavados en la hierba. El verde de la vegetación sobre sus cabezas parecía reflejarse en su nuca.

Shimamura miró hacia arriba y suspiró.

—Ya no. Ya no tengo fuerzas. Es gracioso.

Los troncos de los cedros ascendían verticales y paralelos entre las tallas de piedra, sus copas se curvaban por su propio peso en las alturas bloqueando el azul del cielo. La quietud era tan absoluta como

una canción ensimismada. El tronco sobre el que se apoyaba Shimamura era el más viejo; por alguna razón, un sector de sus ramas superiores estaban marchitas, sin hojas, como estacas clavadas en el tronco para defenderlo de algún dios en las alturas.

—Cometí un error. Cuando te vi, recién bajado de la montaña, pensé que todas las geishas serían como tú —dijo riendo, y al decirlo supo que la idea de purgar el vigor de una semana de soledad en las montañas se la había suscitado la visión inicial de aquella mujer que irradiaba tal limpidez.

Ella estaba mirando el río distante a la luz de la tarde. Shimamura titubeó, sin resolverse a hablar ni a callar.

—Me olvidaba —dijo ella entonces, con impostada levedad—. Te traje tus cigarrillos. Volví a tu habitación pero ya te habías ido, no sabía adonde. Entonces te vi bajar corriendo como una criatura por la montaña. Eras muy gracioso. Pero supuse que echarías en falta tus cigarrillos. Aquí tienes.

Shimamura tomó el paquete que ella había sacado de la manga de su kimono y encendió uno con el fósforo que ella le tendió.

—Creo que fui descortés con esa pobre muchacha. —Así son las cosas: el cliente decide cuándo quiere quedarse a solas.

El sonido del río corriendo entre las piedras llegaba mansamente hasta ellos. Las sombras de las montañas avanzaban por el valle más allá de los árboles.

—Si ella hubiera sido tan buena como tú, me habría sentido estafado.

—No es cierto. Sólo te niegas a admitir que perdiste —dijo ella con desdén. Sin embargo, era palpable una corriente de afecto de una nueva dimensión.

A Shimamura se le hizo obvio que había deseado desde el principio a esa mujer y que había actuado con los rodeos que caracterizaban todos sus actos. Esa certeza vino acompañada de una creciente aversión hacia sí mismo, que la hacía a ella cada vez más hermosa, como si el aura límpida que la rodeaba desde el comienzo se hubiera intensificado con la frescura que se respiraba bajo aquellos árboles.

Su angosta, afilada nariz tenía un aire de desamparo pero el capullo de sus labios se abría y cerraba con la tersa curvatura de una fruta. Incluso cuando estaba en silencio sus labios parecían en tenue movimiento. La menor arruga, grieta o decoloración los hubiera arruinado, pero su perfección los humanizaba al máximo. Sus pestañas enmarcaban los ojos en una línea casi sin torsión y perpendicular a la nariz; el efecto habría rozado el ridículo de no complementarse con el arco espeso y envolvente de las cejas. No había nada extraordinario en la forma oval de su rostro salvo la piel, como de porcelana apenas rosada, y el hoyuelo infantil de su garganta, que completaba aquella impresión de limpidez más que de verdadera belleza. En cuanto a los pechos, exhibían una redondez infrecuente en las geishas, habituadas a la firmeza del *obi* ajustando su talle.

—Hay mosquitos —dijo ella de pronto, y se puso de pie y sacudió las faldas de su kimono. En la solitaria quietud del bosque ni uno ni el

otro tenían algo que decir.

A eso de las diez de la noche, Shimamura creyó oír la voz de ella desde el pasillo y un instante después irrumpió en su habitación como si la hubieran arrojado dentro. Cayó de bruces contra la mesa baja. Con pulso vacilante se sirvió un vaso de agua y bebió ávidamente.

Había ido a entretener a unos huéspedes recién llegados a quienes conocía de la anterior temporada de esquí. Los hombres la habían invitado a su posada donde tuvo lugar una ruidosa fiesta amenizada con geishas, y procedieron a emborracharla. Su cabeza se bamboleaba mientras contaba esto. Parecía dispuesta a seguir interminablemente con su relato, hasta que tomó súbita conciencia de la situación y se interrumpió:

—No debería estar aquí. Han de estar buscándome. Volveré más tarde.

Y salió tropezando de la habitación.

Una hora después, él oyó pasos vacilantes por el pasillo. Cuando abrió la puerta la vio avanzar bamboleándose y buscando apoyo en las paredes.

—¡Shimamura! ¡No puedo ver! ¡No veo nada! ¡Shimamura!

No había el menor pudor en el tono de voz: era el clamor inconfundible de una mujer llamando a su hombre. Shimamura pensó con alarma que los gritos se oirían por toda la posada y se apresuró a arrastrarla dentro de su habitación luego de luchar con los dedos que se aferraban al marco de la puerta y rasgaban el panel de papel de arroz.

—Ah, aquí estás —dijo ella y se desplomó sin soltarlo—. No estoy borracha. ¿Quién dice que estoy borracha? Sólo que duele. Cómo duele. Sé exactamente lo que estoy haciendo. Agua. Necesito agua. Mezclé bebidas, fue mi culpa, y se me subió el alcohol a la cabeza. ¿Cómo iba a saber que el whisky que tenían era barato? —murmuró mientras se frotaba la frente con los puños cerrados.

Cada vez que él cedía apenas en su abrazo, ella amenazaba desvanecerse. Era tal la firmeza con que la sostenía que le había desordenado por completo el peinado. Mientras le susurraba palabras de aliento, deslizó una mano dentro del kimono pero al instante ella le vedó el camino cruzando con firmeza los brazos sobre el pecho.

—Qué haces —se dijo entonces a sí misma y se mordió salvajemente los brazos, como enfurecida con su propio acto reflejo—. Maldita inútil. Qué pasa contigo.

Shimamura quedó espantado al ver las marcas de dientes en el brazo. Pero ella ya no le ofrecía resistencia. Abandonada en su abrazo, comenzó a escribir con la punta del dedo índice en la palma de la mano de él. Iba a confesarle quiénes le gustaban, dijo. Luego de escribir el nombre de una veintena de actores, escribió “Shimamura” una y otra y otra vez.

El delicioso cosquilleo iba entibiando la mano de él.

—Todo está bien —le dijo—. Todo está bien otra vez —repitió y

sintió algo maternal en ella hasta que el dolor de cabeza arremetió nuevamente y el cuerpo femenino se tensó y retorció hasta liberarse y recalar rodando sobre sí mismo en uno de los rincones de la habitación.

—No servirá de nada. Debo irme. Debo irme a casa.

—¿Crees que podrás llegar tan lejos? ¿Con esta lluvia?

—Iré descalza. Me arrastraré si es necesario.

—¿No te parece un poco excesivo? Si tienes que irte, te llevaré yo.

La posada estaba en medio de la ladera y el camino era escarpado.

—Por qué no te aflojas el kimono y descansas un poco hasta sentirte mejor.

—No, no. No es lo que corresponde. Y estoy acostumbrada —dijo ella, y se incorporó hasta quedar sentada, luego de aspirar hondo de un modo que evidentemente le costaba un gran esfuerzo—. Tengo náuseas —dijo entonces y abrió la ventana a su espalda pero no pudo vomitar. Parecía estar luchando para no desmoronarse otra vez. De tanto en tanto recuperaba la compostura y repetía para sí:

—Me voy a casa. Me voy a casa.

Eran más de las dos de la mañana.

—Vete a dormir. Cuando te dicen que te vayas a dormir, debes obedecer.

—Y tú qué harás —dijo Shimamura.

—Me quedaré aquí sentada. Cuando esté mejor me iré a casa. Antes que amanezca. Duérmete. No me prestes atención.

Shimamura volvió a su cama y miró a la mujer vencida sobre la mesa servirse otro vaso de agua.

—Cuando te dicen que no prestes atención, obedece. Y duérmete.

—Ven aquí —dijo él y la llevó a su cama. Ella le dio la espalda primero, luego lo besó con violencia y después comenzó a sacudir la cabeza como si quisiera desprenderse a través del delirio del dolor que la atenazaba, mientras repetía:

—No, no, no. ¿No dijiste que sólo querías que fuéramos amigos?

El tono crispado de su voz aplacó la excitación de Shimamura. Cuando vio el modo en que a ella se le fruncía la frente y se le afeaba la expresión en aquel desesperado intento por controlarse, estuvo a punto de hacer honor a su palabra. Pero entonces ella dijo:

—No me arrepentiré. Nunca. No soy esa clase de mujer. Aunque no pueda durar. ¿No lo dijiste tú mismo? —El alcohol le hacía arrastrar las palabras. —No es mi culpa. Tú eres el culpable. El que cedió. Tú eres el débil. No yo.

Y se sumergió en un trance, mientras mordía la solapa de su kimono como luchando en vano contra la felicidad.

Así permaneció un rato, agotada por el esfuerzo. Hasta que de pronto, como si acabara de descubrirlo, se incorporó:

—Te estás riendo de mí.

—En absoluto.

—En el fondo de tu corazón te estás riendo de mí. Si no ahora, lo harás después.

Y se cubrió el rostro y se echó a llorar. Pero tampoco eso duró mucho. Esta vez se volvió hacia él, dulce y rendida, y le contó todo

sobre ella, con la más absoluta intimidad.

Habló largamente. Como si el dolor de cabeza hubiera quedado atrás. Como si toda la escena anterior no hubiese ocurrido nunca.

—Pero se ha hecho tardísimo y yo hablando sin parar —dijo de pronto.

Y sonrió con timidez y anunció que debía partir antes que amaneciera.

—La gente se levanta muy temprano aquí —dijo más tarde.

Cada tanto se levantaba de la cama y se asomaba a la ventana.

—Todavía puedo salir sin que me vean la cara. Si sigue lloviendo, nadie saldrá al campo hoy.

Pero seguía sin decidirse a partir cuando el contorno de las montañas y los árboles empezó a divisarse entre la lluvia.

Ya era la hora en que las doncellas de la posada comenzaban la limpieza. Ella se acomodó el peinado y se deslizó fuera de la habitación ignorando la propuesta de Shimamura de acompañarla al menos hasta la puerta de la posada. Nadie debía verlos.

Ese mismo día Shimamura regresó a Tokio.

—¿Recuerdas lo que dijiste entonces? Estabas equivocada. No me reía de ti. ¿Por qué otro motivo vendría alguien a un lugar como éste en diciembre?

Ella alzó la cabeza. El sector de su rostro que se había apoyado contra la mano de Shimamura estaba sonrojado debajo del maquillaje blanco e hizo que él pensara otra vez en el frío de aquella región, aunque la negrura del cabello de ella ahora irradiara calidez.

Ella sonrió, como sorprendida por un resplandor inesperado. Quizás estaba pensando en "aquella vez" y por esa razón las palabras de Shimamura la hicieron ruborizar. Cuando volvió a bajar la cabeza, él alcanzó a ver que incluso la piel del nacimiento de la espalda, que el cuello abierto del kimono dejaba visible, se había arrebolado. Resaltando contra la negrura del pelo, impecablemente recogido en un rodete sin un cabello fuera de lugar, como una piedra pulida por las aguas hasta alcanzar la más tersa redondez, esa piel perlada de humedad parecía ofrecerse en sensual desnudez.

Shimamura se preguntó si la frialdad capilar que tanto lo había impresionado antes se debía al clima de aquella región o a una cualidad intrínseca de ese cabello. Entonces reparó en que la mujer estaba contando con los dedos.

—¿Qué haces? —dijo, pero ella siguió con su cuenta en silencio—. ¿Quieres saber cuántos días pasaron? No olvides que mayo, julio, agosto y octubre tienen treinta y un días.

—Ciento noventa y nueve. Exactamente ciento noventa y nueve días.

—¿Cómo puedes recordar exactamente qué día fue?

—Me bastó con fijarme en mi diario. Fue el 23 de mayo.

—¿Llevas un diario?

—Tiene su gracia leer lo escrito hace mucho. Pero como yo jamás oculto nada cuando escribo en mi diario, a veces me da vergüenza leerlo.

—¿Cuándo comenzaste a escribirlo?

—Antes de partir a Tokio para convertirme en geisha. No tenía dinero, sólo pude comprar una libreta cualquiera por dos o tres *sen* y yo misma debí trazar los renglones. Lo hice con un lápiz bien afilado y quedó lo suficientemente prolijo como para que luego pudiera llenar cada página de arriba abajo. Cuando tuve dinero para comprar un verdadero diario, ya no fue lo mismo. Empecé a dar cosas por supuestas. Lo mismo pasó con mi escritura. Al principio practicaba en periódicos viejos antes de enfrentar el papel en blanco, pero ahora ya

escribo directamente en las páginas.

—¿Y desde aquel entonces llevas un diario?

—Así es. El año en que cumplí los dieciséis y éste fueron los mejores. Escribo cuando llego a casa después de una fiesta, ya en la cama, y cuando lo releo puedo ver dónde el sueño me venció mientras escribía. No es algo que haga todos los días. Aquí en las montañas todas las fiestas son iguales. De todas maneras, este año compré un diario que tiene sólo una página por día, y fue un error. Porque cuando empiezo a escribir, no puedo parar.

Más que el diario en si, lo que impresionó a Shimamura fue la confesión que le hizo ella de que describía meticulosamente en aquellas páginas cada novela que había leído desde que cumplió los dieciséis años: ya llevaba acumulados diez volúmenes.

—¿También anotas las críticas que le haces a cada novela?

—Jamás podría hacer algo así. Sólo anoto el título y el autor y describo los personajes. Eso es todo.

—¿Para qué te sirve?

—Para nada en especial.

—Un esfuerzo inútil.

—Completamente —dijo ella con solemne alegría, mirándolo a los ojos.

Shimamura le sostuvo la mirada, haciendo mudo hincapié en lo vano que le parecía tal esfuerzo, pero fue como si oyera en su interior el silencioso sonido de la lluvia. Sabía muy bien que, para ella, no era inútil un esfuerzo como ése, y que ella lo aceptara como tal la purificaba a sus ojos.

Su modo de hablar de libros tenía poco y nada de literario. El único vínculo amistoso con las demás mujeres del pueblo consistía en el intercambio de revistas femeninas; a partir de entonces ella había continuado por si sola con sus lecturas y era de lo mas indiscriminada en lo que leía, incluso tomaba prestados las revistas y los libros que los huéspedes abandonaban en la posada. Los autores que ella citó no significaban nada para Shimamura. Los mencionaba como si pertenecieran a una literatura remota. Había algo de desamparo en esa enunciación, como ante un mendigo que ha perdido toda expectativa. Pero Shimamura debió reconocer que no era muy diferente de su propia devoción privada con el ballet occidental.

A continuación, ella pasó a hablar con el mismo entusiasmo de películas y obras teatrales que nunca había visto. Evidentemente estaba ávida de conversación. ¿Habría olvidado que, ciento noventa y nueve días antes, fue ese mismo impulso el que la llevó a arrojarse en brazos de él? Como entonces, parecía perder conciencia de sí mientras hablaba. Como entonces, las palabras parecían avivar la temperatura de su cuerpo.

La añoranza por la ciudad se había convertido para ella en un sueño inofensivo, envuelto en mansa resignación más que en el altivo desconsuelo de los desterrados. No parecía considerarse una persona especialmente infeliz, aunque a los ojos de Shimamura hubiera algo tan conmovedor en ello. Si él se entregara de tal manera a la resignación,

pensó, a esa idea de que sus esfuerzos eran en vano, sería fácil víctima de las emociones y su vida terminaría careciendo de valor ante sus propios ojos. Esa mujer, en cambio, exhibía la misma vitalidad del aire de montaña.

En esos meses, la opinión de Shimamura sobre ella había cambiado. Paradójicamente, el hecho de que ella fuera geisha le impedía ahora ser sincero y abierto como en aquella primera conversación. Aún recordaba la noche en que ella entró en su habitación completamente borracha, y se mordió con salvajismo el brazo, en un ataque de ira contra su propio recato. E, incapaz de ponerse de pie, rodó hasta el otro extremo de la habitación y desde allí le confesó: "No me arrepentiré nunca. No soy esa clase de mujer".

—El expreso de medianoche para Tokio —dijo ella entonces y cuando vio la sorpresa en los ojos de él se puso de pie y abrió el panel de papel de arroz y la ventana que había detrás, y se sentó en el vano, con medio cuerpo afuera, en el preciso momento en que sonaba el silbato del tren. El eco de la locomotora se perdió en la distancia y sólo quedó aire helado flotando en la habitación.

El paisaje era imponente. No había luna y las estrellas brillaban con tal intensidad que parecían estar cayendo a la tierra mientras el cielo parecía retroceder hacia las alturas. El perfil indescifrable de las montañas en tinieblas tenía un negro sepulcral que terminaba de enmarcar la escena. Pero entonces Shimamura reparó en el modo en que ella se asomaba.

—¿Te has vuelto loca? —dijo apresurándose hacia la ventana.

Al sentir la presencia de él, se dejó caer aun más hacia afuera. No había el menor signo de abandono en su actitud, más bien todo lo contrario. Una obstinación poderosa que lo llevó a él a pensar: "Aquí vamos otra vez". Desde la ventana, las montañas en tinieblas tenían un brillo que delataba la nieve aunque no se la viera. Pero la armonía entre cielo y tierra se había quebrado.

Tomándola de la nuca, Shimamura le dijo:

—Vamos, levántate, que este frío nos enfermará a los dos.

—Me voy a casa —dijo ella con voz estrangulada, apoyando su garganta contra los dedos de él.

—Vete, entonces.

—Déjame quedarme así un momento más.

—Como quieras. Iré a tomar un baño.

—No, quédate conmigo.

—Si cierras la ventana.

—Déjame quedarme así. Sólo un momento más.

La mitad del pueblo quedaba oculta por el bosque de cedros donde estaba el santuario. Las luces de la estación, a diez minutos en taxi, titilaban como resquebrajando el aire helado. El pelo de ella, el cristal de la ventana, la manga del kimono, todo lo que Shimamura tocaba le transmitía una frialdad que nunca antes había experimentado. Incluso la alfombra de paja trenzada a sus pies parecía congelada, pensó mientras se dirigía por el pasillo a los baños.

—Espera, voy contigo —oyó que ella decía dócilmente a sus

espaldas.

Mientras recogía la ropa que él había dejado caer al piso antes de entrar en el agua, otro huésped entró. Ella se inclinó todo lo que pudo y ocultó su rostro en las prendas que sostenía.

—Perdón —dijo el huésped y comenzó a retroceder.

—No, por favor, no se vaya. Nos vamos nosotros —dijo él, terminando de recoger la ropa caída y dirigiéndose al compartimiento vecino. Ella lo siguió como si estuvieran casados. Shimamura se sumergió sin mirarla y, cuando ella estuvo a su lado, soltó la carcajada bajo el agua, simulando que hacía gárgaras.

Hacía rato que habían vuelto a la habitación. Ella levantó apenas la cabeza de la almohada y se acomodó un mechón de pelo detrás de la oreja con el dedo meñique.

—Esto me pone tan triste —dijo. Y calló. Shimamura pensó por un instante que ella estaba con los ojos entreabiertos pero era una ilusión creada por sus largas pestañas.

Aun con los ojos cerrados, ella no durmió en toda la noche.

Shimamura despertó al oír el susurro del *obi* cuando ella se lo ajustaba a la cintura.

—Perdona, no quise despertarte. Es de noche aún —oyó que ella decía en un susurro—. ¿Puedes verme?

—No veo nada en esta oscuridad.

—Quiero que mires bien. Ahora. ¿Puedes verme? —dijo ella y abrió la ventana—. Sí que puedes. Debo irme ya.

Shimamura alzó la cabeza de la almohada y vio, más allá de la ventana, que en lo alto de las montañas ya había comenzado el día, aunque en el pueblo aún fuera de noche. El frío volvió a sorprenderlo.

—No temas. Nadie se levanta tan temprano en esta época del año. Salvo alguien que quiera ver el amanecer en la montaña. —Parecía estar hablando consigo misma, mientras iba y venía, y terminaba de hacerse el nudo del *obi.* —No vino ningún huésped en el tren de las cinco de Tokio, de manera que ninguno de los empleados de la posada se levantará hasta dentro de un rato.

Aun cuando terminó con el *obi,* siguió yendo y viniendo por la habitación, sentándose cada tanto a mirar por la ventana. Parecía crispada como un animal nocturno que teme la llegada del día. La luz fue invadiendo el lugar hasta que él alcanzó a verle las mejillas rosadas, o quizás era que sus ojos se habían acostumbrado tanto a la oscuridad que ahora podía distinguir un detalle como ése.

—Tus mejillas arden de frío. Aléjate de la ventana.

—No es el frío. Es que me quité el maquillaje. Siempre entro en calor en un suspiro, de la cabeza a los pies, en cuanto me meto en la cama. Debo irme. Ya es de día —dijo echándose un último vistazo en un espejo que había junto a la cama.

Shimamura levantó la cabeza pero desvió los ojos de inmediato. El espejo reflejaba el blanco de la nieve enmarcando el rostro de arreboladas mejillas. El pelo era de un negro levísimamente diluido, con

destellos púrpura. ¿Ya había amanecido? Shimamura no supo si lo que lo había encandilado era el primer brillo del sol contra la nieve o la belleza increíble de aquel contraste entre mujer y naturaleza.

Probablemente para evitar que se acumulara la nieve, el agua de los baños circulaba a través de un conducto interno por las paredes de la posada, que desembocaba como una fuente en un estanque a la entrada del lugar. Un enorme perro negro estaba tendido entre las piedras de la fuente, bebiendo agua a lametazos de tanto en tanto. Varios pares de esquís para huéspedes, traídos del depósito, habían sido puestos a secar: el olor a humedad se endulzaba con el vapor de las aguas termales. La nieve que había caído de las copas de los cedros al techo de los baños iba adoptando, merced al calor que subía, una forma indefinible. Para fin de año, la vista del camino quedaría bloqueada por las tormentas de nieve y ella tendría que calzarse botas hasta la rodilla y pantalones de montaña para llegar a las fiestas donde se requería su presencia, además de una capa y un velo en el rostro para proteger su maquillaje. La nieve, para entonces, alcanzaría una altura de casi tres metros a los costados de ese camino que ella había contemplado por la noche desde la ventana de la posada, y que ahora el propio Shimamura desandaba rumbo al pueblo.

Había ropa puesta a secar a ambos lados del camino y más allá se veía la línea de las montañas con las cumbres blancas brillando al sol. Los brotes de cebolla en los sectores sembrados aún no habían sido cubiertos por la nieve. Los niños de la aldea se deslizaban en esquís caseros por la ladera. Cuando Shimamura llegó al cruce del camino con la calle principal del pueblo creyó oír un sonido similar al de la lluvia. Miró entre los carámbanos que colgaban de las ramas de los árboles y oyó una voz que decía:

—Si no es mucho pedir, ¿podría alivianar un poco nuestro techo también?

Una mujer, que evidentemente venía de los baños públicos por el paño húmedo que cubría su cabeza, se dirigía a un hombre que paleaba la nieve que se había acumulado en el tejado de su casa. Era seguramente una de las doncellas que trabajaba en la posada durante la temporada de esquí. El edificio que señalaba era un café, con las paredes de pintura descascarada y el techo más bien necesitado de reparación. Una hilera de piedras sostenía las chapas del tejado, como en las demás edificaciones de la calle. En el lado expuesto al sol, las piedras lucían un negro más apagado y erosionado que en el otro lado, donde tenían la intensa tonalidad de la tinta. Las casas estaban a tono con esas piedras al sol. Los aleros, tan bajos que amenazaban besar el suelo en ciertos sectores, parecían impregnados del espíritu de la región.

Shimamura vio más niños, rescatando trozos de hielo de las acequias y arrojándolos al camino, fascinados por los destellos que producían al impactar en el piso y quebrarse en mil pedazos. Se detuvo un momento a contemplar el espectáculo y le sorprendió la solidez que

podía adquirir el hielo allí. Alejada del resto, una adolescente tejía con la espalda apoyada contra un muro de piedra. Debajo de los holgados pantalones de montaña, sus pies desnudos calzaban sandalias, y estaban enrojecidos y cuarteados por el frío. A su lado, una niña pequeña que no tendría más de dos años estaba sentada sobre una pila de leña, sosteniendo un ovillo de lana. Hasta el delgado hilo de lana cenicienta que unía a ambas criaturas parecía fulgurar a la luz del día.

Al bullicio de los niños se sumaba el serrar de un carpintero proveniente de una rienda de esquís ocho o nueve casas más allá. Un grupo de geishas charlaba bajo un alero enfrente del local. Shimamura estaba seguro que una de ellas era Komako (esa mañana por fin había averiguado su nombre, a través de una de las doncellas de la posada). Sí, no sólo era ella sino que lo había reconocido. La expresión mortalmente seria la destacaba de las demás. Estaba ruborizándose, por supuesto. Si al menos lograba simular que nada había ocurrido entre ellos, antes de que Shimamura decidiera qué hacer... Pero no. Lamentó que ella no desviara la mirada en lugar de ir siguiendo el movimiento de sus pasos, demasiado avergonzada para mirarlo a los ojos. Las mejillas de Shimamura también estaban en llamas. Aceleró el paso y un rato después oyó que Komako estaba detrás de él.

—No vuelvas a avergonzarme así. Me has puesto en ridículo.

—¿Yo te avergoncé? ¿Crees que fue fácil para mí evitar todas esas miradas acechantes? A duras penas me obedecían las piernas. ¿Siempre es así?

—Solemos encontrarnos todas a esta hora.

—Supongo que para ti fue peor: no sólo que se notara cómo te ruborizabas sino seguirme después a los ojos de todas.

—¿Qué diferencia hace? —dijo ella en tono neutro, pero había vuelto a avergonzarse y buscó apoyo en el tronco de un níspero al costado del camino—. Te seguí porque quería invitarte a que visitaras mi casa.

—¿Es cerca de aquí?

—Muy cerca.

—Iré si me dejas leer tu diario.

—Voy a quemar ese diario antes de morir.

—¿Pero no hay un hombre enfermo en tu casa?

—¿Cómo lo sabes?

—Te vi en la estación ayer, en tu capa azul. Y él viajaba en el mismo tren que yo, en el mismo vagón incluso. Lo acompañaba una muchacha que veló por él todo el viaje. ¿Es su esposa? ¿Es alguien del pueblo que enviaron a acompañarlo en el viaje? ¿Es alguien de Tokio? Se comportaba como una madre. Me impresionó mucho,

—¿Por qué no dijiste nada anoche? —dijo ella, molesta.

—¿Es su esposa?

Komako no contestó.

—¿Cómo pudiste callar eso anoche? ¿Qué clase de persona eres?

A Shimamura no le agradó en absoluto el cuestionamiento. Nada de lo que había hecho, nada de lo que había sucedido, merecía reproche, y se preguntó si no estaría saliendo a la luz una característica

primordial de ella. Pero en el fondo sabía que ella tenía algo de razón. Sin ir más lejos, aquella mañana, cuando se encandiló con el espejo donde se reflejaba el rostro de Komako enmarcado por la nieve, había vuelto a pensar en la muchacha y lo sucedido en el tren. Aunque incluso entonces había preferido callar toda mención al viaje.

—Qué importa que haya un enfermo en la casa. Nadie entra nunca en mi habitación —estaba diciendo Komako, mientras se internaba por una abertura en un muro de piedra.

Al seguirla, Shimamura vio una huerta y varios nísperos como el del camino, que se alzaban paralelos al muro. En el centro, delante de la casa, había un pequeño jardín floral y un estanque con lotos y carpas nadando bajo la superficie. Alguien había picado el hielo formado durante la noche. La casa parecía tan antigua y ajada como el tronco de los nísperos. Había manchones de nieve en el tejado y las vigas que lo sostenían estaban curvadas por el peso.

El aire, adentro, olía a tierra fría e inmovilidad. Shimamura la siguió por una escalera sin que sus ojos terminaran de adaptarse a la penumbra. La escalera subía hasta un ático, —Antes criaban gusanos de seda aquí arriba. ¿Sorprendido?

—Tienes suerte de no haber rodado por esas escaleras, con el modo en que bebes.

—Me ha pasado. Pero por lo general, cuando he bebido mucho, me echo junto al *kotatsu* de abajo y duermo allí.

Acercó una mano al caldero que había también arriba, para sentir el calor, y bajó a buscar más carbón. Shimamura recorrió la curiosa habitación con la mirada. Aunque sólo había una ventana baja, que daba al sur, el papel recién cambiado dejaba entrar los rayos de sol. También las paredes habían sido industriosamente recubiertas en papel de arroz, produciendo un efecto de tiempos idos en la habitación, aunque las vigas desnudas del techo atenuaran el resultado como un manto de opaca soledad. Shimamura se preguntó que habría detrás del papel de las paredes; se sentía suspendido en el vacío en la impecable limpieza que reinaba en aquel humilde espacio. Por un instante jugueteó con la idea de que la luz se filtraría en el cuerpo de Komako tal como lo habría hecho en los gusanos de seda que habitaron el lugar antes que ella.

El *kotatsu* estaba cubierto por un paño del mismo material de los toscos pantalones de montaña típicos de la región. Había una cómoda igualmente atemporal, pero la veta de la madera parecía noble; quizá fuera una reliquia de los años que había pasado Komako en Tokio. La acompañaban malamente un ropero barato y una caja de bordado cuya superficie brillaba con la tersura de la buena laca. Los cajones que se veían detrás de un delgado paño de algodón servían aparentemente de estantes para los libros. El kimono que ella había usado la noche anterior colgaba de la pared dejando al descubierto su interior rojo brillante.

Komako subió con agilidad las escaleras con una carga de carbón.

—Lo saqué del cuarto del enfermo. No debes preocuparte: dicen que el fuego mata los gérmenes —afirmó.

Su peinado rozó el fuego del *kotatsu* mientras echaba el carbón dentro. El hijo de la maestra de música tenía tuberculosis intestinal y había vuelto a casa a morir, agregó ella sin mirarlo.

Aunque no era del todo exacto decir que había vuelto a casa, ya que no había nacido allí: ésa era la casa de la madre, quien había enseñado danza en distintos lugares de la costa, incluso cuando ya no era geisha. Pero había enfermado al cumplir los cuarenta y había vuelto a aquellas termas para recuperarse. El hijo, aficionado a todo tipo de máquinas desde niño, no había vuelto con ella. Prefirió quedarse como aprendiz en una relojería. Con el tiempo se mudó a Tokio, donde empezó a cursar la escuela nocturna, pero la presión fue excesiva para él. Tenía sólo veinticinco años.

Komako contó todo eso sin pudor pero no hizo la menor alusión a la muchacha que había acompañado al enfermo en el viaje. Ni explicó, tampoco, por qué razón vivía ella misma en esa casa. Shimamura estaba incómodo. Dio un paso hacia el corredor y creyó ver con el rabillo del ojo un objeto aparentemente blanco, que le pareció el estuche de un *samisen,* aunque le pareció más grande y más largo de lo habitual. Le resultó difícil imaginar que Komako se trasladara con ese objeto tan pesado a las fiestas que amenizaba. Entonces, la oscurecida puerta corrediza en medio del corredor se abrió.

—¿Te molesta si paso por aquí, Komako?

Era aquella voz tan bella y cristalina que daba tristeza. Shimamura bebió hasta las últimas reverberaciones de su eco y supo que era la misma que había oído en el tren, cuando la muchacha llamada Yoko se dirigió al viejo guarda del cruce.

—En absoluto —contestó Komako. Yoko sorteó con gracia el estuche del *samisen* con una jarra de vidrio en la mano. Era evidente, no sólo por la forma en que había hablado antes con el guarda sino por los pantalones de montaña que vestía ahora, que era nativa de la región. Pero la textura del *obi*, visible debajo de la cintura de los pantalones, daba a aquella rústica prenda un aire elegante, así como impregnaba de voluptuosidad las amplias mangas del kimono tejido. Yoko dedicó una mirada tan breve como penetrante a Shimamura y desapareció en silencio.

Incluso cuando hubo salido de la casa, Shimamura seguía obsesionado por esa mirada, que le ardía en la cara con la misma belleza inexpresable que el atardecer anterior, cuando el destello que venía de las montañas se unió con el reflejo del rostro de ella en la ventanilla del tren. Apuró el paso, mientras su memoria convocaba una tercera imagen, la del reflejo de la nieve enmarcando las mejillas de Komako en el espejo donde ella verificaba su maquillaje, aquella misma mañana.

Sus piernas no estaban acostumbradas a ese paso pero él no reparó en ello, absorto en sus pensamientos y el paisaje de aquellas montañas que tanto le gustaban. Siempre dispuesto a dejarse llevar por sus ensoñaciones, se preguntó cómo era posible que aquel espejo espontáneo de la tarde anterior y el que reflejó la nieve esa mañana fueran realmente obra del hombre y no de la naturaleza, una naturaleza

perteneciente a un mundo distante y remoto, tan distante y remoto como la habitación que acababa de abandonar.

Necesitado de un contacto urgente con el mundo concreto, se detuvo frente a una masajista ciega al costado del camino, muy cerca de la posada.

—¿Podría darme un masaje?

—Déjeme ver qué hora es —dijo ella. Y, apretando el bastón con el brazo contra su costado, introdujo la mano en su *obi* y sacó un reloj de bolsillo, que palpó con la yema de su pulgar. —Las dos y media pasadas. Tengo un cliente a las tres y media, más allá de la estación. Pero supongo que no le molestará si llego un poco tarde.

—Es sorprendente que pueda leer la hora.

—El reloj no tiene vidrio —dijo ella y volvió a abrirlo—. Me basta con palpar las manecillas. Puedo errar por un minuto o dos, pero nunca más.

—¿Y el camino? ¿No se le hace difícil?

—Cuando llueve, mi hija viene a buscarme. Por la noche, sólo atiendo a gente del pueblo; nunca me aventuro tan lejos. Aunque las doncellas de la posada siempre se burlan: dicen que es mi marido quien no me deja salir sola de noche.

—¿Qué edad tiene su hija?

—La mayor tiene doce —contestó ella. Ya habían llegado hasta la habitación de Shimamura y permanecieron en silencio mientras duró el masaje, hasta que llegó hasta ellos el sonido de un *samisen* a la distancia.

—Me preguntó quién estará tocando.

—¿Puede decir cuál geisha está tocando sólo por el sonido?

—A algunas puedo identificarlas, a otras no. Veo que no es usted un trabajador. Qué piel más suave tiene.

—No hago esfuerzos musculares, es verdad.

—Hay un poco de tensión aquí, en la base del cuello. Pero debe estar satisfecho de su aspecto: ni muy gordo ni muy flaco. Y no bebe, ¿verdad?

—¿Cómo puede saberlo?

—Tengo tres clientes con un cuerpo como el suyo. Pero, si no bebe, no sabe exactamente lo que significa divertirse... ni olvidar.

—¿Su esposo bebe?

—Demasiado.

—No toca muy bien que digamos, esa geisha.

—Toca muy mal, es cierto.

—¿Usted toca?

—Cuando era joven. Desde que tenía ocho hasta los diecinueve. Han pasado quince años desde entonces. Desde que me casé.

Shimamura se preguntó si todas las personas ciegas parecían de menor edad que la que tenían.

—Pero lo que se aprende en la niñez nunca se olvida.

—Mis manos han cambiado a causa de este trabajo, pero mi oído sigue siendo bueno. A veces me impacienta oírlas tocar. Pero supongo que también me impacientaba mi propia manera de tocar cuando era

joven.

Calló un instante y se concentró en la música.

—Fumi, de la Izutsuya, seguramente. Las mejores y las peores son las más fáciles de identificar.

—¿Hay alguna realmente buena?

—Komako toca muy bien. Es joven aún, pero ha mejorado mucho últimamente.

—¿Sí?

—Usted la conoce, ¿verdad? Yo diría que es muy buena, pero debe tener en cuenta que nuestra vara, aquí en las montañas, no es muy exigente.

—No podría decirse que la conozco. Vine en el tren con el hijo de la maestra de música, anoche.

—¿Está mejor?

—Aparentemente no.

—Oh. Sabía que estaba enfermo haría tiempo en Tokio, y que Komako se hizo geisha el verano pasado para ayudar a pagar a los médicos. Me pregunto si sirvió para algo.

—¿A qué se refiere?

—Sólo estaban comprometidos. Pero supongo que una se siente mejor después si hizo todo lo que estaba a su alcance.

—¿Estaban comprometidos?

—Así dicen. No lo sé realmente; eso es lo que oí.

Era el colmo de la vulgaridad prestar atención a chismes de geishas ventilados por una masajista, pero enterarse así tuvo el perverso efecto de hacer más pasmosa la información para Shimamura. Aun cuando le parecía inaceptablemente melodramático que Komako se hubiera hecho geisha para ayudar a su prometido, deseó saber más. Pero la masajista se había sumido en el silencio.

Si Komako era la prometida de aquel hombre, y Yoko su nuevo amor, y el hombre estaba a punto de morir... la expresión que vino a la mente de Shimamura fue “esfuerzo inútil”. ¿Qué era, si no un esfuerzo inútil, la decisión de Komako de guardar su promesa hasta el final, vendiéndose para pagar las cuentas de los médicos? Iba a enfrentarla con los hechos cuando la viera de nuevo; iba a ir hasta el fondo de la cuestión, se dijo Shimamura. Sin embargo, a la luz de estos hechos, la vida de ella se había aclarado.

Consciente de la inquietante ineficacia de su vara para juzgar los hechos de la vida, permaneció un largo rato inmóvil después del masaje, sumido en sus pensamientos. Un frío glacial le atenazaba el estómago. Era que la ventana había quedado abierta de par en par.

El atardecer ya había caído sobre el valle sumiéndolo en las sombras. Los últimos rayos del sol poniente detrás de las montañas intensificaban el blanco de las cumbres nevadas, la penumbra del valle y la opacidad de las copas de los árboles que ocultaban el santuario.

La aparición de Komako fue como un rayo de cálida luz para la desdicha que había invadido a Shimamura. Había una reunión en la posada para planear las actividades de la temporada de esquí y le habían pedido que asistiera a la fiesta que habría después. Komako

acercó las manos al *kotatsu* y, cuando las tuvo tibias, acarició con una de ellas la mejilla de Shimamura.

—Estás pálido esta tarde. —Remató la caricia con un pellizco suave y agregó: —Eres tan tonto, a veces.

Parecía un poco borracha, ya. Cuando retornó a la habitación, después de la fiesta, se desplomó delante del espejo y los efectos del alcohol afloraron casi cómicamente en su rostro.

—No sé qué pasó. No tengo idea. Me duele la cabeza. Me siento fatal. Necesito un vaso de agua —dijo, y se cubrió el rostro con las manos, y se dejó caer de costado en la cama sin preocuparse por su laborioso peinado. Cuando se reincorporó, procedió a quitarse el maquillaje. La piel que asomaba era intensamente rosada. Parecía encantada consigo misma. Shimamura se sorprendió de la rapidez con que se había recuperado de la borrachera hasta que notó que los hombros le temblaban de frío.

Desde agosto venía temiendo un colapso nervioso, le confesó ella en voz muy baja.

—Creí que iba a volverme loca. Estaba obsesionada por algo, pero no tenía manera de saber qué era. No podía dormir. Sólo lograba mantener el control cuando iba a una fiesta. Tenía pesadillas, perdí completamente el apetito, permanecía durante horas sentada en el piso farfullando conmigo misma.

—¿Cuándo empezaste a trabajar como geisha?

—En junio. Primero pensé en ir a Hamamatsu.

—¿Para casarte?

Ella asintió. Un hombre de Hamamatsu le había propuesto matrimonio varias veces pero ella había logrado evitarlo sin ofenderlo. No le gustaba nada, pero tenía serios problemas para decidir qué hacer.

—¿Por qué tantas dudas si no te gustaba?

—No es tan simple.

—¿Qué tiene de complejo el matrimonio?

—No seas cínico. Siempre he querido que las cosas a mi alrededor estén en orden.

Shimamura gruñó.

—Tú no eres una persona muy satisfactoria precisamente —dijo ella.

—¿Qué tuviste con ese hombre de Hamamatsu?

—Si hubiera habido algo, ¿crees que yo hubiera dudado así? Él dijo que, mientras yo viviera aquí, me impediría casarme con otro. Dijo que haría todo lo que estuviera a su alcance para evitarlo.

—¿Qué podía hacer estando tan lejos? ¿Te preocupaba realmente?

Komako se echó hacia atrás en la cama y se desperezó como disfrutando la tibieza que emanaba de su cuerpo. Desde esa posición murmuró: —Creía que estaba embarazada —y soltó una risita—. Suena ridículo, pero así fue.

Luego se hizo un ovillo como un bebé, sosteniendo las solapas de su kimono con los puños cerrados. Sus largas pestañas volvieron a hacerle creer a Shimamura que ella tenía los ojos entreabiertos.

Komako escribía algo en una revista vieja, sentada cerca del *kotatsu,* cuando Shimamura abrió los ojos a la mañana siguiente.

—No puedo irme a casa. Me desperté cuando la doncella entró a traer más carbón y ya había demasiada luz. Estaba un poco borracha anoche; dormí demasiado profundamente.

—¿Qué hora es?

—Más de las ocho.

—Vamos a tomar un baño —dijo Shimamura y se levantó de la cama.

—No puedo. Podría cruzarme con alguien en el pasillo.

Parecía más dócil que nunca. Cuando Shimamura volvió del baño, la encontró aseando la habitación, con un pañuelo atado teatralmente en la cabeza. Había limpiado hasta las patas del brasero y ahora acomodaba el carbón con mano experta. Shimamura se sentó frente al *kotatsu* y encendió un cigarrillo. Cuando la ceniza acumulada cayó al piso Komako le acercó un cenicero y pasó un paño hasta borrar toda evidencia. Él rió como se suele reír de mañana. Ella también.

—Si tuvieras marido, estarías el día entero detrás de él, torturándolo.

—No lo haría. Pero le daría buenos motivos de burla cuando me viera doblar hasta la ropa sucia. No puedo evitarlo. Así soy.

—Dicen que puedes saber todo sobre una mujer echando un vistazo al lugar donde guarda su ropa.

—Es un día maravilloso —dijo ella. Estaban tomando el desayuno en la habitación inundada de sol matinal. —Debería estar en casa practicando con el *samisen.* Suena mejor que nunca en los días como éste.

No había una sola nube en el cielo. La nieve en las montañas tenía una textura cremosa. Recordando las palabras de la masajista, Shimamura le propuso que practicara allí, en la habitación. Ella no se hizo rogar. Pidió por teléfono que le trajeran el instrumento y las partituras de su casa, junto con una muda de ropa.

De manera que aquella vieja casa que había visto el día anterior tenía teléfono, pensó Shimamura. Y recordó al instante los ojos de Yoko.

—¿Quién te traerá el *samisen?* ¿La muchacha que vimos ayer?

—Quizá sea ella.

—Estás comprometida con el hijo de la maestra de música, ¿verdad?

—¡Vaya! ¿Cuándo oíste eso?

—Ayer.

—Eres extraño. Lo sabías anoche, pero lo preguntas recién ahora.

En su tono de voz no había el menor reproche.

—Me resultaría más fácil hablar de eso si te tuviera menos respeto —confesó Shimamura.

—¿Qué estás pensando exactamente? Por eso no me gusta la gente de Tokio.

—No cambies de tema. Aún no has contestado a mi pregunta.

—No quise cambiar de tema. ¿Realmente te lo creíste cuando te lo

contaron?

—Sí.

—Estás mintiendo de nuevo. No lo hiciste.

—Me costó creerlo, a decir verdad. Pero entonces me dijeron que te hiciste geisha para pagar las cuentas de los médicos.

—Parece uno de esos folletines de las revistas baratas. No es cierto. Nunca me comprometí con él. No sé por qué la gente cree que sí. Y no me hice geisha para ayudar a nadie en especial. Aunque le debo mucho a su madre.

—Me estás hablando en acertijos.

—Te contaré todo. Y del modo más claro. Hubo un tiempo en que su madre creyó que sería una buena idea que nos casáramos. Pero sólo lo pensaba; nunca dijo una palabra. Los dos lo sabíamos vagamente, pero eso fue todo. No hay más que contar.

—Amigos de la infancia.

—Así es. Aunque hemos vivido separados casi todas nuestras vidas. Cuando me mandaron a Tokio como aprendiz de geisha, él fue el único que vino a despedirme a la estación. Lo tengo escrito en la primera página de mi primer diario.

—Si hubieran seguido viviendo juntos, hoy estarían casados, ¿verdad?

—Lo dudo.

—Yo no.

—No puedes preocuparte por él. Estará muerto dentro de poco.

—¿Y es correcto que, entretanto, tú pases las noches afuera?

—No tienes derecho a preguntar eso. Además, ¿cómo puede un moribundo evitar que yo haga lo que quiera hacer?

Shimamura no tuvo respuesta. Pero seguía preguntándose por qué Komako evitaba toda mención a Yoko. ¿Y Yoko, que había cuidado de aquel hombre todo el viaje desde Tokio tal como su madre habría cuidado de él cuando él era niño, cómo se sentiría cuando viniera a la posada a traer una muda de ropa para Komako? ¿Y qué clase de vínculo tenía Komako con el hombre que Yoko había acompañado desde Tokio? Shimamura se dejó llevar por esos enigmas hasta que oyó la bellísima voz que ya le era familiar:

—¿Komako? ¿Komako?

—Gracias —dijo ella, luego de incorporarse para salir al pasillo—. ¿Lo trajiste todo tú sola? ¿No pesaba demasiado? —y volvió a la habitación.

La cuerda superior del *samisen* se rompió en cuanto Komako tocó los primeros acordes. A Shimamura le bastó verla cambiar la cuerda y afinar el instrumento para saber que tenía buena mano para tocar. Ella abrió un abultado paquete junto al *kotatsu* y sacó un libro de canciones y una veintena de partituras. Shimamura las miró con curiosidad.

—¿Usas partituras para practicar? —Debo hacerlo. No hay nadie en el pueblo que pueda enseñarme.

—¿Y la mujer en cuya casa vives?

—Tiene parálisis.

—Pero si puede hablar, puede enseñar.

—No puede hablar. Sólo puede mover la mano izquierda, y la usa para corregir errores en sus clases de danza. No soporta escuchar a alguien tocar el *samisen* y no poder hacer nada al respecto.

—¿Puedes aprender sola leyendo las partituras?

—Perfectamente.

—Al editor le daría una gran satisfacción saber que una auténtica geisha, no una aficionada ni una aprendiz, aprende a tocar con sus partituras en una aldea perdida en las montañas.

—En Tokio decidieron que bailara y me dieron lecciones de danza. En cambio apenas se preocuparon por desarrollar mis rudimentarias habilidades para el *samisen.* Si perdiera eso, nadie de aquí sería capaz de enseñármelo. Por eso uso partituras.

—¿Y quién te enseñó a cantar?

—No me gusta cantar. Aprendí algunas canciones en mis clases de danza y me las arreglo con eso. Las canciones más nuevas las aprendo de la radio. No tengo idea de cómo sueno. Te haría reír mi estilo, estoy segura. Además, mi voz cede cuando canto para alguien que conozco bien. Con los extraños cobro más valor —dijo levemente avergonzada.

Cuando alzó la mirada en dirección a Shimamura pareció esperar una señal de él para comenzar a tocar. Y fue el turno de Shimamura de avergonzarse.

Él no tenía idea de cómo cantar. Estaba más o menos familiarizado con el repertorio Nagauta de Tokio, conocía las letras de casi todas las canciones, así como las coreografías de todas las danzas, pero relacionaba ese repertorio con los actores en el escenario, más que con el estilo íntimo que le daban las geishas.

—Veo que me enfrento a un público difícil —dijo ella mordiéndose apenas el labio. Y procedió a acomodar el *samisen* contra su rodilla y concentrarse en una de las partituras que tenía delante, como si eso la hubiera convertido en otra persona. —Vengo practicando ésta desde el otoño.

Shimamura sintió un escalofrío que le erizó hasta la piel de las mejillas. Las primeras notas abrieron un vacío transparente en sus entrañas, donde reverberaba el sonido del *samisen.* Sobrecogido hasta la reverencia, inundado de una oleada de remordimiento e indefensión, no tuvo más opción que entregarse a esa corriente, al placer de ser transportado por Komako adonde ella quisiera llevarlo con su música.

Es una geisha de montaña, tiene apenas veinte años, no puede ser tan buena, se dijo así mismo. Aunque estaban solos en esa habitación pequeña, ella tocaba el *samisen* como si estuviera en el escenario ante un enorme auditorio. Transportada al parecer por sus emociones montañesas, recitaba con un tono voluntariamente monocorde la letra de la canción, ralentando y por momentos salteando los pasajes más complejos, pero aun así parecía sumida en un trance. Cuando su voz se fue haciendo más aguda Shimamura se asustó. ¿Cuánto más lejos podía llevarlo esa hipnótica seguridad? Apoyó la cabeza entre los brazos para simular una indiferencia que estaba muy tejos de sentir.

El fin de la canción lo liberó. Y dejó margen para que se fastidiara consigo mismo por pensar que esa mujer, esa mujer estaba enamorada

de él.

Komako estaba mirando al cielo a través de la ventana.

—En los días así hay una reverberación especial.

El tono en que lo dijo fue tan intenso y vibrante que parecía la perfecta ilustración del comentario. Hasta el aire era diferente. Sin la caja de resonancia de una sala de teatro, sin la audiencia, sin ese polvillo ambiental que era sinónimo de lo urbano, las notas se perdieron cristalinas en las nieves lejanas que enmarcaban aquella mañana invernal.

Quizá por practicar sola, sin conciencia del efecto que producía, con la amplitud natural de ese valle de montaña como única compañía, Komako había alcanzado esa unidad tan poderosa con el entorno que la circundaba. Su propia soledad derrotaba la tristeza y nutría esa portentosa voluntad. Sin duda era un triunfo del carácter alcanzar tal maestría por sí sola a partir de una mera partitura, a pesar del entrenamiento inicial que hubiera recibido.

Shimamura volvió a sentir el esfuerzo inútil que traslucía ese modo de vida. Sintió también una nostalgia indefinida. Como si la música dignificara esa existencia y a la propia Komako.

Por su ignorancia de la técnica del *samisen,* que lo restringía al aspecto emocional de la ejecución, era el oyente ideal para Komako. Para cuando ella se sumió en la tercera canción, los escalofríos habían dejado lugar a una intensa serenidad que le permitió a Shimamura contemplar abiertamente el rostro de Komako. La cercanía física que experimentaba era absoluta. La angosta nariz, que hasta entonces le era más bien insignificante, parecía vitalizada por el saludable rubor de las mejillas. La suavidad danzante de los labios no perdía plenitud cuando se estiraban en un falsete ni cuando se contraían como un capullo. Su encanto reproducía el embrujo que generaba todo su cuerpo. Los ojos, brillosos y húmedos, la aniñaban. La ausencia de maquillaje daba a su piel el tono traslúcido de una cebolla recién pelada, o más bien de un pimpollo de lirio, apenas coloreado en su limpidez. Su espalda erguida le daba un aire de recato tersamente virginal.

Cuando terminó de tocar, Komako aplacó la vibración de las cuerdas con la mano y relajó laxamente su postura, adoptando sin proponérselo un aire seductor. Shimamura no sabía qué decir. Ella tampoco parecía esperar ningún comentario; se la veía más que a gusto consigo misma.

—¿Puedes saber cuál de las geishas está tocando por el sonido del *samisen*?

—No es tan difícil. Somos apenas una veintena. Depende un poco del estilo. Algunas dejan que asome su personalidad más que otras. —Volvió a alzar el *samisen* pero apoyándolo en su pantorrilla. —Así lo sostienes cuando eres una niña —dijo y volcó el torso hacia adelante, como empequeñeciéndose, y tocó un par de acordes con intencionada torpeza, que acompañó con una voz muy fina y vacilante—: "Ca-beee-llos os-cuu-ros…"

—¿Ésa fue la primera canción que aprendiste?

—Aja —dijo asintiendo en forma infantil, como sin duda solía hacer cuando era demasiado pequeña para sostener el *samisen* como era debido.

Aquella noche se quedó con él y no intentó escabullirse de la posada con las primeras luces del alba. "Komako, Komako", oyeron la voz de la hija pequeña de la encargada de la posada por el pasillo mientras retozaban junto al *kotatsu* y hacían tiempo hasta tomar el baño matinal.

De regreso en la habitación, mientras peinaba su larga cabellera, Komako explicó: —Cada vez que ve una geisha dice mi nombre, con la misma entonación, y cuando ve una foto de alguna mujer con un peinado tradicional hace lo mismo. Los niños saben cuando gustan a alguien. ¡Kimi! —dijo, alzando la voz, cuando terminó de peinarse, y se asomó a la ventana—. ¿Quieres ir a jugar a casa de Komako? —y volviéndose hacia el interior de la habitación comentó—: Los que vinieron de Tokio ya han salido a esquiar. Impacientes.

Shimamura miró hacia afuera desde el *kotatsu* y vio cinco o seis figuras en ropa oscura deslizarse por la ladera nevada. A él también le pareció absurda aquella hiperactividad. La ladera descendía suavemente, la nieve aún no cubría por entero toda la pradera.

—Parecen estudiantes. ¿Hoy es domingo? ¿Crees que lo disfrutan?

—Son buenos, al menos eso puedo decir. Suelen inhibirse cuando una geisha los saluda en las pistas. Les cuesta reconocerlas como tales, bronceadas y sin maquillaje.

—¿Tú usas ropa de esquí?

—Prefiero los pantalones de montaña. Pero la temporada de esquí me parece un incordio. Ya lo experimentarás en carne propia, cuando te cruces con los demás huéspedes cada atardecer, y te saluden y te digan que no te vieron en las pistas. Quizá me abstenga de esquiar esta temporada. Debo irme. ¿Vamos, Kimi? Tendremos tormenta esta noche. Siempre hace este frío antes de nevar.

Shimamura salió a la veranda y contempló a Komako alejarse por el escarpado camino con la pequeña Kimi de la mano. El cielo se estaba nublando. Los picos más lejanos aún reflejaban los rayos de sol mientras el resto quedaba oculto por las nubes. El juego de luces y opacidades duró poco. Las pistas de esquí ya estaban en sombras. Shimamura vio agujas de escarcha entre los crisantemos aunque seguía goteando agua sobre ellos de la canaleta del techo.

Pero no nevó esa noche. Era lluvia lo que traían las nubes.

Shimamura llamó a Komako la noche siguiente. Había luna. El frío era intenso a las once de la noche, pero Komako insistió en que dieran un paseo y lo arrastró del calor del *kotatsu* al exterior.

El camino estaba congelado. La aldea estaba en silencio, inmóvil bajo el cielo estrellado. Komako alzó los faldones de su kimono y los acomodó en el *obi.* La luna parecía cortada a cuchillo contra el hielo espectralmente azul.

—Vamos a la estación.

—Estás loca. Son más de dos kilómetros.

—Pronto estarás en Tokio. Vamos.

Shimamura sentía las piernas y los brazos entumecidos pero no supo convencerla. De regreso en la posada, ella se dejó caer desconsolada en el piso y se negó a acompañarlo a los baños. El *kotatsu* estaba al pie de la cama y habían tendido el cobertor por encima, para que el calor entibiara las sabanas, pero Komako seguía postrada junto al caldero cuando Shimamura volvió.

—¿Qué pasa?

—Me voy a casa.

—No seas tonta.

—Acuéstate y olvídate de mí. Sólo déjame permanecer un rato más aquí.

—¿Por qué quieres irte?

—No me iré. Me quedaré aquí hasta el amanecer.

—Por qué complicas las cosas.

—No estoy complicando nada.

—¿Entonces qué?

—No me siento bien.

—¿Era eso? Te dejaré tranquila, entonces.

—No.

—¿Por qué quisiste ir hasta el pueblo?

—Me voy a casa.

—No hay ninguna necesidad de que te vayas.

—No es fácil para mí. Vete a Tokio. Pero no será fácil para mí.

Hablaba con la cabeza baja, contra el calor del *kotatsu.*

¿Qué era lo que le pasaba: pena anticipada por haber ahondado de más en una relación ocasional con un huésped? ¿O el esfuerzo de mantener la compostura hasta el último momento? De manera que hemos ido demasiado lejos, se dijo Shimamura y él también guardó silencio.

—Por favor, vuélvete a Tokio.

—De hecho, pensaba partir mañana.

—¡No! ¿Por qué? —exclamó ella, alzando abruptamente la cabeza como si acabara de despertar.

—¿Qué diferencia hace cuánto tiempo más me quede?

Ella lo miró fijamente un momento y luego estalló: —¡Cómo puedes decir eso! ¿Qué razón tienes para decir eso? —Y se puso bruscamente de pie y se le colgó del cuello. —Está mal que digas esas cosas. Levántate. ¡Te digo que te levantes!

Pero la que se dejó caer fue ella, mientras continuaba con su delirio, por completo olvidada del malestar que había mencionado antes.

Largo rato después, ella abrió los ojos, recogió la ornamentada peineta que se había soltado de su cabello y murmuró: —Debes irte mañana.

Mientras Shimamura terminaba los preparativos para tomar el tren

de las tres esa tarde, oyó que la encargada de la posada conferenciaba con Komako en la recepción.

—Veamos. Por aquí serían... once horas —oyó que decía. Evidentemente estaban discutiendo el monto por sus servicios como geisha y la cuenta era por hora, porque lo que oyó a continuación fue: —Salida a las cinco... Salida a las doce... —sin que se mencionara en ningún momento el recargo habitual por pasar la noche junto al huésped.

Komako lo esperó a la entrada, envuelta en un impermeable y una bufanda blanca. Quería acompañarlo a la estación.

Luego de comprar los regalos que llevaría a Tokio, les quedaban aún veinte minutos hasta la salida del tren. Mientras caminaban por el minúsculo parque frente a la estación, él pensó qué angosto era el valle encerrado por aquellas cumbres, ahora que lo veía por primera vez desde allí, a la luz del día. El negro del pelo de Komako era aun más intenso que el de las grietas que se veían entre las montañas.

El sol apenas brillaba en un sector lejano del río, en lo alto.

—Ha crecido bastante el torrente.

—Dos días de nieve y volverá a angostarse. Y entonces seguirá nevando hasta cubrir aquellos faroles. Yo caminaré pensando en ti y no tendré siquiera de dónde colgarme.

—¿Tanta nieve cae?

—En el pueblo vecino, los niños salen por la ventana del piso superior de la escuela. Los más arriesgados se sumergen como si estuvieran nadando y cavan túneles.

—Me gustaría verlo. Pero supongo que la posada estará llena para entonces. Y quizás haya riesgo de avalanchas, en el viaje.

—Venir o no venir no es un asunto de dinero para ti, ¿verdad? ¿Siempre gastas así? —dijo Komako y se detuvo, y lo miró a los ojos—. Deberías dejarte el bigote.

—Lo he pensado —contestó él, mientras palpaba distraídamente su impecable afeitado. ¿Qué era lo que ella encontraba atractivo en él?, se preguntó. Pero en cambio dijo: —Tú misma pareces recién afeitada cuando te quitas el maquillaje.

—Escucha los cuervos. A veces me aterroriza ese graznido. ¿Dónde están? Tengo frío —agregó cruzando los brazos mientras aferraba las solapas de su abrigo y miraba hacia el cielo.

—¿Quieres que entremos a esperar? Pero en ese momento una figura en pantalones de montaña se acercó precipitadamente hacia ellos, como si viniera corriendo desde lejos.

—¡Komako! Es Yukio...

Cuando Yoko llegó hasta ellos hizo una mínima pausa para recuperar el aliento, mientras tironeaba del brazo de Komako como un niño asustado intentaría arrastrar a su madre.

—Ha empeorado. Debes venir a casa ahora mismo. Por favor.

Komako tenía los ojos cerrados, como si el tironeo en su brazo estuviera desgarrándola. Su rostro había palidecido, pero dijo con inesperada firmeza: —No puedo. Estoy despidiendo a un huésped.

Shimamura estaba atónito.

—No es necesario que…

—Es lo que corresponde. ¿Cómo saber, si no, si vas a volver?

—Volveré. Volveré.

Yoko parecía no oír el diálogo entre ambos.

—Llamé a la posada y me dijeron que habías salido hacia la estación. Te busqué por todas partes. Yukio pide por ti. Vamos —dijo afiebradamente y volvió a tironearla del brazo, pero Komako se soltó con impaciencia.

—Déjame, por favor.

Pero la que retrocedió fue ella, boqueando como si le faltara el aire, con los ojos vidriosos y un rictus de tensión en el rostro. Yoko la contempló con una impasibilidad tal que era imposible adivinar si estaba asombrada o espantada. La pura simpleza de su expresión conmovió vivamente a Shimamura. Y lo que hizo a continuación, aún más. Se volvió de golpe hacia él y, sin el menor cambio en su expresión, le aferró la mano y rogó con voz trémula:

—Por favor, déjela ir.

—Por supuesto —dijo él. Y a Komako:

—Vete. No seas tonta. Vete.

Pero Komako empujó a Yoko forzándola a soltar la mano de Shimamura.

—¿Con qué derecho te entrometes?

Shimamura hizo señas a un taxi que esperaba frente a la estación. Yoko había vuelto a aferrarle la mano, con tal intensidad que le entumecía los dedos.

—La enviaré en taxi —le dijo—. Tú adelántate, mientras tanto. Estamos dando un espectáculo.

Yoko asintió y se alejó con celeridad. ¿Qué era lo que daba tal inescrutabilidad a aquella muchacha en un momento como ése?, se preguntó Shimamura, mientras sentía el eco de su voz en los oídos. Pero Komako lo volvió en sí:

—¿A donde vas?

El taxi se había puesto en movimiento y Shimamura avanzaba hacia él.

—No me iré. No voy a irme a casa.

Shimamura la miró con revulsión casi física.

—No tengo idea de lo que hay entre ustedes tres, pero ese hombre quizás esté muriendo. Y ella vino a buscarte porque él necesita verte. Te arrepentirás toda tu vida si no vas. Quizás esté muriendo en este mismo instante. Ve. No seas porfiada. Olvida y perdona.

—¿Olvidar, perdonar? No entiendes nada. Nada en absoluto.

—¿No fue él el único que te despidió cuando te mandaron a Tokio? ¿No es su nombre el que figura en la primera página del primero de tus diarios? Y ahora que él llega a la última página del suyo, ¿no vas a despedirlo?

—No quiero hacerlo. No quiero verlo morir.

Shimamura no supo si esa respuesta reflejaba el más gélido o el más conmovedor de los sentimientos.

—No podré volver a escribir en mi diario. Los quemaré, a todos —

dijo ella en un susurro, como para sí. Le ardían las mejillas. —Eres bueno, en el fondo de tu corazón. Si lo eres, te enviaré a ti mis diarios. ¿No te reirás de mí?

Shimamura se sintió invadido por una oleada de emociones que no supo definir. Pensó que, en el fondo, era efectivamente la persona más honesta y sincera del mundo. Ya no intentó enviar a Komako a casa. Y ella no dijo una palabra más.

El empleado de la posada que se había encargado de despachar el equipaje se acercó a avisarles que el tren ya estaba en el andén. Cuatro o cinco aldeanos en desteñida ropa invernal subían a los vagones.

—No quiero despedirme en el andén. Adiós —dijo ella, y permaneció junto a la ventana de la sala de espera.

Desde la ventanilla del tren, ella parecía la última golosina abandonada en un ordinario frasco de vidrio de un almacén de pueblo. Cuando el tren se puso en movimiento la silueta de Komako desapareció y quedó la ventana vacía, pero entre uno y otro momento hubo un destello que a Shimamura le recordó de inmediato el reflejo de la nieve enmarcando la cara de ella aquella mañana en la habitación de la posada, y supo que ese recuerdo seria para siempre el de la frontera entre la realidad y el ensueño.

El tren subió por la ladera norte de la montaña y luego se internó en el túnel. Al emerger, las vías corrían junto a un valle. La tierra parecía absorber las últimas luces de la tarde. Ya no se veía nieve. Luego de cruzar un torrente, Shimamura vio la luna asomando detrás de las montañas. El tren avanzaba hacia una planicie, dejando atrás la luz púrpura del crepúsculo. Todavía no era noche cerrada; no se veía un solo pájaro en el cielo; nada quebraba la uniformidad del horizonte. La última imagen que vio por la ventana antes de que se empañase fue la espectral silueta de una central eléctrica a la vera del río.

Cuando volvió a mirar por la ventanilla lo que vio fueron las figuras difusas de los pasajeros que iban y venían de sus asientos, reflejados en el cristal empañado. La luz era mortecina y Shimamura se dejó envolver por esa atmósfera irreal, ajena al tiempo y al espacio. El monótono traquetear fue adquiriendo una entonación femenina: la voz de ella, entrecortada e indiscernible. Y él supo que no la había olvidado, aun cuando la distancia que iba separándolos intensificara más y más la lejanía.

¿Estaría Yukio agonizando en ese mismo momento? Luego de negarse a acudir a su lado, ¿habría llegado a tiempo Komako?

La progresiva escasez de pasajeros comenzó a perturbar a Shimamura. Además de él, sólo quedaban un hombre en sus cincuenta y una jovencita de mejillas rozagantes, que tenía un manto negro echado sobre los hombros y se inclinaba hacia adelante para no perder palabra de lo que le decía el hombre y poder contestarle puntual y alegremente. Seguramente viajaban juntos e iban lejos, se dijo Shimamura. Pero en la primera estación, en una localidad anónima en donde se veían chimeneas de fábricas alzarse detrás de las paredes de

la estación, el hombre se puso de pie, dejó caer pesadamente por la ventana su baúl al andén y le dijo a la jovencita: “Quizá volvamos a vernos algún día”, antes de bajar.

Seguramente era un viajante y había conocido a la chica en el tren. ¿Cómo no había contemplado, siquiera, esa posibilidad? Shimamura sintió ganas de llorar. La escena lo había pescado con la guardia baja y le hizo tomar súbita conciencia de que se había despedido de Komako y de que iba camino a casa.

Segunda parte

Era la temporada de desove de las polillas, le dijo la esposa a Shimamura antes de que él abandonara Tokio, y le aconsejaba no dejar la ropa colgada sin funda. Era cierta: también en la posada había polillas. Cinco o seis de tamaño considerable aleteaban dentro de la lámpara de papel que colgaba del alero, y en el pequeño vestidor había otra cuyo cuerpo era desproporcionadamente mayor a sus alas.

Las ventanas conservaban el tejido de alambre protector del verano. Otra polilla más, tan inmóvil que parecía pegada adrede allí, se aferraba al lado externo del tejido cuadriculado de alambre. Sólo sus antenas delataban vitalidad; las alas, del largo de un dedo de mujer, eran de un verde pálido, casi transparente. La vegetación en las montañas ya exhibía el tono rojizo del otoño. Esa única pincelada de diáfano verde delante de sus ojos le recordó a Shimamura la palidez de los muertos.

Se acercó a la ventana para comprobar si la polilla estaba viva y rayó con su dedo el tejido de alambre. La polilla no se movió. Le dio un golpecito y la vio caer en lento tirabuzón. En el bosque de cedros revoloteaban las luciérnagas como nubes de polen. El río parecía fluir de las raíces de los árboles que se alzaban en la orilla y las flores otoñales semejaban un manto plateado tendido sobre la ladera de la montaña. Shimamura pensó que era imposible cansarse de contemplar ese paisaje.

Una vendedora ambulante que parecía rusa estaba sentada en el piso, a la entrada de las termas, cuando él salió de tomar su baño. De manera que hasta aquellas montañas habían llegado, pensó Shimamura y se acercó a contemplarla con más detenimiento. Parecía cuarentona, su cara era un mapa de arrugas tiznado de suciedad, pero la piel de su garganta delataba la palidez refulgente de otrora.

—¿De dónde viene? —le preguntó.

—¿De dónde vengo? ¿De dónde soy? —dijo la mujer, como si le costara hallar una respuesta, y procedió a guardar los productos que vendía, cosméticos baratos y vulgares ornamentos para el pelo.

Su falda parecía un cartón sucio envolviendo toscamente su cintura, como si hubiera perdido su cualidad occidental original hasta

adoptar un remoto aire japonés. Cargaba sus cosas en la espalda, en un paño, a la manera de la isla. Sin embargo, sus zapatos eran extranjeros.

La encargada de la posada se detuvo junto a Shimamura y ambos la contemplaron partir. Luego entraron en la recepción, donde había una mujer regordeta sentada frente a la chimenea, dándoles la espalda, que recogió los faldones de su vestido negro a la manera cortesana cuando se incorporó para irse. Era una geisha que Shimamura recordaba haber visto junto a Komako en una de las fotos que colgaban en la recepción de la posada: en la foto, ambas lucían esquís y pantalones de montaña sobre sus kimonos de fiesta. La mujer parecía de más edad que Komako y su volumen le daba un arre de jovialidad.

La encargada de la posada estaba calentando unos pasteles macizos y rectangulares en los rescoldos de la chimenea.

—¿Quiere uno? —le preguntó a Shimamura—. Debe probarlos. Los hizo la geisha que acaba de irse, para celebrar su retiro.

—¿Se va del pueblo?

—Así es.

—Parece simpática.

—Era muy popular. Hoy está despidiéndose de todos.

Shimamura sopló el pastel para no quemarse al morder. La corteza tenía un dejo amargo y olía a rancio.

El sol del atardecer enrojecía las hojas del níspero que enmarcaban la ventana. El efecto teñía hasta la rejilla de bambú delante de la chimenea. Shimamura se acercó a la ventana y vio desde allí a un grupo de campesinas que cargaban en sus espaldas manojos de hierba de sorprendente extensión: parecía heno, pero de color verde y coronado por penachos blancuzcos. Los formidables tallos casi duplicaban la altura de las mujeres que los cargaban.

—¿Qué llevan ahí?

—Es *kaya.* Cuando el ferrocarril llegó hasta aquí, mandó construir un pabellón para promocionar las termas y techó la sala de té con ¿aya de estas montañas. A alguien de Tokio le gustó tanto que se lo compró tal cual estaba.

—¿Crece en las montanas? Yo creía que el *kaya* era una flor.

Lo primero que había atraído la atención de Shimamura al bajar del tren era ese manto plateado que cubría las laderas de la montaña. A lo lejos parecía un espejo de agua que reflejaba la luz de la tarde. Ya estoy aquí, había pensado él al contemplarlo. Pero los manojos que cargaban aquellas campesinas parecían de una clase completamente diferente. Los largos tallos bamboleantes casi ocultaban a sus portadoras y sus penachos parecían peinar las rocas que se alzaban a la vera del camino. En la luz exangüe de la recepción, vio una polilla enorme desovando en el perchero de laca negra y oyó el repiquetear de los insectos contra las paredes de papel de los faroles. Ése era el sonido del atardecer en aquella época del año.

Komako llegó tarde y lo contempló largamente desde la entrada de la habitación.

—¿Para qué has vuelto?

—He venido para verte.

—No es cierto. Por eso me disgusta la gente de Tokio: porque siempre está mintiendo. —Cuando se sentó pareció suavizarse un poco. —Nunca más despediré a alguien. No puedo explicarte lo que fue para mí verte partir.

—La próxima vez me iré sin avisarte.

—No me refiero a eso. Me refiero a ir a la estación.

—¿Qué pasó con Yukio?

—Murió, qué te pensabas.

—¿Mientras estabas despidiéndome?

—Pero ésa no fue la causa. No tenía idea de que podía detestar tanto las despedidas.

Shimamura asintió en silencio.

—¿Dónde estabas el 14 de febrero? Te estuve esperando. La próxima vez sabré no dar crédito a tus palabras.

El 14 de febrero se celebraba el Festival de los Pájaros, una fiesta infantil tradicional en los pueblos de montaña. Durante los diez días anteriores al festival, los niños de cada aldea tallaban pequeños bloques de nieve y construían con ellos un palacio de seis metros de lado y casi cuatro metros de alto. Como el Año Nuevo se festejaba allí a comienzos de febrero, los ornamentos tradicionales seguían colgando de todas las puertas de la aldea. El día 14 los niños los retiraban y los quemaban en una gran hoguera delante del palacio de hielo. Se deslizaban desde el resbaladizo techo, saltaban, jugaban y cantaban la Canción de los Pájaros, y luego pasaban la noche dentro del palacio. La celebración terminaba a la mañana siguiente, cuando volvían a trepar al techo y cantaban la Canción de los Pájaros otra vez.

Era la época de más nieve y Shimamura le había prometido a Komako estar para el festival.

—Me tomé una pequeña vacación para esas fechas. Estaba segura de que vendrías, al menos para el 14, y volví expresamente. Podría haberme quedado a cuidar mejor de ella si hubiese sabido que no venías.

—¿Quién se enfermó?

—La maestra de música. Se pescó una neumonía en la costa. En cuanto me llegó el telegrama partí a cuidarla.

—¿Y se curó?

—No.

—Lo lamento —dijo Shimamura ambiguamente. Sus palabras podían aludir a la enferma o a su promesa incumplida, y no hizo nada para aclararlo.

Komako sacudió la cabeza con un movimiento ausente y luego pasó su pañuelo por la mesa. Una nube de minúsculos insectos muertos cayó al piso. Varias polillas aleteaban en torno a la lámpara y muchos insectos más cargaban el aire nocturno afuera.

—Me duele el estómago —dijo de pronto e introdujo las manos dentro de su *obi* y se dejó caer contra Shimamura. Su cabeza quedó contra la rodilla de él. Shimamura vio un par de mosquitos adheridos al espeso maquillaje del cuello de ella. Creyó ver cómo morían mientras los contemplaba. Los brazos y el cuello de ella parecían más plenos que el

año anterior. Tiene apenas veinte años, pensó. Y sintió una tibia humedad contra su rodilla.

—"Komako, ve al Cuarto de las Camelias", me dijeron cuando llegué. No me gustó la complicidad con que lo dijeron. Había ido a despedir a Kikuyu y me preparaba a dormir una siesta cuando llamaron desde aquí. No tenía ganas de venir. Bebí demasiado anoche en la fiesta de despedida de Kikuyu. Cuando me vieron entrar ni siquiera disimularon sus risitas. Pero no me dijeron que la sorpresa eras tú. ¿Cómo iba a imaginármelo?

—La encargada me dio uno de los pasteles que dejó Kikuyu como ofrenda de despedida.

—¿De veras? —dijo ella y se incorporó.

La rodilla de él había dejado una marca roja en su mejilla. Komako parecía más joven que nunca.

—La acompañé dos estaciones. Fue tan triste. Ya nada será igual. Antes, arreglábamos nuestros asuntos entre todas, pero ahora lo hace cada geisha por su lado. Han llegado algunas nuevas y nadie se lleva bien con nadie. Voy a extrañar a Kikuyu. Era la que nos mantenía unidas. Ganaba más dinero que todas nosotras. Sus clientes se ocupaban muy bien de ella.

Kikuyu había terminado su contrato y retornaba a su pueblo, dijo Komako.

¿Iba a casarse o a abrir una posada o una casa de té por su cuenta?, preguntó Shimamura.

—Es un caso muy triste. Venía de un mal matrimonio cuando llegó aquí —dijo ella y guardó silencio, insegura de cómo continuar. Miró hacia la ventana y preguntó a Shimamura:

—¿Llegaste a ver la casa nueva en el camino que va a la montaña?

—¿Te refieres al restaurante? ¿Cómo se llamaba?

—Kikumura. Supuestamente, Kikuyu iba a estar a cargo, pero a último momento se arrepintió. Causó un revuelo. Uno de sus clientes lo mandó construir para ella y, cuando estaba todo listo para que se instalara, Kikuyu lo echó todo por la borda. Conoció a alguien que le gustó e iban a casarse, pero él la abandonó y se fue. ¿Siempre ocurre eso cuando pierdes la cabeza por un hombre? Ahora ella se quedó sin su antiguo trabajo y sin el restaurante. Y está tan avergonzada que prefiere empezar de nuevo en alguna otra parte. Me entristece tanto pensar en ella. En realidad, hubo otras personas involucradas, pero ninguna de nosotras conoce los detalles.

—¿Otros hombres, además del que la abandonó y el del restaurante? ¿Cuántos?

—Me gustaría saberlo —dijo ella y le dio la espalda para ocultar su sonrisa—. Kikuyu era muy voluble. Algunos dirían que era débil.

—Quizá no tenía alternativa. Era su naturaleza.

—Una no puede ir perdiendo la cabeza por cada hombre al que agrada —murmuró Komako con la mirada baja, mientras se acomodaba con gesto ausente su peinado—. No fue fácil verla partir.

—¿Y qué pasó con el restaurante?

—La esposa del hombre que mandó construirlo quedó a cargo.

—Toda una paradoja, que la esposa se haya quedado con el regalo a la amante.

—¿Qué otra cosa podían hacer? Estaba todo listo para inaugurarlo, así que la esposa se mudó y se trajo a los hijos.

—¿Y quién quedó en su casa?

—Dejaron a una sirvienta para que la cuide. El hombre es un granjero, pero le gusta divertirse. Es un sujeto interesante.

—Ya veo. ¿Qué edad tiene?

—Es joven aún. No creo que tenga más de treinta y tres.

—La amante era mayor que la esposa, entonces.

—No. Ambas tienen veintiséis.

—El Kiku de Kikumura viene de Kikuyu, sospecho. ¿La esposa no le cambió el nombre al restaurante?

—No podían cambiárselo. Ya lo habían promocionado con ese nombre.

Shimamura enderezó el cuello de su kimono. Komako se acercó a la ventana.

—Kikuyu lo sabía todo de nosotros. Ella me dijo que estabas aquí.

—La vi abajo esta tarde, cuando vino a despedirse.

—¿Te dijo algo?

—Ni una palabra.

—¿Tienes idea de cómo me siento? —dijo Komako luego de volver a abrir la ventana que había cerrado para que no entraran insectos. Y se apoyó en el vano como si estuviera a punto de tirarse.

—Las estrellas se ven diferentes que en Tokio —se limitó a decir él—. Parecen flotar allá arriba.

Ella suspiró.

—No tanto, cuando hay demasiada luna. La nieve fue tremenda este invierno.

—Supe que los trenes no podían pasar.

—Los caminos estuvieron cerrados hasta mayo. ¿Recuerdas el negocio de esquí en el pueblo? Una avalancha derrumbó el piso superior. Sus habitantes oyeron ruidos extraños y creyeron que eran las ratas que habían enloquecido. Cuando terminó la tormenta y subieron, descubrieron todo lleno de nieve. El techo se había desplomado. Hablaron mucho del episodio por la radio. Los esquiadores se asustaron y partieron. Yo misma decidí regalar mis esquís, pero luego me arrepentí y volví a las pistas un par de veces, cuando el tiempo lo permitió. ¿Crees que he cambiado?

—¿Qué has hecho desde la muerte de la maestra de música?

—Los problemas ajenos no son de tu incumbencia. Volví aquí y te estuve esperando, si quieres saberlo.

—Si estabas en la costa, podrías haberme escrito desde allá.

—No podía. Realmente no podía. Me sentía incapaz de escribir una carta que leyera tu esposa. Y soy incapaz de mentir para mantener las apariencias a los ojos de los demás. —Él se limitó a asentir en silencio.

—¿Por qué no apagas la luz? No hay necesidad de soportar tantos insectos.

La luz de la luna era tan nítida que él alcanzaba a ver las delicadas

circunvoluciones en la oreja de ella. Las esterillas de la habitación brillaban con el verdor del agua en un estanque.

—No, déjame. Déjame irme a casa.

—Veo que no has cambiado —dijo él. Pero luego de contemplarla a esa distancia notó algo nuevo en ella, como si sus rasgos se hubieran intensificado.

—Todos dicen que estoy igual a cuando llegué, a los dieciséis. Pero la vida no pasa en vano.

Sus mejillas conservaban la lozanía de su infancia campestre y, a la luz de la luna, su maquillaje de geisha les daba el mismo lustre del interior de los moluscos marinos.

—¿Sabías que me mudé?

—¿Ya no estás en el ático de los gusanos de seda? ¿Vives en una auténtica casa de geishas, ahora?

—Podría decirse que sí, en cierto sentido. Venden golosinas y tabaco y soy la única geisha del lugar. Tengo un contrato. Cuando me quedo leyendo por la noche, uso velas para ahorrar electricidad.

Shimamura soltó una carcajada.

—No hay que malgastar electricidad —insistió ella.

—Comprendo, comprendo —dijo él sin dejar de reírse.

—Son muy buenos conmigo. Tanto que a veces me cuesta recordar que estoy allí como geisha. Cuando llora uno de los niños, la madre se lo lleva afuera para que no me moleste. No tengo de qué quejarme. Salvo de la cama. Siempre me la dejan preparada. Pero a veces, cuando llego tarde y las sábanas no están bien estiradas o el colchón no apoya bien, lo detesto. Me siento culpable por fastidiarme, pero no puedo evitarlo.

—Si tuvieras tu propia casa, el ajetreo de mantenerla en orden te agotaría.

—Eso dicen todos. Pero tienen cuatro niños en la casa y a veces hay demasiado desorden. Me lo paso recogiendo cosas que sé que volverán a estar tiradas cuando regrese. No puedo evitarlo. Me gusta que las cosas que me rodean estén tan ordenadas y en buen estado como me sea posible, ¿Entiendes lo que me pasa?

—Entiendo.

—Si es así, dime lo que siento —imploró ella súbitamente, con la premura y exigencia de un rato antes—. ¿Lo ves? No puedes. Me mentiste otra vez. Podrás tener montones de dinero, pero no eres gran cosa como persona. Eres incapaz de entender. —Su voz volvió a ahuecarse. —*Me* siento muy sola. Debes volver a Tokio mañana.

—Estás en tu derecho de juzgarme, ¿pero cómo pretendes entonces que te diga lo que quiero decirte?

—¡No puedes! ¡Eso es lo peor de ti! —dijo ella al borde de la desesperación.

Luego cerró los ojos y se recuperó, como si se hubiera convencido a sí misma de que Shimamura a fin de cuentas se interesaba en ella.

—Me alcanza con que vengas una o dos veces al año. ¿Seguirás haciéndolo mientras yo esté aquí?

—Cuando volví, ni soñaba que volvería a ser geisha. Incluso regalé

mis esquís. Pero lo único que he logrado es dejar de fumar.

—Recuerdo cuánto fumabas, ahora que lo mencionas.

—Cuando los huéspedes que entretengo me dan cigarrillos en una fiesta, los guardo en la manga de mi kimono. Ya tengo un buen surtido.

—Cuatro años es mucho tiempo.

—Pasarán rápido.

—Eres tan cálida —dijo Shimamura y la abrazó.

—Siempre he sido así.

—Supongo que pronto comenzará a hacer frío de noche.

—Llevo cinco años aquí. Al principio me preguntaba cómo haría para vivir en un lugar como éste, en especial antes de que llegara el ferrocarril. Y entonces apareciste tú. Y desde entonces han pasado casi dos años.

En cada una de sus tres visitas a lo largo de ese tiempo, se había encontrado con cambios drásticos en la vida de Komako, pensó Shimamura por encima del sonido que hacían los grillos afuera.

—Ojalá se callaran —dijo ella y se deshizo del abrazo.

El viento que sopló del norte pareció avivar el aleteo de las polillas. Shimamura volvió a sorprenderse del efecto que producían las pestañas de ella, impidiéndole saber a ciencia cierta si estaba con los ojos entornados o cerrados.

—He engordado desde que dejé de fumar.

Era cierto; él mismo lo había sentido al tomarla en brazos. Todo aquello que quedaba en la distancia cuando estaban separados se le volvía inmediatamente familiar en cuanto la tenía enfrente.

—Uno es más grande que el otro —dijo ella, sopesándose los pechos, al ver que él estaba mirándolos.

—Será que uno recibe más atención que el otro.

—¡Qué comentario más vulgar!

Así, precisamente así eras, recordó Shimamura.

—La próxima vez dile que sea más equitativo con ambos.

—¿Equitativo? ¿Eso es lo que quieres que le diga? —susurró ella, frotando suavemente su mejilla contra la de él.

Estaban en el segundo piso, pero era como si los sapos y los grillos estuvieran del otro lado de la ventana. Incluso se alcanzaban a ver desde allí algunos de los batracios cuando saltaban en la oscuridad.

Al volver de los baños, Komako comenzó a hablarle de sí misma, con una serenidad y una intimidad absolutas. Cuando le hicieron el primer examen médico allí, dijo, creyó que sería igual al que debió someterse como aprendiz de geisha, y dejó caer su kimono exhibiendo sus pechos. El médico se rió y ella se deshizo en lágrimas. Esa clase de detalles le confesaba. Shimamura la incitaba con sus preguntas y ella accedía más y más.

—Soy como un reloj. Cada veintiocho días. Siempre.

—Supongo que no te impedirá amenizar una fiesta.

—¿Cómo puedes saber esas cosas?

Cada día, le contó, tomaba un baño en una de las termas cuyas aguas eran famosas por sus efectos reparadores. Además, recorría a pie todos los días los tres kilómetros entre las nuevas y las viejas termas,

hubiera o no hubiera fiestas que amenizar. Había pocos eventos que terminaran tarde, lo que le permitía dormir bien, mantenerse saludable y evitar la amplitud de caderas característica de las geishas. A Shimamura lo conmovía que su propio cuerpo guardara tal memoria del cuerpo de una mujer de esa naturaleza.

—A veces me pregunto si podré tener hijos —dijo ella. Y al rato confesó que también se preguntaba si ser fiel a un hombre no era como estar casada con él.

Ésa fue la segunda mención que hizo Komako al hombre que era dueño de su destino, el hombre de Hamamatsu. Lo había conocido a los dieciséis, dijo después. Shimamura pudo explicarse entonces la falta de precauciones que al principio lo había sorprendido tanto.

Nunca le había gustado de verdad, confesó Komako, y nunca se sintió cercana a él, quizá porque el vínculo comenzó cuando ella llegó a la costa, poco después de la muerte del cliente que había pagado sus deudas.

—Será mejor que la media, si has durado casi cinco años con él.

—Tuve dos oportunidades para dejarlo. Cuando vine aquí como geisha y cuando me mudé, luego de la muerte de la maestra de música. Pero no tuve la fuerza de voluntad para hacerlo. Carezco de auténtica fuerza de voluntad.

El hombre seguía en la costa y había decidido que no era conveniente que Komako viviera allí. Así que, cuando la maestra de música vino a las montañas, él envió a Komako con ella. Había sido siempre muy gentil, y a ella la entristecía no poder corresponderle. Era bastante mayor y rara vez venía a verla.

—A veces pienso que la mejor manera de liquidar el vínculo sería hacerle una verdadera maldad.

—No funcionaría.

—Lo sé, porque no está en mi naturaleza. Además, me gusta mi cuerpo. Me gusta la que soy. Si lo intentara, creo que podría renegociar mi contrato a sólo dos años, pero eso implicaría un esfuerzo. Y prefiero cuidarme a esforzarme. Piensa en la cifra que podría hacer si me esforzara. Pero me alcanza con no hacerle perder dinero al término de los cuatro años. Sé lo que cuesta mantenerme por mes, lo que él paga de impuestos y lo que obtiene de mí, y no me esfuerzo en absoluto para ganar más. Si no estoy a gusto en una fiesta, me voy a casa. Y nunca me llaman por la noche, ni siquiera de la posada, a menos que un viejo cliente pida especialmente por mí. Si quisiera ser extravagante, podría ser peor, pero trabajo cuando estoy de humor. Con eso alcanza. Ya he pagado más de la mitad y eso permitiéndome gastar en mí misma veinte o treinta yenes al mes.

Alcanzaba con que hiciera cien yenes al mes, dijo. El mes anterior, que era el peor del año, había hecho sesenta. Había amenizado noventa fiestas, más que ninguna otra de las geishas del pueblo. Recibía un monto fijo por cada fiesta, de manera que cuantas más fiestas amenizaba era comparativamente más dinero para ella y menos para el hombre al que estaba obligada. Pero prefería dejarse llevar por su propio espíritu. A fin de cuentas, ni una sola geisha en la historia del

pueblo debió extender su contrato por escasa facturación.

Komako se despertó temprano a la mañana siguiente y dijo que había soñado que era la sirvienta de la mujer que enseñaba arreglos florales. Al levantarse, corrió la pequeña cómoda de la habitación para que el espejo reflejara el paisaje de las montañas hacia la cama. El sol intensificaba el rojo de las hojas otoñales.

Esta vez no fue Yoko la que le trajo la muda de ropa, no fue su delicadísima voz la que se oyó por el pasillo sino la de una de las hijas pequeñas de la casa donde ahora vivía Komako.

—¿Qué fue de ella? —preguntó Shimamura.

Komako le dirigió una mirada indefinible y volvió a lo suyo. Sin mirarlo dijo: —Pasa el día entero en el cementerio. ¿Ves allí, al costado de las pistas de esquí, el campo sembrado de flores blancas? Más a la izquierda. Eso es el cementerio.

Cuando Komako partió, Shimamura decidió dar un paseo por el pueblo. Una niña en pantalones de montaña y kimono tejido arrojaba una pelota contra un paredón cubierto de hiedra. Las casas eran todas al estilo antiguo. Indudablemente ya existían cuando los señores provinciales remontaban ese camino rumbo al norte. Las verandas eran profundas, los tejados toscos y los ventanucos de los pisos superiores, más anchos que altos, no tenían cristales sino papel y rudimentarias persianas enrollables de bambú.

La hierba al costado del camino era casi tan alta como los achaparrados paredones. En uno de ellos, de color terroso, crecían flores. Los ciruelos estaban en flor y cada fruta brotada de sus ramas parecía decorada por las hojas circundantes.

Yoko estaba arrodillada en una estera de juncos junto al camino, desgranando habas al sol. Los granos caían de la vaina como gotas de luz. Quizás ella no hubiera visto llegar a Shimamura por el pañuelo que le envolvía la cabeza. De rodillas, con los muslos tan separados como se lo permitían sus pantalones de montaña, canturreaba una canción que parecía el eco lejano de una tristeza sin dueño:

La mariposa, la luciérnaga, el grillo,
el saltamontes, la pulga y el tábano,
cantan en las colinas.

Shimamura había comprado una guía de las montañas mientras esperaba que saliera su tren en Tokio. Hojeándola, se enteró de que entre los picos había un sendero que unía los diferentes lagos y pequeños pantanos. A lo largo de él, informaba la guía, crecían flores alpinas de la más diversa variedad. Hacia allí se dirigió, acompañado de las siempre presentes libélulas, que planeaban morosamente sobre el agua e iban y venían entre las flores, tan diferentes de los molestos insectos de la ciudad como una nube de un charco de agua sucia. Sin embargo, cuando empezó a caer el sol y él se acercaba al bosque de cedros donde estaba el santuario, creyó que las libélulas evitaban

internarse entre los árboles, como si temieran quedar atrapadas por esas sombras prematuras, cuando aún quedaba un rato de luz.

—Qué delicados son los seres humanos —había comentado Komako esa mañana, cuando se enteraron de la noticia de que había habido otro accidente en las montañas—. Los encontraron con los huesos hechos pulpa. En cambio, un oso puede caer desde una altura superior y no recibir el menor rasguño. Allí fue —y señaló en dirección de una de las cumbres.

Si el hombre tuviera el pelaje y la contextura de un oso, su vida sería bien diferente, había pensado entonces Shimamura. Sin embargo, era a través de esa piel tan delicada que se transmitía el amor. Y ahora, mientras miraba el sol caer detrás de las montañas, sintió una nostalgia inexplicable por la piel humana.

"La mariposa, la luciérnaga, el grillo", oyó que cantaba una geisha a la distancia cuando se sentó a cenar, temprano, con su guía como única compañera. El libro sólo ofrecía la más somera información sobre rutas, atracciones, hospedajes y costos, dejando el resto librado a la imaginación del lector. De esas mismas cumbres había bajado, en pleno estallido del verdor primaveral, cuando vio a Komako por primera vez. Ahora, que era el comienzo del otoño y de la temporada de montañismo, sintió añoranza de aquellas alturas en donde había dejado su huella. Si bien era un diletante que podía perder el tiempo allí como en cualquier otra parte, consideraba el montañismo un ejemplo flagrante del esfuerzo inútil. Y ése era precisamente el atractivo que ejercía sobre él: el encanto de lo irreal.

Mientras estuvo lejos, había pensado sin cesar en Komako; ahora que estaba tan cerca, esa nostalgia por la piel humana le producía el mismo efecto onírico que la atracción que le despertaban las montañas. Quizás era debido al exceso de familiaridad e intimidad que le había despertado el cuerpo de ella. Habían pasado la noche juntos; estaba seguro de que ella acudiría sin necesidad de que él la llamara. Sentado a solas en el comedor, esperándola, mientras oía el bullicio de un grupo de niñas de la escuela descendiendo por el camino, se preguntó por qué no venía. Y comenzó a invadirlo el cansancio. Antes de dormirse en la silla, subió a su habitación y se acostó.

Esa noche llovió. Uno de esos chaparrones de otoño que llegan y se van sin dejar rastro.

Por la mañana, Komako estaba circunspectamente sentada frente a él, con un libro abierto. Vestía un sobrio kimono de día y una capa.

—¿Ya estás despierto? —le dijo con suavidad al verlo abrir los ojos.

—¿Qué haces aquí tan temprano? Manoteando el reloj que había dejado sobre la almohada, Shimamura vio que eran las seis y media de la mañana. Y se preguntó si ella había entrado durante la noche o acababa de llegar hacía unos minutos.

—No es tan temprano. La doncella ya vino a traer carbón.

Shimamura miró alrededor. Había una tetera al fuego, echando vapor.

—Es hora de levantarse —dijo ella y se arrodilló junto a la almohada como una perfecta esposa mientras Shimamura se

desperezaba bostezando.

En lugar de obedecer, él le tomó una de las manos que ella tenía apoyadas sobre las rodillas y recorrió los dedos bien torneados y el leve callo que le había producido la práctica del *samisen.* —Aún está amaneciendo.

—¿Dormiste bien, sin mí?

—Muy bien.

—Y no te dejaste el bigote.

—No, a pesar de tu consejo.

—No importa. Sabía que no lo harías. Sé cuánto te gusta estar bien afeitado. ¿Sabes que tienes un aspecto gracioso cuando duermes? Con la boca y los ojos cerrados, tu cara parece más redonda y gentil.

—¿Redonda y gentil?

—Pero igual de poco confiable. Y ahora que lo pienso, ¿estás un poco más gordo?

—Me estabas espiando, entonces. No me gusta que me miren mientras duermo, ¿sabes?

Komako sonrió y asintió con solemnidad. Pero luego no pudo contenerse y soltó la risa tal como una chispa se convierte en fuego.

—No temas. Cuando entró la doncella, me escondí en el ropero. Ni se dio cuenta de que estaba ahí.

—¿Cuándo entraste? ¿Cuánto tiempo permaneciste oculta?

—Unos minutos solamente. Me escondí cuando la doncella entró con el carbón.

Se rió de tal manera que enrojecieron hasta sus orejas. Para atenuar su sofocación comenzó a abanicarse con el borde del cubrecama.

—Levántate. Vamos, levántate.

—Hace frío —dijo Shimamura y tironeó del cubrecama hasta que ella lo soltó—. ¿Hay alguien despierto?

—No tengo idea. Entré por atrás.

—¿Por el bosque? ¿Hay un sendero?

—No, pero es el camino más corto.

Shimamura la miró sorprendido.

—No te preocupes; nadie sabe que estoy aquí. Oí ruidos en la cocina pero la puerta del frente sigue cerrada.

—Eres madrugadora.

—No podía dormir.

—¿Oíste la lluvia?

—¿Llovió anoche? Por eso estaba tan mojada la hierba. Duérmete. Me iré a casa.

Pero Shimamura se levantó de un salto de la cama, la tomó de la mano y la llevó hasta la ventana, donde le pidió que le señalara por dónde había subido. Los cedros del bosque se mezclaban con un cañaveral enmarañado. Justo debajo de la ventana habían sembrado unas cuantas hileras de papas, cebollas y rábanos. Tanto la huerta como el resto de la vegetación era de lo más común; sin embargo, el tono otoñal de las hojas al sol del amanecer produjo en Shimamura la sensación de que estaba mirando aquella escena por primera vez, y

permaneció contemplándola un largo rato cuando Komako se fue. El portero de la posada estaba alimentando las carpas del estanque.

—Con el frío no están comiendo bien —le dijo a Shimamura cuando lo vio asomado a la ventana. Shimamura se quedó mirando las larvas secas de gusanos de seda que flotaban en el agua sin tentar demasiado a las carpas. Cuando volvió de su baño, Komako lo esperaba tan impecable como si acabara de despertarse.

—Un lugar ideal para mis tareas de costura —comentó. La habitación estaba recién ordenada y la luz del sol llegaba a todos los rincones.

—¿Tú coses?

—Qué comentario ofensivo. Por supuesto. Fui la más trabajadora de mi familia desde niña. No fueron fáciles aquellos años —agregó como para sí. Y su voz sonó más tensa cuando volvió a mirarlo: —La doncella me pescó y me dedicó una mirada de lo más extraña. Quiso saber cuándo había llegado. Fue un momento muy incómodo, pero no tenía ánimos para seguir escondida en el ropero. Ahora sí debo irme a casa. Tengo mucho que hacer. No he dormido, debería lavarme el pelo, dejarlo secar e ir a la peluquería. Si no lo hago temprano, no consigo estar lista para las fiestas que comienzan por la tarde. Hay una aquí en la posada, pero sólo me avisaron anoche, de manera que no vendré; ya estoy comprometida. No podré verte esta noche. Es sábado y tengo mucho trabajo.

Sin embargo, no dio la menor señal de irse.

Al fin decidió no lavarse el pelo y llevó a Shimamura al jardín trasero, para mostrarle dónde había ocultado sus sandalias y medias mojadas, debajo de la veranda. Parecía imposible que hubiera atravesado ese cañaveral. Pero cuando Shimamura la siguió, descubrió que había una suerte de angosto pasadizo que corría paralelo al sonido del agua. Cuando asomaron a la orilla oyeron voces de niños entre los árboles. Había nueces en el suelo. Komako las pisó hasta quebrar la cáscara y le ofreció los pequeños frutos.

Los penachos de *kaya* se bamboleaban con la brisa matinal como si un manto plateado ondeara por toda la ladera. A Shimamura le pareció que el reflejo hacía más traslúcido el color del cielo.

—¿Cruzamos? —dijo—. Podríamos ir a ver la tumba de tu prometido.

Komako se enderezó, lo miró con furia y, a continuación, un puñado de cáscaras de nuez hizo impacto en la cabeza de Shimamura. Él no reaccionó a tiempo.

—Por qué te burlas de mí. ¿Qué motivo tendrías tú para ir al cementerio?

—Tampoco hay motivo para que reacciones así.

—Tengo muchas cosas que hacer. No tengo el privilegio de algunos, que pueden hacer lo que les da la gana sin pensar en los demás.

—¿Quién tiene ese privilegio? —murmuró Shimamura sin convicción.

—¿Y por qué sigues diciéndole mi prometido? ¿No te dije claramente que no lo era? Pero lo olvidaste, por supuesto.

Shimamura no lo había olvidado. De hecho, el tal Yukio ocupaba buena parte de sus pensamientos, aunque a Komako le molestara hablar de él. Quizá no hubiera sido su prometido pero ella se había hecho geisha para ayudar a pagar las cuentas de los médicos. No había duda de que había tenido muchas cosas que hacer, en vida de Yukio.

Komako lo miraba, tratando de determinar si estaba irritado por la lluvia de cáscaras de nuez. Cuando supo que no, su resistencia se fue diluyendo. Lo tomó del brazo y le dijo: —Quizá seas, en el fondo, una buena persona. ¿Pero qué te pasa ahora?

—Están espiándonos desde los árboles.

—¿Y qué? Son tan complicados los de Tokio. Viven inmersos en tal confusión que sus sentimientos se fragmentan.

—Todo se fragmenta.

—Incluso la vida, lo sé. ¿Vamos al cementerio o no?

—Pues…

—¿Lo ves? No querías ir realmente.

—Es que montaste tal escena…

—No he pisado en mi vida el cementerio. Ni una sola vez. A veces me siento culpable. Especialmente ahora, que también la maestra de música está enterrada allí. Pero no puedo ir de buenas a primeras. Sería falso de mi parte.

—Eres más complicada que yo, ¿sabías?

—¿Por qué? Ya que no puedo ser absolutamente franca con los vivos, al menos lo soy cuando están muertos.

Salieron del bosque, donde el silencio parecía gotear de las hojas como rocío, y siguieron las vías del ferrocarril rumbo a las pistas de esquí. Pronto estuvieron frente al cementerio. Shimamura distinguió una decena de tumbas en torno a una deteriorada estatua de Jizo, el guardián de los niños, que se alzaba entre la maleza. No había flores en ninguna de las tumbas.

De pronto, el torso de Yoko apareció entre la maleza detrás del Jizo. Su cara tenía la misma expresión solemne y reservada de siempre hasta que los vio. Les dedicó una mirada incendiaria pero casi al instante recuperó su expresión anterior, para hacerle una mínima y silenciosa reverencia a Shimamura.

—¿No es demasiado temprano, Yoko? Iba camino a la peluquería y… —las palabras de Komako fueron devoradas por un estruendo que hizo vibrar el suelo. Era un tren de carga que pasó rugiendo por las vías.

—¡Yoko, Yoko! —oyeron y vieron a un muchacho saludando con el sombrero en la mano desde uno de los vagones.

—¡Saichiro! —contestó Yoko, con la misma voz con que se había dirigido al guarda del cruce cubierto de nieve, más de un año antes. Una voz tan bella en su desamparo como si se dirigiera a alguien que no podía oírla, en un barco que se perdía en altamar.

El tren pasó, dejando al descubierto los campos al otro lado de las vías como si se hubiera alzado de golpe una persiana. Las flores blancas de tallos rosados al otro lado eran la quietud personificada.

Komako y Shimamura estaban de espaldas a las vías, y les

sorprendió tanto la aparición de Yoko que no habían oído al tren acercarse. Lo mismo sucedió ahora: parecían estar escuchando el eco de la voz de Yoko y no el estruendo que se alejaba.

—Era mi hermano —dijo ella—. Debería ir a la estación.

—¿Para qué? El tren no va a esperarte —dijo Komako riéndose.

—Lo sé.

—No vine a la tumba de Yukio. Yoko asintió, pareció dudar un instante y luego se arrodilló frente a la tumba. Komako contempló la escena inexpresivamente. Shimamura prefirió mirar en dirección al Jizo. La esfinge tenía las manos cruzadas sobre el pecho y tres caras: una miraba a la izquierda, la otra a la derecha y la tercera al frente.

—Debo ir a lavarme el pelo —dijo Komako y se alejó por un sendero entre los arrozales.

Era costumbre en la región tender varas de bambú o de madera a diferentes alturas, de un árbol a otro, y colgar de allí las gavillas de arroz a secar. Durante la cosecha, los prados parecían tapizados de paredes de arroz. Había unos cuantos granjeros preparando esos tendidos por el camino al pueblo que tomaron Komako y Shimamura. Vieron una niña pequeña arrojando con un movimiento de cadera una enorme gavilla en dirección a un hombre encaramado sobre un travesaño de bambú, que la acomodó con mano experta. Esos movimientos, mecánicos de tan repetidos, se reproducían paso a paso mientras la pareja desandaba el camino hacia el pueblo. Komako se detuvo y sopesó una de las gavillas colgantes en la mano.

—Ven, toca. Fíjate qué agradable. Completamente diferente de la última cosecha —y entrecerró los ojos para disfrutarlo más. Una bandada de gorriones se alzó de los árboles y aleteó ruidosamente sobre sus cabezas. En el tronco de uno de los árboles habían pegado un cartel escrito a mano, que decía: "Pago por jornal, 90 *sen*, incluye comida. Mujeres, 40 *sen*".

También en la hondonada que separaba el muro de la casa de Yoko del camino habían tendido gavillas de arroz a secar, así como en el angosto espacio lateral entre la casa y la casa vecina. El efecto era similar al de las bambalinas de un teatro, pero de arroz sin desgranar en lugar de esterillas de paja trenzada. Los nenúfares del jardín aún mostraban sus tallos lozanos, pero las dalias y las rosas comenzaban a marchitarse. Las gavillas bloqueaban la visión del estanque pero se alcanzaba a ver la ventana del cuarto de los gusanos de seda donde solía dormir Komako. Vieron a Yoko pasar inclinada y furiosa entre las gavillas de arroz y desaparecer en el interior de la casa.

—¿Vive allí sola? —preguntó Shimamura.

—Quién puede saberlo —contestó evasivamente Komako—. No haré tiempo para ir a la peluquería. Qué fastidio. Todo por hacerte caso. Y, además, le arruinamos a ella su visita al cementerio.

—Estás exagerando otra vez. ¿Qué tiene de malo habérnosla cruzado allí?

—No tienes idea. Si tengo tiempo, le lavaré el pelo después. Llegaré tarde, pero igual pasaré a verte por la posada.

A las tres de la mañana, Shimamura se despertó por el estrépito de

una puerta. No sólo una, era como si alguien estuviera abriendo y cerrando puertas en busca de algo. Un instante después sintió el cuerpo de Komako desplomarse sobre el suyo en la oscuridad.

—Dije que vendría y aquí estoy. ¿No dije que vendría? ¿No te lo dije?

Su pecho percutía contra el de él como si estuviera violentamente agitada.

—Estás borracha perdida.

—¿No dije que vendría? ¿Y no vine, ¿Eh?

—Sin duda.

—No veía nada en el camino. Me duele la cabeza.

—¿Cómo te las arreglaste para subir hasta aquí?

—No tengo la menor idea —dijo ella y volvió a dejar caer su peso sobre él. La posición se volvió más opresiva para Shimamura cuando ella giró hasta ponerse boca arriba y se arqueó contra él, pero estaba demasiado adormilado para liberarse. Le impresionó cuan caliente estaba la nuca de ella contra su mejilla.

—Estás ardiendo.

—¿Sí? Ardiendo por una almohada. Ten cuidado, a ver si te quemas.

—No me sorprendería —murmuró él, y cerró los ojos y se dejó invadir por ese calor que despabilaba su cuerpo. La realidad fue inundándolo con cada bocanada de aire que ella aspiraba. Y, con ella, vino un nostálgico remordimiento. Shimamura se sentía como si estuviera esperando sin apuro una indefinida revancha.

—Dije que vendría y vine —repetía ella, con fiera concentración—. Aquí estoy. He venido. Ahora tengo que irme a casa. Debo lavarme el pelo.

Rodó hasta quedar al costado de la cama y bebió a grandes tragos un vaso con agua.

—No puedes irte en ese estado.

—Oh, sí. Debo irme. Hay gente esperándome. ¿Dónde dejé mi toalla?

Shimamura estiró la mano para encender la luz.

—¡No, por favor! —gimió ella, y se cubrió el rostro con las manos y luego se sumergió debajo del cubrecama. Vestía un kimono informal, con un *obi* muy angosto, y debajo se alcanzaba a ver un camisón. El alcohol le sonrojaba la piel de todo el cuerpo, incluso de las plantas de sus píes descalzos. Había algo casi conmovedor en el modo en que trataba de ocultarlos de Shimamura.

Evidentemente había dejado caer su toalla y sus utensilios de aseo al entrar en la habitación. Un jabón y dos peines yacían dispersos por el piso.

—Corta. Traje unas tijeras; deben estar en algún lado.

—¿Qué quieres que corte?

—Esto —dijo ella señalando a ciegas con sus manos los hilos que sostenían su ceñido peinado tradicional—. Intenté hacerlo sola pero mis manos no responden. Y pensé que sólo tú podrías ayudarme a esta hora.

Shimamura separó con mucho cuidado el pelo, comenzó a cortar y una cascada negra se derramó entre sus dedos.

—¿Qué hora es? —dijo ella, aparentemente más tranquila.

—Las tres.

—¡No puede ser! Ten cuidado al cortar.

—Nunca pensé que hubiera tantos nudos.

Los postizos que fueron quedando en su mano libre estaban sorprendentemente calientes.

—¿De veras ya son las tres? Debo de haberme dormido cuando volví a casa. Prometí encontrarme en los baños con un grupo de gente, y pasaron hace un rato a buscarme. Deben de estar preguntándose qué me pasó.

—¿Te están esperando ahora?

—En los baños públicos, no aquí. Hubo seis fiestas esta noche, pero yo sólo estuve en cuatro. La próxima semana, con el Festival de la Caída de las Hojas, vendrá un montón de gente. Gracias, así está bien —dijo de pronto, y se incorporó y comenzó a peinar su larguísimo cabello.

Cuando terminó, recogió los postizos mientras soltaba una risita.

—¿No son graciosos? —dijo—. Debo darme prisa. No está bien dejarlas esperando. No volveré esta noche.

—¿Puedes ir sola?

—Sí, claro.

Pero tropezó con la falda de su kimono al ponerse de pie.

A las seis de la mañana primero y, ahora, a las tres de la mañana: ¿eran horas normales para visitar a alguien? La relación entre ambos estaba adquiriendo características muy particulares, se dijo Shimamura antes de volver a cerrar los ojos en la oscuridad.

El portero estaba supervisando la decoración de hojas de arce en la puerta de la posada para recibir a los huéspedes que llegarían para el festival. Lo hacía con desgano, repitiendo orgulloso que él era “un ave de paso”. La gente como él trabajaba en las posadas de montaña desde la primavera hasta el otoño, y se mudaba a la costa durante el invierno. No se esmeraba especialmente para trabajar en la misma posada al año siguiente. Se pavoneaba por la prosperidad de los hoteles de la costa y no disimulaba su desdén por el trato que recibían los huéspedes de las posadas de montaña. Su comportamiento le recordó a Shimamura el de los mendigos menos sinceros en las estaciones de tren, que se frotan las manos cada vez que ven bajar un nuevo contingente de pasajeros y se ofenden cuando no reciben lo que esperaban.

—¿Alguna vez probó una de éstas? —preguntó el portero, mostrándole un fruto que parecía una granada—. Se llama *akebi.* Si quiere, puedo bajarle algunos de la montaña.

Y lo colocó en el centro del arreglo de hojas y ramas que había armado en la puerta de la posada. Las ramas eran tan frondosas que rozaban el marco e impregnaban el lugar con su aroma y su color rojizo. Con una hoja de sorprendente dimensiones en la mano, Shimamura

miró distraído hacia el interior de la posada y vio a Yoko sentada junto al fuego, en la recepción.

La encargada estaba calentando sake en un recipiente de bronce. Yoko, sentada enfrente, asentía con presteza a cada pregunta de ella. Vestía informalmente, pero no con los pantalones de montaña que Shimamura le había visto usar en otras oportunidades. El sencillo kimono parecía recién lavado.

—¿Esa muchacha trabaja aquí? —le preguntó al portero.

—Así es. Gracias a todos ustedes, hemos tenido que contratar más personal.

—¿No era usted "un ave de paso"? —Así es. No como ella. De todas maneras, no parece la típica muchacha de montaña, ¿verdad?

Yoko trabajaba sólo en la cocina, aparentemente. Aún no la dejaban servir en las fiestas. A medida que la posada se había ido llenando, el sonido del personal en la cocina se hizo más audible, pero Shimamura no recordaba haber oído la voz más que reconocible de Yoko entre ellas. La doncella que se ocupaba de su habitación le contó que a Yoko le gustaba cantar mientras tomaba su baño, antes de retirarse. Al parecer, también eso había pasado inadvertido para Shimamura.

Ahora que sabía que Yoko estaba en la posada, sintió una extraña reticencia por llamar a Komako. Era consciente de la vacuidad interior que lo hacía ver tan hermosa como desperdiciada la vida de ella, con prescindencia de que él mismo fuera el objeto de esos desvelos. Ese anhelo de vivir de Komako le daba una pena extraordinaria, por ella y también por él mismo.

Estaba seguro de que Yoko, con su inocencia, sabría decirle por qué, y se preguntó cómo averiguarlo.

Komako siguió apareciendo sin necesidad de que él la llamara.

Cuando Shimamura decidió trasladarse hasta el valle para contemplar con sus propios ojos el espectáculo de las hojas de arce, su taxi pasó por delante de la casa donde ella vivía, pero no le pidió al conductor que se detuviera. Ni siquiera miró, como le reprocharía Komako después. De haberlo hecho, habría visto cómo ella salía apresuradamente a la puerta.

Era un insensible: ella pasaba por su habitación cada vez que iba a la posada, incluso cada vez que se dirigía a los baños públicos. Siempre que la convocaban a una fiesta en la posada, llegaba una hora más temprano y pedía a la doncella que subiera a la habitación a avisarle cuando fuera tiempo de bajar. Incluso cuando estaba en una fiesta, se escapaba por unos minutos a verlo. Y luego de retocarse el maquillaje frente al espejo, se ponía de pie murmurando: "De vuelta al trabajo. Soy toda actividad. No tengo respiro".

La mayoría de esas ocasiones, ella solía olvidar en su habitación algo que había traído: la capa, el estuche del *samisen,* un abanico. Y luego le hacía comentarios como éste: "Anoche al llegar a casa no había agua caliente para el té. Revolví toda la cocina y lo único que encontré

fueron las sobras del desayuno. Frías, por supuesto. Y hoy no me despertaron. Cuando abrí los ojos ya eran las diez y media. Quería venir a verte a las siete, pero ya ves".

O le contaba cosas de la posada adonde había estado antes de llegar, y las fiestas que había amenizado, y las que le quedaban por amenizar esa noche. "Volveré más tarde", le decía antes de beberse un vaso con agua y partir. "O quizá no lo haga. Treinta huéspedes sólo para tres de nosotras. No tendré respiro". Pero invariablemente reaparecía unas horas después. "Demasiado trabajo. Imagínate, treinta para tres. Y las otras dos son la más veterana y cansada de todas nosotras y la más novata: todo el trabajo recae sobre mí. Miserables. Son de un club de algo. Con treinta huéspedes hacen falta no menos de seis geishas. Aceptaré una copa de alguno y empezaré una pelea".

Así era cada día. Quizá Komako quería arrastrarse a un rincón y esconderse de la vista del mundo ante la mera idea de adonde conducía todo aquello. Pero la intensificación de su desamparo la hacía cada vez más atractiva a los ojos de Shimamura.

—El piso del pasillo cruje cada vez que subo hasta aquí. Trato de no hacer ruido pero siempre me delato. "¿De nuevo al Cuarto de las Camelias, Komako?", me dicen al verme pasar por la cocina. Nunca pensé que iba a tener problemas de reputación.

—Es un pueblo muy pequeño.

—Y todos se han enterado de lo nuestro.

—Lo dudo.

—Empiezas a hacerte mala fama y estás arruinada, en un pueblo como éste —decía ella. Pero al instante sonreía. —Qué importa. Las que son como yo encuentran trabajo en cualquier parte.

Su franqueza, tan descarnada y al mismo tiempo tan cargada de emociones, era inédita para Shimamura, que nunca había debido preocuparse, ni antes ni después de recibir la herencia que le permitía la clase de vida que llevaba.

—Será igual adonde vaya. No vale la pena preocuparse por eso.

Pero, aun así, debajo de sus palabras latía un eco de inquietud.

—No puedo quejarme. A fin de cuentas, sólo las mujeres son capaces de amar de verdad.

Cuando pronunció estas palabras lo hizo mirando al piso y presa de uno de sus súbitos rubores. El cuello del kimono estaba abierto, como un gran abanico desplegado detrás de sus hombros. Había algo conmovedor en la sugestiva piel de su cuello, tersamente palidecida por el maquillaje hasta el nacimiento de la espalda. Sugería la suavidad del pelaje de un animal silvestre, o la legendaria seda de Chijimi.

—En un mundo como éste, sí —contestó Shimamura, con un escalofrío ante la esterilidad de lo que acababa de decir.

—Siempre ha sido así, y siempre lo será —se limitó a decir Komako, y lo miró despejadamente a los ojos—: ¿No lo sabías?

El escalofrío de él se intensificó.

Shimamura estaba traduciendo unos ensayos breves de Valéry y

de Alain, junto con un par de tratados de danza franceses sobre la época dorada de Les Ballets Russes. La idea era pagar de su bolsillo una pequeña edición de lujo, numerada. Lo más probable era que el libro no contribuyera en nada al mundo japonés de la danza. Pero proporcionaría una secreta satisfacción a Shimamura. Le daba un enfermo placer escarnecerse a sí mismo a través de esta clase de trabajos inútiles; así alimentaba su mundo de ilusiones. Y quizá fruto de esta práctica se le ocurrió la idea de embarcarse en aquella visita al valle.

Llevaba demasiado tiempo, quizá, contemplando agonías de insectos. Cada día, a medida que el otoño traía más frío, veía más insectos tiesos en el piso de su habitación al despertar. Algunos seguían vivos pero eran incapaces de volar o siquiera sostenerse sobre sus patas. Esas muertes silenciosas puntuaban el cambio de estación. Si contemplaba los insectos de cerca, podía ver la vibración en antenas y patas en un esfuerzo postrero de vida. La habitación era un escenario enorme para esas muertes tan minúsculas. Cada vez que levantaba de su mesa un insecto muerto y lo arrojaba por la ventana pensaba en sus hijos en Tokio. Con el cuerpecillo tieso en la mano, Shimamura se preguntaba cómo dar cuenta de esa belleza insignificante.

El canto de los insectos fue aplacándose hasta desaparecer y un día retiraron los alambres tejidos de las ventanas. El rojo del otoño se fue intensificando, pero la luz del atardecer convertía las montañas en piedra. La posada estaba llena de huéspedes. Komako había estado en su habitación un rato antes y le había anunciado que no creía que pudiera volver esa noche. Poco después, Shimamura oyó el sonido de un tambor y voces estridentes de mujer desde la sala de banquetes. Cuando la fiesta parecía estar alcanzando su máximo clamor, lo sorprendió el sonido de una voz inmediatamente reconocible.

—¿Puedo entrar? Komako me pidió que le trajera esto.

Yoko le tendió un papel con la solemnidad de un cartero. Entonces pareció recordar las reglas de protocolo y se arrodilló con cierta vacilación.

Shimamura abrió el papel doblado. Cuando levantó los ojos, Yoko ya se había ido. “Pasándolo ruidosamente bien. Y bebiendo”, decía el mensaje escrito evidentemente a las apuradas en una servilleta de papel.

Diez minutos después apareció Komako.

—¿Te trajo mi mensaje?

—Me lo trajo.

—¿Y? —dijo ella, alzando provocativamente las cejas e irradiando euforia—. Me siento maravillosamente. Dije que iría a ordenar más sake y me escabullí. Me pescó el portero, pero no importa. Qué maravilloso es el sake. El piso puede crujir todo lo que quiera; en la cocina pueden murmurar todo lo que quieran. Pero en cuanto entro en esta habitación tomo conciencia de mi borrachera, maldita sea. Bueno, a trabajar otra vez.

—Estás abochornada de la cabeza a los pies.

—El trabajo no espera. Trabajo, trabajo. ¿Te dijo algo cuando trajo

mi mensaje? Es terriblemente celosa. ¿Quieres saber cuan celosa?

—¿Está trabajando aquí?

—Alguien será asesinado un día de estos. ¿Qué quieres saber?

—Si está trabajando aquí.

—Sólo nos sirve el sake, y luego se queda ahí mirando, con esa mirada suya. Supongo que es la clase de mirada que les gusta a los tipos como tú.

—Probablemente piensa que eres una desgracia…

—Por eso le di la nota para que te trajera. Necesito agua. Dame agua. ¿Quién es una desgracia? Trata de seducirla, antes de contestar a mi pregunta. ¿Estoy borracha?

Fue hasta el espejo con las manos contra las mejillas. Un instante después, pateando los faldones de su kimono para no pisarlos, partió como un torbellino.

La fiesta había terminado. Poco después la posada estaba en silencio, salvo por el sonido distante de los platos en la cocina. Komako habría partido con la comitiva o a amenizar otra fiesta, pensó Shimamura, y entonces vio entrar nuevamente a Yoko, con otro papel doblado en la mano. “No fui a Sampukan estoy en el Cuarto de los Ciruelos quizá pase antes de irme buenas noches”, decía en letra casi ilegible.

Shimamura hizo una mueca y miró con incomodidad a Yoko.

—Gracias. ¿Estás ayudando en la posada?

Ella le dedicó una de sus deliciosas miradas furtivas. Él se sintió traspasado por su belleza y creció aun más su incomodidad. ¿Por qué le producía una impresión tan honda cada vez que la tenía delante? ¿Era la combinación de esa gravedad inexpresiva y la hermosura de sus ojos, de su voz?

—Veo que te mantienen ocupada.

—Es muy poco lo que puedo hacer.

—La primera vez que te vi fue en el tren, cuando acompañabas a aquel hombre desde Tokio. Hablaste con el guarda del cruce acerca de tu hermano, ¿recuerdas?

—Sí.

—Me han dicho que cantas al tomar tu baño, antes de irte.

—¿Me acusan de comportamiento indecoroso?

La voz se hacía aun más bella cuando pronunciaba frases más largas.

—Tengo la sensación de saberlo todo sobre ti.

—¿Komako habla de mí?

—En absoluto. No me ha dicho ni una palabra. No parece agradarle hablar de ti.

Yoko desvió los ojos y dijo: —Komako es buena, pero no ha tenido suerte. Sea bueno con ella.

Su voz tembló al pronunciar la última frase.

—Lo lamento, pero no puedo hacer nada por ella.

Ahora todo el cuerpo de Yoko parecía víctima del temblor.

Shimamura optó por mirar en otra dirección, temiendo lo que pudiera asomar en la mirada de ella.

—Creo que lo mejor será que vuelva a Tokio —dijo, con falsa liviandad.

—Yo también me iré a Tokio.

—¿Cuándo?

—Qué importa.

—¿No quieres que te acompañe en el viaje?

—Sí. Por favor.

Su seriedad era de una intensidad extrema y, a la vez, parecía considerar todo el asunto absolutamente trivial. Shimamura no sabía qué pensar.

—Lo haré. Si tu familia lo acepta.

—Mi única familia es mi hermano, el que trabaja para el ferrocarril. Puedo decidir por mí misma.

—¿Tienes trabajo o un lugar donde vivir en Tokio?

—No.

—¿Has hablado con Komako?

—No me agrada Komako. Ni he hablado con ella.

Cuando alzó el rostro hacia él, Shimamura vio que tenía los ojos vidriosos. ¿Estaba bajando las defensas? Su belleza se acrecentaba a cada momento. En ese instante, todo lo que sentía por Komako afluyó en su interior. Escapar a Tokio con esa muchacha inclasificable, evadirse así, funcionaría a la vez como una especie de redención a los ojos de Komako y como un castigo para él mismo.

—¿No te asusta viajar sola con un hombre que no conoces?

—¿Por qué?

—¿Y no te parece al menos riesgoso ir a Tokio sin saber dónde vas a vivir y qué puedes hacer allí para mantenerte?

—¿No me contrataría como mucama?

Lo dijo con una cadencia cantarina que a él le erizó la piel.

—¿Contratarte? ¿Como mucama?

—No quiero ser mucama.

—¿Qué hacías en Tokio antes?

—Enfermera.

—¿En un hospital? ¿En la escuela de enfermería? ¿En forma particular?

—No. Quería ser enfermera.

Shimamura sonrió. Eso explicaba el atento desvelo con que había cuidado del tal Yukio durante el viaje en tren.

—¿Y todavía quieres ser enfermera?

—No.

—Debes decidirte. No se puede vacilar así en la vida.

—No es vacilación. En absoluto.

Sus palabras desarmaron por completo el tono de superioridad de Shimamura. Al notarlo, ella rió brevemente. Su risa era tan cristalina como su voz, e igual de desamparada. No había el menor eco de candidez ni de impericia en esa risa, pero aun así Shimamura no pudo evitar sentirla hueca en el fondo.

—¿De qué te ríes, puedes decirme?

—Sólo habría sido enfermera para cuidar de una persona. No podría hacerlo de nuevo.

—Comprendo —dijo Shimamura intensamente abochornado—. Oí que vas todos los días al cementerio.

—Así es.

—¿Y no cuidarás más de nadie, ni visitarás otra tumba que ésa?

—Nunca más.

—Pero si partes a Tokio, ya no podrás ir al cementerio.

—Lo lamento. Pero lléveme con usted.

—Komako dice que eres tremendamente celosa. ¿Era tu prometido, ese hombre?

—Eso es mentira. Mentira.

—¿Por qué no te agrada Komako?

—Komako —repitió ella, como si se dirigiera a otra persona que hubiera entrado en la habitación—. Sea bueno con Komako.

—Ya te he dicho que no puedo hacer nada por ella.

Un par de lágrimas asomaron a los ojos de Yoko. Y se le escapó un sollozo mientras aplastaba una polilla contra la esterilla donde estaba arrodillada.

—Komako dice que voy a volverme loca —dijo en un susurro.

Y, con una celeridad asombrosa, se puso de pie y huyó de la habitación.

Shimamura fue con paso inseguro hasta la ventana para arrojar afuera el insecto muerto y aspirar un poco de aire fresco. Mientras recuperaba la compostura vio a Komako en el jardín, borracha, coqueteando inofensivamente con un huésped. Se echaba hacia adelante en su asiento y volvía a dejarse caer contra el respaldo riendo. El cielo se había nublado por completo. Shimamura decidió bajar a tomar un baño.

En el compartimiento vecino, Yoko estaba bañando a la hija de la encargada de la posada. Su voz sonaba sedante y armoniosa, como la de una madre feliz. En esa misma voz comenzó a cantar:

Mira los árboles:
tres cedros y tres perales,
son seis en total.
En las ramas de abajo,
los nidos de cuervos.
En las ramas de arriba,
los nidos de gorriones.
¿Y qué es lo que cantan
los pichones?
Cien pasos
hasta el cementerio,
y cien más,
y otros cien.

Era una melodía que solían cantar los niños pequeños de la ciudad

y del campo mientras hacían rebotar una pelota contra el piso o contra una pared. El modo cantarino en que Yoko hilaba las ominosas sílabas le hizo pensar a Shimamura si su encuentro anterior con ella no pertenecía al mundo del sueño.

La voz conservó su efecto balsámico mientras Yoko vestía a la niña y salía de los baños; incluso cuando se hubieron ido quedó un eco aflautado en el aire. Shimamura salió al pasillo y vio en un costado un estuche de *samisen* que parecía encarnar la quietud de aquella noche otoñal. Mientras lo examinaba en busca de alguna señal que le permitiera saber quién lo había olvidado allí, Komako apareció desde la cocina aún iluminada.

—¿Qué estás haciendo?

—¿Ella va a pasar la noche aquí?

—¿Quién? Ah, ella. No seas tonto. ¿Te crees que cada una de nosotras se hace traer y llevar sus cosas a cada lugar adonde va? A veces quedan en la posada durante días. —Y dejando caerlos faldones de su kimono se echó en sus brazos. —Llévame a casa, por favor.

—¿Debes irte realmente?

—No tengo alternativa. El resto partió a otra fiesta y yo dije que después los alcanzaría. Nadie dirá nada si me quedo aquí unos minutos más. Pero si pasan por mi casa camino a los baños públicos y no me encuentran, empezarán las habladurías.

Borracha como estaba, avanzó sin inconvenientes por el camino al pueblo, con Shimamura a su lado, y de pronto dijo:

—La hiciste llorar, ¿lo sabes?

—Está un poco desequilibrada.

—¿Siempre te gusta hacer esa clase de comentarios?

—Lo hiciste tú misma antes. Y ella lo recuerda muy bien. Me lo dijo. Después de confesarme que tú crees que va a volverse loca fue que se quebró. Y más por resentimiento que por otro motivo.

—¿Sí? Pues entonces no es nada grave.

—Y cinco minutos después estaba en los baños, cantando como si nada.

—Siempre canta cuando toma un baño.

—Me pidió con insistencia que fuera bueno contigo.

—¿No es una tonta? De todas maneras, tú no tenías necesidad de contármelo.

—¿Por qué te pones tan susceptible cada vez que hablamos de ella?

—¿Te gustaría estar con ella?

—¿Lo ves? Qué necesidad hay de hacer un comentario como ése.

—Hablo en serio. Cada vez que la miro, siento como si cargara con un peso del que no puedo librarme. Siempre. Si realmente te agrada, échale un buen vistazo. Y verás a qué me refiero.

Shimamura sintió la mano de ella sobre su hombro y detuvo el paso. Ella se recostó contra él pero enseguida comenzó a negar con la cabeza y se apartó. Habían llegado hasta la casa donde ella vivía.

—No, no quise decir eso. Si ella cayera en manos de alguien como tú, quizá no enloquezca, después de todo. ¿Serías capaz de sacarme ese

peso de encima?

—No sé a qué te refieres. Y estás yendo demasiado lejos.

—¿Crees que hablo así porque estoy borracha? Si supiera que ella está en buenas manos, podría envejecer tranquila aquí en las montañas. Y eso me daría verdadera serenidad.

—Ya es suficiente.

—Entonces déjame sola —dijo ella. Y se soltó. Y corrió hacia la puerta. Pero estaba cerrada.

—No esperaban que volvieras.

—No importa. Puedo abrirla sola. —Y maniobró hasta que logró que la puerta se abriera con un crujido. —Entra, si quieres.

—No me parece buena idea.

—Están todos durmiendo.

Shimamura seguía dudando.

—Entonces te acompañaré yo hasta la posada —dijo ella.

—Puedo volver solo.

—¿No te interesa ver un momento mi habitación, siquiera?

Shimamura cedió y avanzaron en la oscuridad de la cocina, donde dormía la familia, en colchones tirados en el piso en torno al fuego: padre, madre y cinco niños, la hija mayor de no más de quince años, todos ellos acostados sobre angostos jergones cubiertos con la misma tela rústica de los pantalones de montaña. La escena rezumaba pobreza, pero también una rara, urgente vitalidad. El calor y la intimidad que irradiaban los cuerpos durmientes hizo retroceder a Shimamura, pero Komako le cerró la puerta en las narices y lo arrastró adentro. No hacía el menor esfuerzo por atenuar sus pisadas. Shimamura la siguió, evitando con todo cuidado los cuerpos de los niños, con una opresión creciente en el pecho.

—Espera aquí. Voy a encender una luz arriba.

—No hace falta —susurró Shimamura y la siguió por las escaleras. Cuando miró la escena que dejaba atrás, alcanzó a ver en la penumbra el mostrador de la rienda, más allá de la cocina.

Había cuatro habitaciones rudimentarias en el piso superior, pero sin las paredes divisorias. Sólo un par de puertas corredizas de papel oscurecido por el tiempo aislaba el rincón donde yacía solitaria la cama de Komako y su cómoda. En el otro extremo se acumulaban viejos muebles y herramientas, evidentemente propiedad de la familia. Los kimonos de fiesta colgaban de clavijas alineadas a lo largo de la pared desnuda. Komako apartó sus utensilios de costura, se sentó en la cama y le cedió a él el único almohadón.

—Mira cómo estoy —dijo, como para sí misma, contemplándose en el espejo—. ¿Tan borracha parezco?

Acto seguido, se dirigió a la cómoda, donde revolvió el cajón superior hasta encontrar lo que buscaba.

—Aquí tienes. Mi diario.

—¿Tantas páginas? No me lo hubiera imaginado.

Ella sacó una caja de la cómoda y se la tendió. Estaba llena hasta el tope de cigarrillos de marcas diversas.

—Los enderezo siempre cuando vuelvo a casa, porque a veces se

aplastan un poco cuando me los escondo en la manga o el *obi.* Elige el que más te guste. Hay de todo. —Y ella misma revolvió para demostrárselo. —Lo que no tengo son fósforos. No necesito, desde que dejé de fumar.

—No hay problema. ¿Cómo va la costura?

—Un poco atrasada, con la cantidad de clientes que trajo el festival.

Y ocultó debajo de la cama los utensilios de costura.

Si en la habitación de la casa anterior, aquel ático que parecía una casa de muñecas, los muebles de noble madera parecían reliquias de familia, en esa sórdida habitación estaban completamente fuera de lugar. Un cordón colgaba desde el techo sobre la cama.

—Así apago la luz sin necesidad de levantarme cuando quiero leer o escribir en mi diario antes de dormirme —dijo ella, con el decoro de un ama de casa pero levemente arrepentida de tener a Shimamura allí.

—La guarida nocturna de la fiera solitaria.

—Estoy acostumbrada.

—¿Y piensas pasar cuatro años más así?

—Pasarán rápido.

Shimamura creía oír los ronquidos de la familia abajo. El lugar se le hacía cada vez más opresivo y no se le ocurría un solo tema de conversación. Se puso de pie para irse, pero ella se le adelantó y cerró las puertas corredizas a su espalda.

—"En nuestras montañas, la nieve oculta las hojas de arce caídas" —recitó—. Es cierto. Mira el cielo. Pronto comenzará a nevar, en cualquier momento. ¿Conoces la obra?

—Sí, por supuesto. Kabuki. Es tarde. Buenas noches.

—Espera. Te acompañaré hasta la posada. Hasta la puerta solamente.

Pero al llegar a la posada se deslizó con él hasta su habitación.

—Acuéstate —le dijo, y volvió a los pocos minutos con dos vasos llenos hasta el borde de sake—. Bebe —ordenó.

—¿De dónde los sacaste? ¿No están todos durmiendo? —preguntó extrañado.

—Sé dónde lo guardan —dijo ella con un guiño.

Era obvio que había bebido al servirlos y que había recuperado el estado de ebriedad que tenía antes de la caminata nocturna. Con los ojos entrecerrados bebió un trago y se pasó la lengua por las gotas que había derramado en su mano.

—Así es otra cosa. No tiene gracia beber sola en la oscuridad.

Shimamura también bebió. Sabía controlar el alcohol pero la bebida le subió de inmediato a la cabeza, quizá por el brusco cambio de temperatura después de caminar en el frío nocturno. Se sintió mareado; hasta creyó verse palidecer, así que se desplomó sobre la cama y cerró los ojos. Komako se tendió a su lado y lo abrazó con cierta alarma. El calor del cuerpo de ella lo envolvió como un manto protector, aunque parecía apocada, como una joven sin hijos a la que le hubieran

depositado un bebé en brazos.

—Eres una buena muchacha.

—¿Por qué dices eso? ¿Qué hay de bueno en mí?

—Eres una buena muchacha, simplemente.

—No te burles de mí. No es justo —dijo ella mientras se balanceaba con él en brazos como acunándolo. Y soltó una risita. —No soy buena. En absoluto. No es fácil para mí que estés aquí. Cada vez que vengo a verte quiero usar un kimono diferente, y ya no tengo qué ponerme. Éste es prestado. ¿Comprendes? ¿Comprendes que no soy buena en absoluto? Debes volver a Tokio.

Shimamura no contestó.

—¿Qué encuentras de bueno en mí? —le susurró ella al oído—. La primera vez que te vi pensé que no había conocido a nadie que me desagradara tanto. No sé de una sola persona que diga la clase de cosas que me dijiste aquella vez. Te odié.

Shimamura asintió sin decir palabra.

—¿Lo sabías? Entonces comprenderás por qué no lo mencioné antes. Cuando una mujer se atreve a decir estas cosas es que se ha aventurado tan lejos como pudo ir. No hay retorno.

—Está bien.

—¿Qué es lo que está bien?

Ambos permanecieron callados un rato. Komako estaba sumida en sus pensamientos y Shimamura pudo sentir la intensidad que tenían por el mero contacto corporal.

—Eres una buena mujer —murmuró.

—¿Qué dijiste?

—Que eres una buena mujer —repitió Shimamura.

Apoyaba su mentón contra el hombro más lejano y respiraba con dificultad. De pronto lo soltó y se alejó de él a tientas, retrocediendo sobre sus rodillas en la cama hasta caer en la esterilla.

—¿Qué quieres decir con “buena mujer”? ¿Qué quisiste decir exactamente?

Él la miró atónito.

—Admítelo. Te has reído de mí desde el principio. Eso es todo lo que ha pasado entre nosotros.

Estaba lívida de ira. Le temblaban los hombros, se frotaba las manos, no podía dejar los ojos quietos. Pero, con la misma intensidad que había estallado, el enojo se desvaneció y las lágrimas comenzaron a correr por su rostro demacrado.

—Te odio. Te odio. No sabes cuánto.

Y, cuando los sollozos le impidieron hablar, le dio la espalda.

Shimamura sentía un nudo en el pecho. Pero no atinó a decir nada. Permaneció en silencio, con los ojos cerrados.

—Estoy tan triste —murmuró ella.

Había ido encorvándose hasta apoyar la cabeza contra las rodillas. En algún momento se le soltó o se arrancó una de las peinetas que le sostenían el peinado y empezó a golpear la esterilla con ella. Shimamura no se dio vuelta ni siquiera cuando cesaron los golpes. Por eso no la vio salir de la habitación.

Tampoco se sentía capaz de ir tras ella. Pero poco después Komako regresó. Estaba descalza. No había hecho el menor ruido. Desde el otro lado de la puerta susurró, con voz irreconocible:

—¿Vas a tomar un baño?

—Si quieres.

—Perdóname —dijo ella en un hilo de voz, detrás de la puerta.

Pero no dio la menor señal de entrar. De manera que Shimamura tomó una toalla y salió al pasillo. Ella avanzó con la cabeza gacha delante de él, no guiándolo al estilo geisha sino como un criminal camino al cadalso. A medida que el agua entibiaba su cuerpo, sin embargo, fue volviendo a ser la de siempre. Y Shimamura supo que dormir quedaba completamente fuera de la cuestión.

A la mañana siguiente lo despertaron voces que recitaban una pieza teatral. Permaneció en la cama escuchando hasta que Komako dejó de arreglarse frente al espejo y le sonrió.

—Buenos días. Son los huéspedes del Cuarto de los Ciruelos. Estuve con ellos después de la primera fiesta, anoche. ¿Recuerdas?

—¿Es un grupo de teatro Nô?

—Así es.

—¿Ha nevado?

—Así es —dijo ella, y se puso de pie y abrió de par en par la ventana—. Se acabaron las hojas de arce.

Los copos de nieve flotaban como peonías contra el cielo gris. No parecían caer sino mecerse perezosamente en el aire como si colgaran de hilos invisibles. Shimamura contempló la escena con el ensimismamiento de los insomnes y recordó aquella mañana invernal en que había contemplado el reflejo de la nieve enmarcando el rostro de Komako en ese mismo espejo. Los copos ahora eran mayores; sin embargo, flotaban con más levedad en el aire. Las montañas, que parecían más lejanas cada día, a medida que las hojas de los árboles se marchitaban, habían recuperado la vida con la nieve.

Los recitadores usaban ahora un tambor.

Komako se había abierto el cuello del kimono y se pasaba una toalla húmeda por la garganta y la nuca. Su piel era tan límpida como la seda flamante. No parecía en absoluto la clase de mujer que se ofendiera de tal manera por un comentario tan inofensivo. Que lo fuera le daba un aura de congoja irresistible.

Se hilaba en la nieve, se tejía en la nieve, se lavaba en la nieve y se blanqueaba en la nieve. Desde el inicio del proceso hasta sus toques finales, todo se hacia en la nieve. “Existe la seda Chijimi porque existe la nieve”, escribió alguien hace mucho tiempo. “La nieve es la madre del Chijimi”.

La seda vegetal Chijimi procedía de aquella región y era fruto del trabajo artesanal de las tejedoras de montaña durante los prolongados e inclementes inviernos. Shimamura solía buscar esa tela legendaria en

negocios de ropa antigua para mandarse hacer kimonos de verano. A través de conocidos del mundo de la danza, había encontrado un sastre especializado en vestuario de teatro Nô, con quien había hecho un arreglo para que le reservara toda pieza de Chijimi que cayera en sus manos. En los viejos tiempos, se realizaba en la región una feria artesanal a comienzos de la primavera, en cuanto comenzaba a derretirse la nieve y se retiraban las protecciones de las ventanas. La gente venía de todas partes a comprar seda Chijimi, a pesar de lo accidentado del acceso. Incluso llegaban mayoristas de Osaka, Edo y Nagoya, que tenían sus lugares reservados de por vida en las posadas de la región. Las jóvenes solteras de las diferentes aldeas de montaña aprovechaban la ocasión para exhibirse junto con el trabajo del invierno y el mercado adquiría el aspecto de un festival. Se premiaban las mejores piezas y también se competía por marido. Las muchachas aprendían a hilar desde muy niñas, y realizaban su mejor trabajo entre los catorce y los veinte años. A partir de esa edad perdían el toque que daba justa fama a la exquisita textura del Chijimi. En su afán por destacarse, las muchachas dedicaban todos sus desvelos a tal actividad a lo largo de los tediosos y recluidos meses desde que caían las primeras nieves de octubre hasta que la reaparición del sol permitía concluir la tarea de blanqueado, a fines de febrero.

A veces, cuando recorría su guardarropa, Shimamura se decía que alguno de sus kimonos de verano estaba confeccionado con una seda de casi un siglo de antigüedad. Cada año, enviaba todos sus kimonos a blanquear en la región, con el mismo procedimiento. Era toda una tarea el traslado de aquellas prendas hasta las montañas donde habían sido hilados originariamente, pero a Shimamura le gustaba la idea de que sus kimonos estuvieran en manos tan confiables, extendidos en la nieve al sol hasta eliminar el menor rastro de impureza acumulado durante cada verano. Al ponérselos de nuevo, se sentía él mismo blanqueado de toda impureza. Y, de todas maneras, un negocio de Tokio se encargaba de retirarlos, enviarlos a la montaña y traerlos de regreso, impecables y a todas luces sometidos al proceso a la manera tradicional.

Desde tiempos inmemoriales había casas dedicadas exclusivamente al blanqueado. Muchas tejedoras preferían no hacerlo. El Chijimi blanco se tendía directamente sobre la nieve luego de ser hilado; el Chijimi de color era blanqueado en los mismos marcos en que se lo hilaba. La temporada de blanqueado comenzaba a fines de enero y se extendía hasta fines de febrero, mientras hubiera nieve en los prados de la región.

La tela era sumergida durante la noche en agua con lejía y un puñado de ceniza. Por la mañana se la enjuagaba una y otra vez, se la escurría y se la ponía a secar al sol. El proceso se repetía sin variaciones ni desmayos hasta el momento indescriptible en que los rayos del sol comenzaban a tornar el blanco de la seda en rojo sangre. Ese momento señalaba el fin de las tareas invernales y el comienzo de la primavera, según había leído emocionado Shimamura en un libro antiguo. Un fenómeno tan desconocido como impactante para los que venían de regiones más cálidas.

Shimamura sabía que la región de donde venía el Chijimi quedaba relativamente cerca de las termas, siguiendo el río por las montañas hasta donde se ampliaba el valle. De hecho, creía poder verla a simple vista desde su ventana.

Con el tendido del ferrocarril, el acceso era menos engorroso que antes. Como nunca había estado en la montaña en pleno verano, la época en que le gustaba usar esos kimonos, nunca había tenido ocasión de mencionarle su afición a Komako, y ahora le pareció que ella no sería la persona indicada para contarle cuánto de las viejas tradiciones se mantenía en pie.

Al oír a Yoko cantar en los baños, inmediatamente había pensado que ésa era la clase de melodía que tararearían las tejedoras mientras trabajaban día y noche en los telares, a lo largo de los interminables meses de invierno. El hilo de la seda vegetal era tan fino como una hebra de cabello, sabía Shimamura, y era extremadamente difícil trabajarlo, salvo en las condiciones climáticas de la alta montaña. Los textos más antiguos sugerían que la frescura del Chijimi provenía del espíritu de la nieve y que fuera tan adecuado para los kimonos de verano era una muestra de las leyes que regían el equilibrio entre los opuestos.

Algo similar había ocurrido la noche anterior, cuando Komako lo arropó con su calor corporal mientras irradiaba frialdad desde su corazón herido de amor hacia él. Pero sin duda ese amor no cristalizaría en nada tan precioso como la seda Chijimi. A fin de cuentas, aunque la ropa era el más perecedero de los objetos exquisitamente artesanales, las buenas piezas de Chijimi podían durar más de un siglo si se las trataba adecuadamente. Shimamura se preguntó distraído qué intimidad humana podía aspirar a tan larga vida, cuando lo asaltó la imagen de Komako amamantando a los hijos de otro hombre. Interrumpió de cuajo sus ensoñaciones. No era bueno fantasear sin haber dormido bien. Llevaba tanto tiempo en la posada que cabía pensar si había olvidado a su esposa y sus hijos. Que no se hubiera ido no se debía ni a la incapacidad de vivir lejos de Komako. En realidad, se había habituado a aquellas visitas diurnas y nocturnas. Cuanto más frecuentes y teatrales se hicieron, mayor fue el interrogante que le planteaban en torno a sus propias carencias. Más precisamente acerca de lo que le impedía vivir con la entrega con que lo hacía ella. Era un observador de su propia impasibilidad, para decirlo de alguna manera. No podía entender cómo había perdido ella la cabeza. Ella se le entregaba en forma completa, mientras él parecía incapaz de entregar nada de sí. Oía en su propio pecho, ensordecido como si la nieve se fuera acumulando encima, la voz de Komako resonando contra las paredes vacías de su corazón. Y sabía que no podía consentir aquella situación indefinidamente.

Acomodado junto al *kotatsu* que habían instalado en su habitación, pensó que era por demás improbable que retornara, una vez que se decidiera a partir. La encargada de la posada le había prestado una vieja tetera de Kyoto con flores y pájaros tallados en hilo de plata.

Cuando el agua hervía soltaba un sonido similar al del viento entre

las hojas del bosque. Shimamura acercó el oído a la tetera y creyó distinguir el soplo de dos brisas diferentes: una más cercana y otra más remota. Por detrás de la más remota, alcanzaba a oírse el tintineo de una campana. Se concentró aún más en el sonido y descubrió en ese tintineo lejano el compás rítmico y leve de los pasos de Komako. Se incorporó bruscamente. Había llegado el momento de partir.

¿Por qué no ir a conocer la región donde se hacía el Chijimi? Quizás era el primer paso para alejarse de una vez de aquellas termas.

No sabía en cuál estación bajar. No le interesaban los centros de hilado más modernos, de manera que dejó el tren en cuanto éste se detuvo en la estación más solitaria y descuidada de las que había atravesado.

Caminó por las calles de la aldea hasta encontrar la que parecía la principal. Los aleros se extendían más allá de las fachadas de las casas, sostenidos sobre gruesos pilares, y llegaban casi hasta el centro de la calle. Como los laterales de las casas también quedaban protegidos por esos aleros, el único lugar adonde se podía palear la nieve que se acumulaba en los techos era el estrecho margen de calle entre los aleros de uno y otro lado. Aunque aún no comenzaba el invierno, la nieve acumulada era tal que habían cavado unos túneles en ella, para ir de un lado al otro de la calle.

Por más que estaba en la misma región, las casas en el pueblo de Komako tenían un considerable espacio alrededor, y aleros menos pronunciados y más endebles. Era la primera vez en su vida que Shimamura veía esos túneles y decidió internarse por uno de ellos, pero al observar con más atención los cimientos de los pilares, roídos por los años, lo pensó mejor y prefirió seguir su camino por debajo de los aleros, contemplando los interiores de las casas a través de sus ventanucos.

Las tejedoras, fue comprendiendo, vivían en penumbras antagónicas al brillo y la frescura del Chijimi que hilaban incansablemente. En aquel libro antiguo, Shimamura había leído que aquella práctica era antieconómica, si se comparaban el esfuerzo que demandaba cada pieza y el precio que se obtenía por ella. De ahí que las casas más importantes no pudieran contratar tejedoras. El oficio se transmitía en cada familia de generación en generación, y sus oficiantes vivían diligentemente y morían en silencio para que los hombres como Shimamura pudieran sentir esa frescura contra la piel durante los meses de verano. ¿Pero dónde quedaban aquellos desvelos en que cada corazón volcaba toda su energía y esperanza, invierno tras invierno? ¿En quién se habían inspirado y quién era capaz de recuperarlos y atesorarlos y hacerles justicia?

La calle principal corría recta y sin desvíos, tal como el camino ancestral sobre el cual se había construido. Al llegar al extremo contempló que había piedras en todos los tejados, tal como en el pueblo de Komako. Pero aquí los aleros difuminaban el paso de la tarde y el ocaso. No quedaba mucho más para ver. Shimamura tomó el tren, bajó

en la siguiente estación y se encontró con un panorama casi idéntico. Tenía frío y un poco de hambre, y se detuvo a comer un plato de comida. Vio un puesto callejero a la vera del río, probablemente el mismo río que cruzaba las termas. Unas monjas budistas cruzaban el puente, montaña arriba. Todas vestían túnicas, sandalias trenzadas y sombreros cónicos de paja. A la distancia parecían cuervos volviendo al nido.

Al ver que Shimamura estaba contemplándolas, la vendedora señaló la procesión y dijo que había un monasterio en las montañas.

—Están preparándose para el invierno. En cuanto comiencen las nevadas fuertes, les será imposible bajar.

Así como los que viven en la costa están acostumbrados al rugido del mar, quienes habitan las altas cumbres conviven con el rugido de la montaña, un sonido similar al de un trueno lejano. Cuando ese rugido se deja oír es que se avecinan las nevadas fuertes. Shimamura no podía decir si había alcanzado a oír aquel sonido la mañana en que lo despertaron las voces de la compañía de teatro Nô. No sabía si sus sentidos se entumecían en compañía de una mujer como Komako o se afilaban cuando estaba solo, de viaje. Pero tuvo casi la certeza de que ahora alcanzaba a distinguir el eco de un rugido desde el fondo de las montañas.

—Habrá tormenta, ¿verdad? ¿Cuántas monjas hay en el monasterio?

—Unas cuantas.

—¿Y qué hacen cuando comienzan las nevadas fuertes? Quizá deberían convencerlas de que se dediquen al Chijimi.

La mujer sonrió desvaídamente. Shimamura no supo si por simpatía o mera cortesía al viajero.

Volvió caminando hasta la estación y debió esperar dos horas la llegada del tren. El aire era tan límpido que parecía darles lustre a las estrellas, pero sus pies estaban helados.

Llegó de vuelta al pueblo sin saber qué había salido a buscar. Cuando el taxi recorría el camino habitual desde la estación, la visión de las luces de la posada asomando por encima del bosque de cedros le produjo una intensa sensación de bienestar. Pero las luces no eran de la posada sino del restaurante Kikumura, y vio que había tres geishas de pie en la puerta.

Supuso que Komako podía ser una de ellas y, antes de terminar de formularse el pensamiento, supo que era así y sólo tuvo ojos para ella.

El conductor clavó los frenos. Seguramente habían llegado hasta sus oídos las habladurías acerca de los dos. Shimamura miró por el vidrio trasero las huellas del coche, desde el comienzo de la frenada hasta donde llegaba la vista, sorprendentemente lejos pero perfectamente nítidas a la luz de las estrellas. Komako, mientras tanto, había saltado al estribo del coche y se aferraba al picaporte.

El taxi ahora avanzaba a paso de hombre barranca abajo. Ella se había abalanzado contra el vehículo como si quisiera embestir contra él,

pero aun así Shimamura sintió que aquel acto no era ni impulsivo ni descabellado sino absolutamente natural. La mano libre de Komako se apoyaba contra el vidrio de la ventanilla. La manga de su kimono se le había deslizado hacia el codo, dejando al descubierto las venas de su muñeca. Un instante después apoyó también su frente contra el vidrio.

—¿Dónde estabas? Dime adonde fuiste —dijo a través del cristal.

—No seas tonta. Te vas a lastimar —vocalizó él de la misma manera, como si ambos siguieran las reglas de un juego privado.

Finalmente ella logró abrir la puerta y se deslizó dentro del taxi, justo en el momento en que el vehículo se detenía. Habían llegado al punto en que cesaba la bajada y comenzaba un nuevo ascenso.

—Dime dónde estabas. Dímelo.

—En ningún sitio en particular —contestó él mientras su mirada era atraída por el modo galante en que ella acomodó los faldones de su kimono.

El conductor esperaba en silencio con el coche en marcha. Shimamura tomó conciencia de lo absurdo de la situación.

—Bajemos —sugirió ella y apoyó su mano contra la de él—. Estás helado. ¿Por qué no me llevaste contigo?

—¿Crees que era lo que correspondía?

—Te vi partir. Vi tu taxi. Pasó delante de mi casa, a las dos, ¿o eran las tres de la tarde? Corrí hasta el camino en cuanto oí el motor. Pero tú ni siquiera miraste en mi dirección. ¿Por qué?

Shimamura estaba un poco perplejo por el reproche.

—¿No me viste salir?

—No.

—¿Lo ves? —dijo ella y rió amargamente—. Te fuiste sin mí y regresas congelado.

En ese momento sonó una campana de incendios a la distancia, con la urgencia furiosa de las emergencias. Los tres miraron hacia atrás por el camino.

—¡Fuego! —gritó alguien.

—¡Incendio! —gritó alguien.

Una columna de humo y chispas se divisaba a la distancia, en dirección del pueblo. Komako aferró la mano de Shimamura. Las llamas irrumpían en forma intermitente entre las espirales del humo, como esforzándose por lamer los techos de los edificios vecinos.

—¿Dónde es? ¿Es cerca de la casa de la maestra de música?

—No. Es por el lado de la estación de tren. Las llamas cobraron más altura. —¡Es en el depósito! —dijo ella de pronto, con la cara contra el hombro de él—. ¡En el depósito donde guardan los capullos de seda!

Desde donde estaban, el incendio parecía irreal bajo el sereno cielo estrellado, pero aun así podían palpar el terror que producía y el fragor de las llamas, aunque no oyeran nada. Shimamura abrazó a Komako.

—No temas. No hay nada que temer.

—¡No, no, no! —gritó ella y se liberó. Estaba llorando histéricamente. Su rostro le pareció más pequeño que nunca cuando logró apoyar una mano en él. Le temblaban las venas de la frente.

—Daban una película allí hoy. Debe de haber estado lleno de gente.

Habrá heridos, Habrá muertos. ¿No comprendes?

El conductor arrancó entonces y se apresuró a llevarlos hasta la posada. Los huéspedes y empleados se asomaban a los balcones del piso superior y la luz de las habitaciones llegaba hasta donde ellos se bajaron del taxi, entre los crisantemos doblemente marchitos a la luz de la luna. Por un instante él creyó que esa luz espectral provenía del incendio. El portero y un par de personas más irrumpieron por la puerta principal y pasaron corriendo delante de ellos.

—¿Es en el depósito de seda? —les gritó Komako a su paso—. ¿Hay heridos?

—¡Están sacándolos como pueden! ¡El fuego empezó en el proyector y cuando ardió el celuloide no hubo modo de controlarlo! ¡Nos avisaron por teléfono! ¡Miren!

El portero siguió corriendo con el brazo extendido. Otro de los que pasó como una exhalación frente a ellos les dijo:

—¡Están arrojando a los niños desde la terraza! ¡Es la única manera de sacarlos!

—¿Qué vamos a hacer? —gimió Komako, mirando fugazmente a Shimamura. Un instante después corría detrás del portero y los otros hombres.

Shimamura los siguió. Al dejar los límites de la posada, el sonido de la campana se hizo más estridente. Apenas se veían las llamas desde allí.

—Cuidado, está resbaloso —oyó Shimamura y vio que Komako se había detenido para esperarlo—. No hace falta que vengas. Yo debo ir, para ayudar si hay heridos.

También Shimamura sentía que no era asunto suyo. Su excitación se había consumido en la carrera. Miró a su alrededor y vio que estaba en un cruce de caminos y que la Vía Láctea brillaba sobre él con intensidad infrecuente. Echó la cabeza hacia atrás y sintió que él mismo flotaba hacia el cielo. La fosforescencia era tal que podía sentir cómo se filtraba en su piel. ¿Era esa vastedad brillante la misma a la que había cantado el poeta Basho, cuando dijo que la Vía Láctea se arqueaba sobre el mar tempestuoso? También esta constelación parecía abrazar la tierra en sombras con una voluptuosidad terrorífica. Shimamura trató de distinguir su sombra en la vastedad de sombras y luego volvió a alzar la mirada. Cada estrella parecía brillar ajena al resto. Incluso en las nubes se veían partículas plateadas ansiosas por irradiar su destello.

—Espera. Espérame —dijo en voz alta Shimamura.

—¡Apúrate!

Komako se perdía por el camino descendente. Shimamura alcanzaba a ver desde allí cómo aleteaban los faldones de su kimono, que ella llevaba alzados y seguían el ritmo de sus brazos en la carrera. Ya había resplandores rojizos en la nieve a los costados del camino. Shimamura corrió tras ella tan rápido como pudo. Cuando ella aminoró el paso, la alcanzó y le tomó la mano, jadeante.

—¿Vienes?

—Sí.

—Siempre buscando emociones. La gente se reirá de nosotros. Quédate.

—Sólo un trecho más.

—No. No corresponde. La gente se ofenderá si ve que te llevo a un incendio, ¿no comprendes?

Él asintió y se detuvo. La mano de ella se apoyó fugazmente en su brazo.

—Espérame por aquí. Volveré en cuanto pueda. ¿Dónde me esperarás?

—Donde tú digas.

—Podemos avanzar un poco más —dijo ella, pero se arrepintió al instante—. No. No corresponde.

Lo abrazó y se soltó con la misma vehemencia y se alejó unos pasos, de espaldas al fuego.

—Me dijiste que era una buena mujer —lo increpó desde allí—. Fue horrible de tu parte. Y ahora te irás. ¿Por qué tuviste que decirme eso justamente?

Shimamura volvió a verla golpeando la esterilla con su peineta de plata.

—Me hiciste llorar. No sólo en tu habitación. Seguí llorando cuando volví a casa. Me aterra dejarte. Pero vete. Por favor. Jamás podré olvidar cómo me hiciste llorar.

Shimamura sintió una impotencia enervante. Sabía que ella había malinterpretado de alguna misteriosa manera aquellas palabras inofensivas, y que aquel malentendido había calado muy hondo en ella. Pero entonces oyeron un nuevo estallido de las llamas a la distancia y el clamor de la gente acompañó el surtidor de chispas que iluminó la noche.

Los dos echaron a correr hacia el pueblo.

Komako tenía una rara habilidad para evitar resbalarse a pesar de que llevaba sandalias. Corría muy erguida, Shimamura sintió que con toda la fortaleza concentrada en el pecho, en el corazón, irradiando un vigor inimaginable en un cuerpo tan pequeño. Él, en cambio, se extenuaba de sólo verla correr. Pero unos centenares de metros más allá Komako se quedó sin aliento y él pudo alcanzarla.

—Me lloran los ojos. Es el frío.

Shimamura sentía lo mismo. Le ardían las mejillas, le ardían los pulmones, le ardían las piernas por el esfuerzo, pero sentía los ojos helados. Parpadeó mirando hacia las alturas, para no soltar lágrimas delante de ella.

—¿Siempre brilla así la Vía Láctea? —dijo cuando recuperó el aliento.

—No siempre —jadeó ella.

El contorno de su nariz tenía la misma palidez que sus labios. O quizás era el efecto de aquella luz espectral, más leve que en una noche sin luna, a tal punto que sus cuerpos no daban sombra. Sin embargo, la Vía Láctea parecía brillar con nitidez superior a la de una luna llena. Shimamura volvió a mirar los rasgos de Komako. Su rostro parecía una máscara, pero aun así él se sintió traspasado por el aroma que

irradiaba aquella piel, intensificado por la luz de esas estrellas que parecían mantenerlos en pie en el mismo borde de la tierra.

—Si te vas, prometo llevar una vida honesta —dijo Komako, y le dio la espalda y se alejó arreglándose el pelo. Pero cinco o seis pasos después giró en redondo:

—¿Qué pasa ahora? ¿Vas a quedarte ahí parado toda la noche?

Shimamura no contestó; se limitó a mirarla.

—¿Esperarás, entonces? Muy bien. Y cuando vuelva me llevarás a tu habitación.

Se despidió con un gesto y se alejó corriendo. La Vía Láctea pareció titilar, sumiendo las montañas en las tinieblas. Komako desapareció por la calle principal. Shimamura la siguió, a su ritmo. Poco después vio un grupo de hombres maniobrando con una bomba de agua cargada en un camión, de la que salía una manguera que viboreaba hacia las llamas. La multitud se hacía más apretada a cada paso. Se oyó otra campana y la gente abrió paso a otro camión de bomberos. A Shimamura le pareció ridículamente pequeño, con su bomba manual y la manguera enrollada en torno a su carcaza de madera.

A lo lejos divisó la silueta de Komako. Cuando ella lo vio avanzar, se abrió paso entre la muchedumbre, que volvió a cerrarse luego de que la atravesara el camión de bomberos. En la confusión reinante, Komako estuvo pronto junto a él, como dos anónimos testigos de la catástrofe.

—Siempre buscando emociones, tú.

—La autobomba es patética. Debe de tener cien años. No alcanzará para nada. Ten cuidado, que está resbaloso.

—Lo sé. Si estuvieras cuando hay tormenta de nieve, sabrías lo que es resbaloso. Los conejos y faisanes corren hacia las casas para resguardarse del viento. Pero nunca lo verás, por supuesto.

Komako le hablaba al oído en los momentos en que se acallaban los gritos. Él mismo se sentía bajo el palpitante influjo de la muchedumbre. No sólo podían oír el crepitar de las llamas sino sentir su calor. Las casas a uno y otro lado del fuego parecían boquear en busca de aire puro cuando las llamas cedían. El agua que arrojaban las mangueras corría entre sus píes. El olor del humo se mezclaba con otro más acre, pero indefinible.

La gente repetía lo que oía decir de quienes se apiñaban más adelante: que el fuego había comenzado cuando saltaron chispas del proyector y ardió el celuloide; que los niños habían logrado salir sanos y salvos saltando desde la terraza; que no había heridos; que afortunadamente no había ni arroz ni capullos de seda almacenados en el depósito. A pesar de esos murmullos viboreantes, una rara quietud unificaba a la multitud, como si las llamas hubieran acallado toda diferencia de opinión y toda preocupación individual, sólo quebrada por la llegada de algún aldeano enterado tardíamente del incendio, que gritaba el nombre de algún familiar hasta que la cadena de voces lo calmaba. La campana de incendios también se había acallado.

Temeroso de la mirada de los curiosos, Shimamura se alejó cautamente de Komako y se ubicó detrás dé un grupo de chiquillos. La nieve a sus pies se estaba derritiendo y el suelo era un confuso mapa de

pisadas en el barro. Poco a poco la multitud se había ido desplazando de la calle al terreno baldío junto al depósito. El fuego había empezado aparentemente del lado de la entrada principal, tal como evidenciaban los pilares y el alero reducidos a un esqueleto chamuscado y humeante. El agua chorreaba del tejado pero el fuego parecía extenderse aún por el interior. Cada tanto estallaba un fogonazo de llamas en algún sector y los bomberos se apresuraban a dirigir sus mangueras en esa dirección, mientras volaba una lluvia de chispas y se ensanchaba la columna de humo negro que ascendía hacia el cielo nocturno.

Desde donde estaba, Shimamura veía cómo esas chispas se sobreimprimían a los destellos de la Vía Láctea, entre los siseantes surtidores de vapor que se producían cada vez que el chorro de agua de las mangueras hacía impacto directo en las llamas.

Komako se las había arreglado para ubicarse nuevamente a su lado. La miró en silencio pero ella tenía el rostro vuelto hacia el fuego, crispándose con cada estallido. Su peinado se había desarreglado, su garganta palpitaba. Shimamura sintió un cosquilleo en los dedos, ávidos por hacer contacto con ella. Sentía la mano tibia pero, cuando rozó la de ella, notó que estaba mucho más caliente. No alcanzaba a determinar por qué sentía que lo que estaba ocurriendo entre ellos era la separación tan anticipada.

Un nuevo surtidor de chispas avivó el fuego. El gemido de la multitud acompañó el sonido sordo de un objeto impactando contra el piso: un cuerpo femenino había sido expulsado por las llamas desde el balcón del piso superior. El depósito era una construcción baja y la distancia que recorrió el cuerpo en el aire no podía superar los dos metros; es decir que había demorado una fracción de segundo en caer. Sin embargo, todos pudieran contemplar la trayectoria en absoluto detalle, quizá por el abandono con que el cuerpo cayó.

La figura había irrumpido ante los ojos de la multitud enmarcada por la parábola que trazaba el agua de una de las mangueras. La nieve derretida y el agua que chorreaba del depósito habían aplacado el sonido del impacto, que tampoco levantó polvo al tocar el piso. Y ahora el cuerpo parecía a todas luces inconsciente. No manifestaba el menor movimiento.

Shimamura retrocedió un paso: aquella figura le parecía una irrupción fantasmal de otro mundo. La dócil pasividad que había adoptado en el aire y la inerte liberación con que yacía en el piso parecían instalarlo en una tierra de nadie entre la vida y la muerte. Entonces oyó un grito y reconoció en él la voz de Komako.

¿En qué momento supo él que era Yoko? Sólo supo que, en la infinitesimal transición entre el gemido de la multitud y aquel grito de Komako, un espasmo levísimo palpitó en la pierna extendida de Yoko y se prolongó en el charco de agua sobre el que yacía. Aquel grito lo había traspasado como una puñalada. Y el espasmo le produjo un escalofrío de la cabeza a los pies. El corazón le latía desbocado en el pecho.

La pierna de Yoko volvió a moverse. El cuerpo había caído boca arriba y el kimono no alcanzaba a cubrirle las rodillas. Por alguna razón, Shimamura era incapaz de ver la muerte en ese cuerpo inmóvil.

Sentía, más bien, que había sufrido una metamorfosis. Un par de vigas chamuscadas ardían a centímetros de la cabeza. Los ojos, aquellos ojos magníficos, estaban cerrados y la mandíbula estaba blandamente cerrada por el arco que trazaba la garganta. El fuego se reflejaba en la palidez de su rostro, tal como las montañas se habían dibujado sobre el reflejo de su rostro en la ventanilla del tren, aquel atardecer tan lejano en que él se dirigía al encuentro con Komako. Todos esos meses ardieron en aquel instante. Eso era, supo por fin, la angustia.

Komako se había abalanzado hacia el cuerpo caído. Trastabillando entre los charcos de agua y los restos calcinados del depósito que habían escupido las llamas, llegó junto a Yoko y la alzó y se abrió paso con ella en brazos entre la multitud. Había una tensión desesperada en su rostro y una laxitud ausente en el de Yoko. Komako avanzó como si cargara con su propio sacrificio, o su castigo.

—¡Atrás! ¡Atrás! —le gritó a la multitud, cuando ésta pareció reaccionar finalmente y comenzó a cerrarse en torno a ella—, ¡No ven que está loca! No ven que está loca. Está loca, loca.

Shimamura trató de avanzar hacia aquella voz desquiciada, pero los hombres que le arrancaron a Komako el cuerpo de Yoko lo hicieron a un lado y lo empujaron fuera del remolino de gente. Cuando recuperó el equilibrio, alzó la cabeza hacia lo alto y sintió el estruendo estelar de la Vía Láctea retumbar en su interior.